colección crítica & alternativa

LA (PEN)ÚLTIMA REVOLUCIÓN DE EUROPA

DE LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES A LA CONTRARREVOLUCIÓN NEOLIBERAL

FRANCISCO LOUÇÃ
FERNANDO ROSAS
prólogo de
BRAIS FERNÁNDEZ

La colección **CRÍTICA & ALTERNATIVA**
Editada por © **Editorial Sylone**
Comte Borrel, 98 2º1ª 08015 Barcelona
www.sylone.net
sylone.info@gmail.com
facebook.com/editorialsylone/
@SyloneEditorial
1ª edición: abril de 2016

Traducción: **Editorial Sylone**
Edición: **Andreu Coll**
Diseño de portada: **Jorge López**
Maquetación: **Óscar Bello**
Dep. Legal: B 4388-2016
ISBN: 978-84-942981-5-8
Impreso por **Limpergraf**

LA (PEN)ÚLTIMA REVOLUCIÓN DE EUROPA

De la Revolución de los Claveles a la contrarrevolución neoliberal

FRANCISCO LOUÇÃ
FERNANDO ROSAS

Prólogo de
BRAIS FERNÁNDEZ

crítica & alternativa

Índice

1.	**PRÓLOGO**	11
1.1.	La (pen)última revolución de Europa	14
1.2.	Y después… la contrarrevolución neoliberal	24
2.	**INTRODUCCIÓN**	27
3.	**LA LENTA PACIENCIA DE LA REVOLUCIÓN**	29
3.1.	Ser o no ser: la revolución portuguesa de 1974-75 en su 40º aniversario	29
3.2.	El "vértigo insurreccional": teoría y práctica del PCP en el viraje de Agosto de 1975	44
4.	**ANTES Y DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN**	65
4.1.	La crisis de las élites ante la modernización democrática: las principales transformaciones sociales y políticas antes y después del 25 de Abril	65
	4.1.1. La dictadura del largo siglo XX	66
	4.1.2. La ruptura del 25 de Abril	72
	4.1.3. La normalización y la adhesión a la CEE	76
	4.1.4. La modernización conservadora y las transformaciones de final de siglo	82
	4.1.5. La modernización liberalizadora del inicio de siglo	89

4.1.6. El trabajo: la fuerza y la debilidad de la modernización liberalizadora 92
4.1.7. La vulnerabilidad generacional 95
4.1.8. La pérdida de competitividad internacional: la confirmación de la subalternidad 97
4.1.9. El pacto de la distribución de la riqueza 99
4.1.10. Conclusiones 102
4.2. La explotación virtuosa en el capitalismo tardío: desempleo, salario y acumulación en Portugal 103
4.2.1. El embuste ideológico y las cuatro formas de explotación en el capitalismo tardío 105
4.2.2. El efecto redentor de la disminución de los salarios 109
4.2.3. Lo que es bueno para uno puede ser malo para todos 116
4.3. La sustentabilidad del Estado social: mitos, mentiras y otras cuestiones 117
4.3.1. Mitos del liberalismo y del neoliberalismo: el Estado autoritario al servicio de los mercados 118
4.3.2. El ordoliberalismo: el ataque al Estado social en la constitucionalidad europea 122
4.3.3. La mentira de la quiebra del Estado del Bienestar en la gestión democrática 127
4.3.4. Los riesgos para el Estado del Bienestar: el precio de la Gran Depresión 128
4.3.5. Una democracia responsable para el desarrollo del Estado del Bienestar 131

5. **CONCLUSIÓN: TESIS DE CARA AL FUTURO** 133

6. **REFERENCIAS** 143

7. **LISTA DE SIGLAS Y PERSONALIDADES CITADAS** 147

8. **CRONOLOGÍA** 151

1. PRÓLOGO

El concepto de "revolución" es, sin duda, uno de los más controvertidos. Banalizado por la ideología del "sentido común", que lo asocia a cambios superficiales, a gestos teatrales vinculados al aspecto mediático de la representación. Más allá de estas concepciones, el término revolución también es asociado a cambios estructurales, duraderos, que modifican la historia irreversiblemente. Éste es el significado más común en la sociología. Sin embargo, desde un punto de vista político resulta más útil asociar revolución a una coyuntura en la que se concentran las contradicciones sociales, en la cual actores hasta ese momento ausentes irrumpen en la Historia. Pensemos la revolución como una ópera. En un momento dado, los actores interpretan la pieza tranquilamente, de forma rutinaria, mientras el público, engalanado y con ademanes señoriales, disfruta pasivamente. En esa escena, sólo existen el público y los actores. Pero de repente, de forma imprevista, los trabajadores del teatro se suben al escenario y comienzan a reclamar atención, su parte del mérito en la obra: "¡Sin nosotros no puede hacerse esta obra!". Nadie les hace caso, los miran con desdén, parte del público abuchea. Los trabajadores abren las puertas del teatro. Entra mucha más gente que nunca había ido a ver una obra. En un momento dado, el público y los actores se tienen que retirar (temporalmente) de la escena y los trabajadores comienzan a interpretar su propia versión de la ópera. Sin

embargo, en la revolución, como en los estrenos de las obras de teatro, nadie conoce el final. Así pues, la revolución es el proceso de entrada en la Política de los que hacen la historia cotidianamente, con su esfuerzo y su trabajo, pero que no disfrutan de la riqueza (económica, cultural, social) que ellos mismos generan.

Esa visión de la revolución como un momento de bifurcación, como "política concentrada", en la que la historia puede ir en un sentido o en otro, es también aceptada por historiadores burgueses como Furet. Y sí, decimos conscientemente "burgueses", incluso con ciertas ganas de provocar a quienes se escandalizan por esa palabra: Furet, como buena parte de la historiografía de las clases dominantes, ve la historia desde un prisma positivista, es decir, como un desarrollo inevitable, lineal, hacia el progreso. Sin embargo, cuando en 1989 se celebraba el 200 aniversario de la Revolución Francesa, la historiografía burguesa se vió obligada a responder al fenómeno: ¿Qué había pasado? ¿Por qué derrocamientos, guillotinas, *Sans-Culottes*, guerras, populacho, jacobinos? La ideología dominante, que en cuanto se ha convertido en dominante deja de ser revolucionaria, se ve así obligada a renegar de sus propios orígenes: para seguir en el poder, olvida sus orígenes revolucionarios, llenos de barricadas y oleadas plebeyas. Las revoluciones son para las clases dominantes momentos incómodos. Incluso cuando le permiten conservar o reformular su propio poder, son sentidas como anomalías repletas de barbarie que interrumpen innecesariamente el curso normal de la Historia, caracterizado por una desigualdad natural en lo económico pero compensado con una tendencia teleológica a una igualdad en lo político-representativo encarnada por la democracia liberal.

La Revolución de los Claveles no se libra de los juicios paradójicos. Fue vivida por la burguesía portuguesa

con miedo, pero a la vez tuvo la necesidad de intervenir en ella para descarrilarla. Todos los partidos o fracciones hacían referencia al "socialismo", pero mientras la socialdemocracia y los partidos vinculados a las élites veían en la revolución una forma de librarse de la vieja dictadura, anacrónica y disfuncional para las nuevas formas de dominación que el Capital necesitaba, un sector muy importante de la población, entre el cual destacaba un porcentaje importante de la clase obrera y del ejército, practicaba formas de democracia y poder popular que ponían en riesgo, no sólo el aparato político de la dictadura salazarista ("el régimen"), sino las relaciones de explotación y opresión sobre las cuales se sustentaba el poder de la oligarquía.

La Revolución portuguesa no tenía un final escrito: tanto la toma del poder por parte de la clase trabajadora como la contrarrevolución neoliberal con formas democráticas estaban presentes en potencia en la situación. La revolución abrió un campo de disputa que no sólo estaba presente en "lo político", entendido como la esfera de la representación, en forma de lucha entre partidos y notables, sino también en "lo social", en forma de lucha en los espacios de la sociedad civil que rigen la vida cotidiana, en las comunidades vivas atravesadas por contradicciones de clase en las que se generan las relaciones sociales: en las fábricas, los barrios y en sectores de los aparatos del Estado como el militar.

Esta fuerza de la revolución, de la irrupción del pueblo en la escena política, ha tenido consecuencias en la configuración de la política portuguesa posterior al 25 de Abril. No sólo en la Constitución del régimen, que en su origen, en su aspecto formal, reflejaba parcialmente la condensación de fuerzas producida por la movilización desde abajo, aunque sin tocar los nodos fundamentales del poder capitalista. También, por ejemplo, en la

configuración del mapa representativo, con un Partido Comunista Portugués prosoviético fuerte, que extrae su fuerza y su capacidad para resistir al aplastamiento de los partidos "marxistas-leninistas" por la Historia de una identificación generacionalmente transmitida con el "acontecimiento" de los Claveles. O el Bloco de Esquerda, una de las formaciones radicales más importantes de Europa, que proviene de grupos maoístas y trotskistas que iniciaron su recorrido al calor de la oleada revolucionaria. Por último, la política portuguesa se expresa muchas veces como disputa en torno al "acontecimiento" de la revolución: nadie reniega de ella, porque es el acontecimiento fundacional del Portugal moderno, pero cada uno le otorga un significado distinto: unos, los nuestros, lo ven como una obra inacabada, que tenemos que retomar y concluir. Otros, los de arriba, como un momento incómodo en el que finalmente ganaron y que ahora pueden asimilar. De esa tensión entre revolución y contrarrevolución va este libro. Antes de comentarlo, recordemos un poco algunos hechos.

1.1. La (pen)última revolución de Europa

El 25 de abril de 1974 un levantamiento militar acababa con la dictadura derechista que había gobernado Portugal durante 48 años bajo la denominación de "*Estado novo*". El gobierno de Marcello Caetano (quien se exiliará en Brasil, donde fallecerá en 1980 sin ser juzgado), sucesor del sempiterno Salazar, era desalojado del poder al ritmo del ya célebre "Grandola Vila Morena". Se abre así el periodo conocido como la "Revolución de los Claveles".

Puede ser útil ubicar la Revolución portuguesa en el contexto político internacional en el cual se desarrolla. En todo el mundo había "un gran desorden bajo el cielo". La crisis de 1973 golpeaba el proceso de acumula-

ción capitalista. Las revoluciones coloniales culminaban en procesos de independencia, donde se intentaban ensayar modelos de construcción política y las relaciones entre países diferentes a los del bloque soviético o el bloque imperialista norteamericano, no sin dramas y con muchos sueños frustrados. En Europa, la onda larga de agitación anti-sistémica que comienza en el 68 pone en cuestión del modelo de desarrollo imperante, buscando nuevas formas de entender y construir el socialismo, pues no podemos olvidar que en aquellos tiempos la forma "ideológica" que adquiría el conflicto político, en el sentido de representaciones de modelos sociales ideales, se daba entre un capitalismo que se concebía a sí mismo como base material de un mundo libre y una aspiración socialista muy atomizada en múltiples tendencias, pero que jugaba el papel de vertebrador de las aspiraciones de los oprimidos. Si bien los partidarios más conscientes del capitalismo se presentaban con rasgos más homogéneos (la famosa tríada religión, familia y propiedad), el socialismo se dividía entre familias, muy mal avenidas entre sí, con un objetivo "ideológico" común pero con muchas diferencias estratégicas: maoístas, prosoviéticos, consejistas, guevaristas, trotskistas, socialistas de izquierdas, anarquistas…

Todas estas cuestiones influyen decisivamente en Portugal, si bien las desigualdades centro-periferia, no solo se expresaban en el desarrollo económico, sino también en la posición política de partida. Mientras que en los países del centro europeo se cuestionaba un modelo democrático basado en la integración de amplios sectores de las clases subalternas pero incapaz de satisfacer muchas de las necesidades de los trabajadores, mujeres y jóvenes, en los países del sur (Grecia, Estado español, Portugal) el hilo de las resistencias está fuertemente condicionado por la lucha contra unas dictaduras que re-

presentaban los intereses de una casta militar, religiosa y empresarial minoritaria pero que dominaba toda la estructura del Estado. Esto generó que, desde un primer momento, la lucha por el derrocamiento del régimen diera lugar a enfrentamientos frontales con y dentro de los aparatos del Estado, con elementos de doble poder, pues el Estado aparecía "desnudo" a ojos de la población, no como representante del conjunto de la nación, sino de una minoría rica, parasitaria, corrupta e incapaz.

Portugal vivió durante las décadas de los sesenta y setenta un proceso de desarrollo económico relativamente potente, similar al español, aunque menos explosivo. Para un sector de la burguesía era necesario acelerar la conexión económica y política con Europa, un proceso de homologación que vinculara a Portugal al espacio europeo y que a la par actualizara las formas de gestión del poder político, buscando vías de integración de las clases subalternas que no alteraran la estructura de propiedad, pero que permitieran ciertas libertades y espacios para organizar el disenso. Sin embargo, otro sector se aferraba a los mecanismos de dominación del Estado corporativo, con una postura inmovilista muy marcada por su dependencia de los mercados coloniales y su temor a ser absorbido por los capitales extranjeros.

Por abajo, una incipiente movilización del mundo del trabajo y del área estudiantil aparece en la vida del país paralelamente al desarrollo económico. Desde finales de los sesenta, un nuevo movimiento obrero se forma a través de la movilización, fundándose la Intersindical, embrión de lo que sería la futura CGTP (IN), principal sindicato de Portugal. En 1973, más de cien mil trabajadores participan en huelgas. Se suceden las ocupaciones de facultades y las luchas de los estudiantes de enseñanza media. El Partido Comunista Portugués es, durante los años de la resistencia a la dictadura, la organización

hegemónica a nivel de implantación popular, aunque progresivamente surge una izquierda radical que introduce nuevas temáticas y perspectivas, y que, pese a no alcanzar los niveles del PCP, es capaz de dialogar con, e implantarse en, medios obreros y estudiantiles.

Con todo, no podemos olvidar que toda la vida social en Portugal estaba marcada por un duro conflicto armado que tenía por objetivo mantener las colonias africanas (Angola, Mozambique, Guinea, Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe), implicando directamente para ello al 10% de la población activa. Un conflicto sufrido por las clases populares y por los países colonizados, pero que también erosionaba el papel dominante de la casta gobernante, empeñada en resolver el conflicto colonial desde un punto de vista militar, opción que sobrepasaba a un país del tamaño y los recursos de Portugal y, sin duda, fuera de época en un contexto en el que la descolonización era un proceso irreversible a nivel global.

Este precario equilibrio entre fuerzas sociales antagónicas instaurado en los años previos a la revolución generará una sensación de "fin de ciclo" en la sociedad portuguesa. Desde principios de los setenta, la clase dominante ya no podía gobernar como hasta entonces y, a la vez, las clases dominadas no aceptaban seguir gobernadas de la misma forma. La acumulación de contradicciones internas abría paso a una crisis de régimen, que solo necesitaba de un detonante para estallar y abrir el camino para que las masas populares intervinieran activamente en la política nacional.

El 25 de abril de 1974, un sector significativo del ejército portugués lleva a cabo la destitución del gobierno dictatorial de Marcello Caetano. Estos oficiales, organizados en el MFA (Movimiento de las Fuerzas Armadas) abren así una crisis en los aparatos del Estado, pero su acción desata toda la energía y las ansias de libertad la-

tentes en el pueblo portugués. La situación se vuelve compleja. Se abre el llamado "proceso revolucionario en curso", en el que las clases, tendencias políticas y diferentes concepciones de sociedad batallan por convertir su proyecto particular en un proyecto de país para el conjunto de la sociedad. Esa confusión y esos intereses contrapuestos también atraviesan al MFA, dividido entre sectores continuistas vinculados a Spínola (primer jefe de gobierno tras la caída del régimen) y otros más vinculados a los movimientos populares y a la izquierda que buscaba organizar una transición al socialismo, como el mítico Otelo Saraiva de Carvalho. A pesar de la importancia del MFA, su papel está condicionado por su nexo con las masas revolucionarias, pero también por las presiones que sufría de la burguesía: por dar un dato significativo, solo 400 de los 4000 oficiales que por aquel entonces tenía el ejército portugués pertenecían orgánicamente al MFA. Los militares fueron la vanguardia que inició la revolución portuguesa, pero sin duda respondían a un movimiento de cambio mucho más profundo que subyacía en la sociedad.

Sin duda lo más fascinante que abre el 25 de Abril es el proceso de autoorganización popular posterior, magníficamente narrado por Raquel Varela en *Historia do Povo na revoluçao portuguesa* (no disponible todavía en castellano). Aparece el movimiento de "moradores" (vecinos que ocupan viviendas y gestionan la vida en los barrios). Surgen las comisiones de trabajadores (CT) que se organizan de forma autónoma implicando a diferentes sectores productivos, y que se configuran como espacio unitario de los obreros más allá de las diferentes tendencias políticas, realizando experimentos de autogestión contra la propiedad privada. La banca es nacionalizada por los mismos trabajadores y al gobierno no le queda más remedio que sancionar dicha acción. Los

soldados no son inmunes a este proceso de empoderamiento colectivo y forman sus propios órganos, Soldados Unidos Vencerán (SUV), que encabezan vistiendo de uniforme múltiples manifestaciones populares. Las clases subalternas presentaban de esta forma, como un movimiento real, su proyecto alternativo de país. Esta imagen, descrita en *Lecciones de Abril* de Daniel Bensaïd, F. Rossi (seudónimo de Michael Löwy) y Charles André Udry, pone de relieve la dinámica que marcaba la vida cotidiana del poder popular, cuando la asamblea era la forma básica de relación social. Merece la pena citarlo a pesar de su extensión:

"En un barrio popular de Lisboa, un palacete fue ocupado por la población. De inmediato se agruparon los muebles y los objetos para devolvérselos dignamente al propietario: sólo necesitaban las pareces y el jardín. En la bodega incluso encontraron, y quemaron, algunas revistas nazis de los años 30 […] El sábado la población del barrio fue convocada para una asamblea general con objeto de organizar la ocupación y elegir la comisión de ocupación. […] Fue, simultáneamente, una asamblea atenta y confusa. Al principio tímida, pero al irse organizando se envalentonó. Había muchas mujeres, serias, con el cuello aplastado por las cargas que habían llevado sobre la cabeza desde hace siglos: cestos, paquetes de ropa, etc. Y también niños dormidos en sus brazos. Había un veterano del Partido Comunista, encarcelado durante la dictadura, respetado y solemne. Y también un militante del PC con una pinta muy cómica y que quería poner orden en los debates. También asistía una representante de la comisión municipal, legal, de los inquilinos, una mujer joven y dinámica con cabeza de gacela, también miembro del PC. A partir de la segunda intervención la mesa de la presidencia se vio sumergida por la asamblea que se aglutinó, interpeló, discutió por gru-

pos. […] Primera interrupción: se anunció la llegada de la policía militar del cuartel más próximo. Los soldados con su uniforme de leopardo iban allí para desbrozar el jardín, lugar en el que jugarían los niños. Algunos hombres, que ya estaban fuera del debate, se unieron a ellos para ayudarles. Segunda interrupción: ¡Se anunció la llegada del propietario! ¡Vaya caradura! La gente se agolpó en la puerta y se empujó para poder echarle. Se produjo una discusión entre dos grupos de mujeres, el primero pacifista y el otro que quería lincharlo. El propietario fue expulsado. Tercera interrupción: hacía un rato había llegado un hombre gordo, vestido con un polo amarillo, cubierto de insignias del PC. Y se dedicó a atacar a todo el mundo. Entonces le preguntaron:

—¿Eres del barrio?

—No.

—En ese caso sal o cállate.

Mientras tanto, la asamblea se había aclarado, decantado y organizado. Había dos litigios. En primer lugar sobre el hecho de saber si la ocupación debía estar destinada a crear una guardería o si tenía que desempeñar un papel de dinamización política mediante la edición de un boletín y la toma de contacto con las empresas del barrio. Los que defendían la primera posición constituían una minoría. Después, sobre el estatuto de la comisión elegida. La representante de la comisión de inquilinos quería que la ocupación se situara bajo la autoridad municipal. El hombre del polo amarillo, aunque también era miembro del PC, defendía la autoorganización, la comisión elegida por la asamblea con las comisiones de trabajo. La Liga Comunista Internacionalista también.

Se votó una moción que ratificó la expropiación del palacete. Después se llevó a cabo la elección de la comisión. Y se inició efectuando el censo de las profesiones

de las personas presentes para repartirlas en las tareas de habilitación de la guardería"[1].

Hemos querido citar este extenso párrafo para, a través de un ejemplo concreto, describir la lógica subyacente, característica, de todo proceso revolucionario: la recuperación de las relaciones sociales por parte de los de abajo, planteando un modelo de sociedad alternativo (comunista, por llamarlo de algún modo) al capitalista, liberando las potencias colectivas y cooperativas frente a las competitivas. Por supuesto, este proceso no es ni irreversible ni está exento de contradicciones, debates y disputas en su seno. Diferencias ideológicas, tácticas, diferentes facciones de la misma clase, que se unifican en experiencias y espacios comunes: la Revolución de los Claveles nos deja muchas prácticas de cómo se compone el poder popular que puede ser la base de una democracia socialista. Pero no sólo debemos ver las experiencias, sino también el potencial de este tipo de composiciones. En este tipo de espacios encontramos también un esbozo de administración, gestión y control surgido desde la base, que trata de abarcar el conjunto de la vida social del país. Un esbozo de proyecto estatal alternativo, construido por los trabajadores, incompatible con la institucionalidad capitalista, lo que en el lenguaje leninista se ha llamado "doble poder". La lucha entre dos legitimidades y dos formas de gestionar la vida colectiva era, digámoslo claro, una lucha entre dos modelos incompatibles. La revolución solo podía triunfar si apostaba hasta el final por estos embriones de un nuevo Estado, por una nueva constitución, en su sentido más profundo, para el país; la contrarrevolución sólo podía triunfar si convertía en

1. *Lecciones de Abril. Análisis político de la experiencia portuguesa,* Ed. Mandrágora, Barcelona, 1976.

hegemónica su legitimidad, su modelo institucional representativo, que extirpaba a la ciudadanía el ejercicio activo del poder y restauraba el orden en los centros económicos a través de los cuales se fundamenta materialmente el poder del capital. Y ahí radica otra cuestión fundamental: la hegemonía de la clase capitalista debe tener una fuerte fundamentación consensual, ser aceptada en gran medida por todas las partes, pues su forma particular de articulación hegemónica necesita presentar los intereses de una minoría social como los intereses del conjunto de la población. La hegemonía proletaria, por el contrario, necesita "descodificar" esa ficción, construyendo un bloque histórico amplio, político, en alianza con otras clases subalternas, que rompa la ficción del "interés general", generando un nuevo consenso que excluya a las élites y componga a través del conflicto lo que Gramsci llamaría una nueva dirección moral para el país.

La gran batalla de la Revolución portuguesa fue definir quién era "el motor" de la nación, su dirección moral, la clase "imprescindible". Mientras la clase dominante acusaba al movimiento popular de sembrar el caos económico (el *Times* llegó a decir que el capitalismo había muerto para siempre en Portugal) con titulares irónicos como "Portugal no produce sino portugueses", desde las calles se respondía con seriedad que "la mayor riqueza de un pueblo es su población".

Estos conflictos generaban una gran inquietud en todos los sectores sociales del país. Mientras que para la clase dominante fueron tiempos de gran perturbación, para los oprimidos fueron tiempos de felicidad popular. Gabriel García Márquez escribía por aquellos días que en Lisboa "toda la gente habla y nadie duerme. Hay reuniones hasta altas horas de la noche, los escritorios están con las luces encendidas hasta la madrugada. Si

alguna cosa va a conseguir esta revolución es aumentar la factura de la luz".

La revolución sin duda consiguió mucho más que eso (derechos sociales, libertades, fortalecimiento de un sector público que garantizaba un mínimo salario en especie para los trabajadores), pero quizás mucho menos de lo que pretendía. El Partido Socialista encabezó la reconstrucción de la estabilidad capitalista y el Partido Comunista, sin llegar a legitimar el régimen posterior, nunca llegó a apostar claramente por las formas de nuevo poder impulsadas por los sectores populares: en 1975, en su periódico "*Avante*" calificaba de "ilusiones idealistas" todo aquello "que lleva a algunos sectores a ver en las formas de organización popular los futuros órganos de poder del Estado". La extrema izquierda y los sectores más radicalizados del movimiento popular hicieron una última demostración de fuerza a través de la candidatura de Otelo Saraiva de Carvalho a las elecciones presidenciales de 1976, que logró el 16% de los votos, pero fue incapaz de institucionalizar los embriones de poder popular surgidos desde abajo. Esa lucha por la dirección del movimiento popular fue una constante de todo el proceso revolucionario. El PS, un partido que apenas existía antes de la caída de la dictadura, fue capaz de recoger los anhelos democráticos de amplios sectores de las clases populares que lo veían como una alternativa a la "europea" al modelo propuesto por el PCP, incapaz de salir de su esquema prosoviético. La extrema izquierda estaba hegemonizada por el maoísmo (UDP, MRPP), agrupando a miles de jóvenes estudiantes y trabajadores, con unos niveles delirantes de folclore pro-chino y sectarismo hacia el mundo comunista, al que veían como el "enemigo principal", todo ello combinado con alianzas oportunistas con el PS (el MRPP, principal partido maoísta, en el que por cierto militó Durão Barroso, no dudó en

apoyar a un militar conservador como Eanes y al PS en las elecciones presidenciales de 1976). A pesar de que en determinados momentos la izquierda revolucionaria tuvo influencia en un sector decisivo de la vanguardia, apoyándose en la radicalidad de ciertos sectores de la clase obrera y en experiencias muy avanzadas de lucha, no fue capaz de articular una estrategia de toma del poder. Mientras tanto, el PS construía su hegemonía apoyándose en los deseos de mejoras sociales dentro de un sistema democrático compartidos por amplios sectores de la población y la compresión por parte de un sector de las élites de que la contrarrevolución no se llevaría a cabo "a la chilena", sino que, dada la relación de fuerzas existente durante el "Proceso Revolucionario en Curso" (por usar la expresión de aquellos años), era necesario un proceso de integración de las demandas subalternas, haciendo concesiones que no tocaran en lo fundamental la estructura de reproducción capitalista.

1.2. Y después… la contrarrevolución neoliberal

Precisamente, los textos de este libro, además de sacar lecciones sobre la Revolución portuguesa e indagar en la relación entre coyuntura y táctica revolucionaria, también tratan de lo que ha ocurrido después de que el "proceso revolucionario en curso" no fuera capaz de consolidar las rupturas anticapitalistas. El neoliberalismo implantado en Occidente a través de la contrarrevolución conservadora liderada por Reagan y Thatcher ha tenido consecuencias devastadoras en Portugal. No es casualidad que todos los partidos de Portugal reivindiquen la Revolución de los Claveles: para los partidos de las élites es un momento incómodo que hay que reivindicar, en el caso del PS supone un instante desordenado, un precio a pagar por librarse de la dictadura anacrónica del salazarismo y poder construir un modelo de dominación

capitalista homologado en Europa, con su democracia liberal y su estructura de explotación intacta. Para cierta izquierda, el PCP, un recuerdo gracias el cual sobrevivir, pero sobre el que es incapaz de volver de forma autocrítica. Para la izquierda radical, es un acontecimiento incompleto, un punto desde el cual retomar la lucha. Así pues, buena parte de la disputa por significar qué es Portugal se da en torno a lo que simboliza la Revolución.

Los escritos de Fernando Rosas y Francisco Louçã, ambos dirigentes del Bloco de Esquerda e intelectuales marxistas, analizan el significado de la Revolución portuguesa, las potencias que desató y los momentos de ruptura que generó, pero también cuáles han sido los mecanismos políticos y económicos en los que se fundó la contrarrevolución neoliberal, como las políticas de austeridad o de ataque al salario, así como el proceso de subdesarrollo de la formación social lusa. Un libro rápido de leer, entretenido y ágil, que compone un profundo cuadro de la dialéctica entre los intentos de las clases trabajadoras por cambiar el mundo de base y los intentos de las élites por impedirlo.

Brais Fernández

2. INTRODUCCIÓN

Este libro recoge algunos textos publicados a lo largo de años sobre la Revolución portuguesa, pero también sobre la evolución social y económica en la que tuvo lugar. Escritos para públicos diferentes (y adaptados para esta edición), estos artículos buscan analizar y debatir en torno a algunas de las características esenciales de la modernización conservadora que se produjo en Portugal a lo largo de las últimas décadas, la revolución que la perturbó y los conflictos institucionales y políticos que dieron forma a la reacción neoliberal y a las políticas de austeridad. En la conclusión resumimos bajo la forma de "tesis sobre el futuro" las que nos parecen las conclusiones más importantes de este período, así como las tareas de la izquierda política y social.

Este libro es resultado, pues, de visiones heterogéneas. Pero esperamos que pueda servir al lector o a la lectora para obtener alguna información sobre cómo se transformó Portugal, sus clases sociales, sus instituciones y las relaciones de fuerza que en ellas se expresan. En el cuarenta aniversario de la revolución, el mejor homenaje que se le puede prestar es comprender la ilusión que despertó en millones de personas, su dinámica, sus contradicciones y las posibilidades que abrió.

Francisco Louçã y **Fernando Rosas**

Los textos aquí publicados proceden de los siguientes artículos y capítulos:

Rosas, Fernando, "Ser ou Não Ser: Algumas Notas sobre a Revolução Portuguesa de 1974-75 no seu 40º Aniversário", en *Vírus* n. 5, 2014.

Louçã, Francisco (1985), "A 'Vertigem Insurrecional': Teoria e Política do PCP na Viragem de Agosto de 1975", *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 15-16-17, Mayo de 1985, pp. 149-62.

Louçã, Francisco, "A Crise das Elites contra a Modernização Democrática", en IHD (ed.), *Cidadania: Uma Visão para Portugal*, Ed. Gradiva, Lisboa, 2007, pp. 75-112.

Louçã, Francisco (2013), "A Exploração Virtuosa no Capitalismo Tardio: Desemprego, Salário e Acumulação em Portugal", *Virus*, n. 3, 15-23.

Louçã, Francisco (2013), "A Sustentabilidade do Estado Social: Mitos, Mentiras e Outras Questões", *Estudos do Século XX* n. 13, pp. 207-19.

Louçã, Francisco y Rosas, Fernando, "Teses sobre o Futuro", en Louçã e Rosas (eds.), *Ensaio Geral — Passado e Futuro do 25 de Abril*, Ed. D. Quixote, Lisboa, 2004, pp. 233-42.

3. LA LENTA PACIENCIA DE LA REVOLUCIÓN

3.1. Ser o no ser: la revolución portuguesa de 1974-75 en su 40º aniversario

Fernando Rosas

I

El movimiento militar victorioso del 25 de Abril de 1974 dio origen, desde el mismo día, a la explosión de un movimiento revolucionario de masas, una verdadera sacudida telúrica que subvirtió el orden establecido en todos los niveles de la sociedad. La revolución intentó crear y articular nuevas formas democráticas de organización y expresión de la voluntad popular en millares de empresas, en los barrios populares de las periferias de las ciudades, en los campos del sur, en las escuelas, en los hospitales, en las instituciones locales y centrales del Estado y hasta en las Fuerzas Armadas. Un movimiento revolucionario de masas que en su desarrollo, en sus distintos períodos ofensivos, ocupó fábricas, tierras del latifundio, viviendas desocupadas, descubrió la autogestión y el control obrero, impuso la nacionalización de la banca y de los principales sectores estratégicos de la economía, saneó la actividad empresarial y las administraciones, creó Unidades Colectivas de Producción para la Reforma Agraria y mejoró la vida de millares de

personas pobres de Norte a Sur del país. Un movimiento que, con su ímpetu, se impuso en la calle, por su propia fuerza e iniciativa, logró conquistas como las libertades públicas, la democratización política del Estado, la destrucción del núcleo duro del aparato represivo del régimen anterior y la persecución de sus responsables, el derecho de huelga, la libertad sindical, las bases de una nueva justicia social. Un mundo vuelto del revés, diecinueve meses en que el futuro era ahora, un corto y raro momento en que las mujeres y los hombres corrientes, el pueblo trabajador y explotado, soñó con poder tomar el destino en sus propias manos. A eso se ha llamado, y, a mi modo de ver correctamente, la Revolución portuguesa de 1974/1975.

II

Esta Revolución tiene una primera y esencial característica a la que normalmente se le da poca importancia. Resulta que fue desencadenada por un golpe militar de características singulares en la larga historia de los golpes militares de los siglos XIX y XX en Portugal. Un movimiento militar fruto del cansancio de la guerra colonial que se arrastraba desde hacía trece años, sin posibilidad de victoria y en la cual Portugal había sufrido graves derrotas. Una guerra trabada contra los vientos de la historia, injusta y ruinosa. En un país donde una dictadura impedía expresarse y decidir libremente sobre este asunto, el descontento contra la guerra, en una de esas ironías que abundan en la historia, va a ser representado por los jóvenes oficiales que la dirigían sobre el terreno, los capitanes y oficiales que comandaban las compañías que eran las unidades fundamentales de la ocupación militar colonial. Es decir que no era un complot de generales, almirantes y coroneles (fieles hasta el final al régimen y al esfuerzo de guerra, salvo raras excepciones). Era un

movimiento de oficiales intermedios a los que, durante el proceso, se adherirán oficiales subalternos y soldados. Una conspiración que, en el contexto de descontento popular creciente y en el ambiente político e ideológico de la época, rápidamente evoluciona de objetivos corporativo-profesionales (que, por cierto, el Gobierno satisfizo en Octubre de 1973) hacia un objetivo político subversivo: de Septiembre a Diciembre de 1973, entre la reunión general de oficiales de Évora a la de Óbidos, el movimiento asumirá claramente la conciencia de la necesidad de derribar el régimen. Sin democratización no habría solución política para acabar con la guerra.

III

La rápida extensión y politización de la conspiración de los oficiales intermedios, su control o neutralización de la mayoría de las principales unidades operacionales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas en el país, creaba una situación, no inmediatamente perceptible, pero sí decisiva: privaba drásticamente al Estado y a las élites de fuerza militar, transformaba el juramento de obediencia al régimen en un patético e inútil ritual.

Transformaba a los aparatos del Estado en una cabeza sin cuerpo y sin conciencia de no tenerlo. Pero este proceso retiraba también ese poder operacional a los raros generales disidentes convencidos de que podían ejecutar un contra-golpe militar. Las primeras horas del "25 de Abril" y los días posteriores fueron una amarga sorpresa tanto para la jerarquía militar como para el general Spínola y los oficiales que lo seguían.

IV

De esto resulta una segunda característica central: la neutralización/anulación del papel tradicional de las Fuerzas Armadas. La victoria del movimiento de oficia-

les intermedios rompe la cadena jerárquica de mando de las Fuerzas Armadas, las sustrae al control tradicional del Estado y de las jerarquías por él diseñadas, paralizando de esa forma la función de las Fuerzas Armadas como órgano central de la violencia estatal organizada. En ese sentido, las Fuerzas Armadas dejan de existir en su sentido habitual, sucediéndolas —lo cual era una cosa bien distinta— el Movimiento de las Fuerzas Armadas, que en breve controlará lo esencial del poder militar operacional más relevante por medio del COPCON. Durante este periodo inicial, que denominaremos período spinolista, que se prolonga hasta su derrota el 28 de Septiembre de 1974, se produce una lucha desesperada de los restos de la vieja jerarquía (además abundantemente saneada en la "noche de los generales" por los oficiales de los rebeldes, después del 6 de Mayo) por eliminar el MFA. La derrota del spinolismo consagra así esa especie de anulación de las FF.AA. como espina dorsal de la violencia del Estado.

v

Conviene agregar que esta situación tiene otra consecuencia relevante: la paralización, pulverización y debilitamiento general del poder y la autoridad del Estado. Lo que emerge del golpe militar es un poder poliédrico con sus competencias debilitadas y en conflicto: una Junta de Salvación Nacional sin poder real en las FF.AA., un Gobierno provisional sin poderes sobre las FF.AA. y con las fuerzas policiales y ministeriales paralizadas, un Consejo de Estado de competencias fundamentalmente retóricas y, fuera de esta lógica institucional (aunque representada en el Consejo de Estado), la Coordinadora del Programa del MFA, única sede con poder efectivo pero en fuerte disputa con la facción spinolista en las FF.AA. y en los demás órganos. El viejo poder cayó, ya no amenazaba

a nadie, y dejaba un campo indeterminado y vulnerable, propicio para una drástica alteración de la relación de fuerzas en el plano social y político.

VI

Aunque no es un tema que vaya a desarrollar aquí, es importante destacar que el proceso que estamos describiendo tiene otro efecto: el cese a corto plazo de la guerra colonial en los tres frentes y la formación, tanto en los contingentes destinados en África como en la opinión pública portuguesa, de un fuerte movimiento de rechazo de nuevos embarques de tropas para las colonias, exigiendo situar en la costa el dispositivo militar y el regreso de las tropas, presionando por la inmediata apertura de negociaciones con los movimientos de liberación nacional en los términos por ellos presentados, o, en las zonas de guerra, sustituyendo el combate por la confraternización con el "enemigo". El ejército colonial y la opinión pública rechazaban continuar la guerra. La descolonización será negociada por el MFA y el Gobierno Provisional, con la opinión pública nacional e internacional apoyando la autodeterminación y la independencia para los pueblos de las colonias, ante unas Fuerzas Armadas completamente impotentes y desactivadas.

VII

La combinación de los factores indicados más arriba (el ahogamiento de la función de las FF.AA. como garante central del "orden" y la decadencia del poder del Estado) con la fuerte tensión política y social acumulada en el período final del régimen marcelista, origina la explosión revolucionaria. El movimiento de masas, profundamente espontáneo, en virtud de uno de esos "misterios" que caracterizan las situaciones revolucionarias, tuvo en la propia mañana del golpe —el emblemático

desenlace del enfrentamiento en la Rúa do Arsenal tendría en eso su papel[2]— la doble intuición de que podía y debía tomar la iniciativa. La intuición del momento y la intuición de las propias fuerzas: "es ahora, porque ahora somos más fuertes que ellos". La comprensión casi intuitiva de que la correlación de fuerzas, en aquel momento, era favorable a la iniciativa popular. De espectador, el movimiento de masas pasa a ser actor principal. Antes del golpe militar, por sí solo, a pesar de su fuerza y radicalidad, no había conseguido derribar el régimen. Pero ahora aprovechaba la oportunidad que ese particular movimiento militar le ofrecía, entrando de repente por las "puertas que Abril abrió". El golpe, al revés de lo que pretendió la tentativa de Cunhal de recuperarlo para la vieja narrativa del "levantamiento nacional", no era la expresión armada de la "insurrección popular" (inicialmente querría incluso evitarla…), no era la explosión revolucionaria, aunque, por sus características particulares, contribuiría decisivamente a desencadenarla.

VIII

En su imparable dinámica inicial, entre mayo y septiembre de 1974, el movimiento popular revolucionario conquista en la calle, en las fábricas, en los barrios populares, en las escuelas, en las zonas rurales, gran parte de lo esencial: los fundamentos de la democratización política, las libertades fundamentales, la liquidación de

2. En la mañana del 25 de abril, en la Calle del Arsenal, en Lisboa, tanques de la Escuela "Práctica de Calavaria, de Santarém, adherida al movimiento militar, se enfrenta al regimiento Calavaria 7", comandados por el brigada Junqueira dos Reis, fiel al régimen. Después de varios intentos de conversación, el brigada da la orden de abrir fuego contra el capitán Salgueiro Maia, que encabezaba la fuerza RC7. Los alférez se niegan a obedecer y son detenidos. El cabo que los releva recibe una orden idéntica y también desobedece. Parte de la fuerza leal al régimen se pasa a los insurrectos y el resto se retiran. Queda claro que el régimen no tenía fuerza militar que lo defendiese.

los órganos de represión y censura política y de las milicias fascistas, mucho antes de que todo eso se consagrase legalmente. La democracia política en Portugal no fue una cesión del poder. Fue una conquista impuesta al poder. Lo mismo en cuanto a la democratización social, el derecho de huelga, la libertad sindical, el salario mínimo, las vacaciones pagadas, la reducción del horario de trabajo y los fundamentos de un sistema universal de Seguridad Social. El movimiento de masas hizo todo eso, enfrentándose con sus órganos de poder popular elegidos en asambleas de fábricas o asambleas de vecinos, a la oposición sistemática de la Junta de Salvación Nacional (JSN), del Gobierno Provisional (GP) y del PCP y la Intersindical, en esa fase investidos en guardianes del "orden democrático" contra el "izquierdismo irresponsable" (como durante la I República, cuando habían llegado a convocar manifestaciones contra las huelgas). Sin embargo, cuando en septiembre de 1974 se produce la primera tentativa contrarrevolucionaria del spinolismo, fue la fuerza de ese movimiento la decisiva a la hora de derrotar a la reacción, imponiendo el MFA como fuerza político-militar hegemónica en el proceso.

IX

A partir de octubre de 1974, la crisis económica, el cierre o el saqueo de muchas empresas por los patronos en fuga, el aumento del desempleo, alteran y radicalizan los patrones de acción. Los trabajadores ocupan las empresas. A partir de enero, en las haciendas agrícolas alentejanas y del Baixo Ribatejo, se pone en práctica la autogestión o se exige la intervención del Estado o del MFA. Se ensayan varias formas de control obrero y lo hacen a través de Comisiones de Trabajadores o de vecinos elegidas por ellos mismos. La necesidad de mantener el funcionamiento de las empresas, derrotar el sabotaje

económico y asegurar el empleo, coloca en el punto de mira la cuestión de la nacionalización de los sectores estratégicos de la economía, comenzando por la banca. Este objetivo se alcanza después de la derrota de la segunda tentativa contrarrevolucionaria de los spinolistas, el 11 de marzo de 1975. Se aprueba la nacionalización de la banca (en la práctica de todos los grandes grupos financieros) y se legaliza la Reforma Agraria ya en curso. El control obrero está a la orden del día. El proceso revolucionario parecía dar un paso hacia delante. Pero en realidad era el último.

x

Efectivamente, el heterogéneo campo de la revolución sufriría en los meses siguientes tres derrotas sucesivas y determinantes. La primera, con las elecciones de abril de 1975 para la Asamblea Constituyente. No son sólo los modestos resultados del PCP (12,5%), del MDP (4,1%) y de la UDP (0,7%): es la alteración del criterio legitimador del poder, su redefinición. En realidad, con las elecciones de abril de 1975 la legitimidad electoral se impone definitivamente sobre la legitimidad revolucionaria. Y la verdad es que el PS venció en las elecciones constituyentes con el 37,8% de los votos. La revolución no tuvo ni la capacidad de aplazarlas/anularlas como en la Rusia de 1917 (lo que era difícil en un país en el que la oposición hacía de las elecciones libres su bandera de siempre), ni la fuerza para ganarlas (como el chavismo venezolano de nuestros días). Es precisamente a partir de aquí, de esta crisis de legitimidad que ni la retórica tutelar del I Pacto MFA/Partidos consigue minimizar, que se inicia la ruptura de los sectores intermedios con el proceso revolucionario, oponiéndose a la hegemonía totalizante que en él tendía a asumir el PCP. Se rompe el Gobierno Provisional con la salida del PS y del PSD (la

unión sindical, caso República) y se hace explícita la creciente y ya indisimulable disgregación del MFA. La extrema derecha terrorista pasa a la acción en todo el país contra las sedes y militantes de izquierda y la jerarquía católica se distancia del PREC con el pretexto de la ocupación de Radio Renascença. Se inicia la movilización de masas contra el proceso revolucionario con los grandes mítines y manifestaciones convocadas por el PS a favor de una democracia parlamentaria y "europea" y con las concentraciones de apoyo al episcopado en el Norte y Centro del país. En Julio de 1975, con la formalización del "Grupo de los 9", se constituye, teniendo como eje a los "Nueve" y al PS, un campo político-militar alternativo y de oposición al dividido campo revolucionario, que le va a disputar, palmo a palmo, las posiciones clave en el aparato militar y en el Gobierno, como primer paso para derrotarlo en el plano de la movilización social. Un campo apoyado abiertamente por la derecha política y económica, por sectores maoístas que veían como real el peligro de un régimen tutelado por el PCP y, en la sombra, como sabemos hoy mejor, por las largas ramificaciones de la extrema derecha fascista y terrorista del ELP/MDLP y grupos afines.

XI

La segunda derrota del campo de la revolución socialista, en agosto/septiembre de 1975, es la progresiva marginación de la "izquierda militar", sobre todo de la más próxima a Vasco Gonçalves y al PCP, no solamente apartada del liderazgo del Gobierno Provisional sino también de las fuertes posiciones ocupadas en el aparato militar: se cierra la V División, Vasco Gonçalves es destituido como Primer Ministro y se le impide asumir el cargo de CEMGFA, Eurico Corvelo es obligado a dimitir de la dirección del RMN, los "gonçalvistas" se quedan en

minoría en el Consejo de la Revolución perdiendo 9 consejeros, son readmitidos los consejeros del "grupo de los 9". El VI Gobierno supone un claro viraje a la derecha. Quedan Otelo y el COPCON, pero el cerco a este último núcleo del revolucionarismo militar comienza de inmediato. Lo que resulta de esta acometida es una substancial alteración en la correlación de fuerzas a nivel político y militar: en las jefaturas militares y en el Gobierno se instalan ahora opositores al curso revolucionario. No era el fin, pero era el preámbulo del fin.

XII

Con el proceso revolucionario en curso, detener a las cúpulas del poder político e incluso de las jefaturas militares no significaba resolver la situación. Había un movimiento de masas dispuesto a luchar por lo que había conquistado. La "contraofensiva de las luchas populares", como le llamará el PCP, será fuerte y prolongada, pero representaba ya, a pesar de su capacidad de movilización entre septiembre y noviembre, un proceso claramente defensivo contra el "avance de la reacción" y la inminencia de un golpe militar, en realidad ya en preparación a partir la irrupción "grupo de los 9" y desde la "limpieza" de ese verano. Considerar esa radicalización terminal, casi desesperada y sin orientación clara, como el "momento insurreccional" o el "asalto final" al poder del Estado (Varela, 2014: p. 421 y ss. y 496-8), nos parece un enfoque que nada tiene que ver con la realidad. Las importantes movilizaciones de ese período en general no planteaban la cuestión de la toma del poder: reclamaban las posiciones perdidas (dimisión de Corvacho, desactivación del CICAP, silenciamiento de la bomba de la Renascença, atentados terroristas…), denunciaban los planes político-militares, esos sí ofensivos, del campo contrarrevolucionario. En suma, estaban a la defensiva

e intentaban asegurar lo que habían obtenido. Eso no es incompatible, en ausencia de un movimiento de masas unificado y de una dirección política clara, con dejarse arrastrar por la aventura golpista incipiente protagonizada por los paracaidistas y las unidades del COPCON de la Región Militar de Lisboa (RML) con el apoyo de ciertos sectores sindicales afectos al PCP y de la militancia de la extrema izquierda, aventura materializada en la ocupación de las bases aéreas, de algunos puntos estratégicos de la capital, de la RTP y de la EN. El 25 de Noviembre constituyó el pretexto esperado desde hacía tiempo por la reacción para desencadenar el contragolpe militar definitivo. Lo que precisamente es revelador en este contexto es la sorprendente facilidad con que, prácticamente sin resistencia (exceptuando un breve enfrentamiento en la Policía Militar), el Regimiento de los Comandos sometió, una a una, a las unidades rebeldes. Los escasos centenares de personas que las "defendían" se disgregaron y sus líderes, disciplinadamente, se fueron a entregar al Palacio de Belém. La tercera derrota era, ahora, la definitiva para el proceso revolucionario.

XIII

Noviembre será a la contrarrevolución lo que el movimiento militar del 25 de Abril fue a la revolución. No era todavía la contrarrevolución, pero la alteración de la correlación de fuerzas que impuso abrió el camino para que paulatina, progresiva y constitucionalmente, la reacción se instalase como política dominante de la situación posrevolucionaria. Disimulada y prudentemente entraba por las puertas que noviembre había abierto. En el 25 de Noviembre se ordena la prisión de 118 militares, "limpia" la RTP y la EN de 82 trabajadores y despide a las administraciones y direcciones de la prensa estatalizada, substituidas por gente del PS y el PSD o militares afines. Al

revés de lo que pretendían la extrema derecha y ciertos sectores de la derecha, no hubo detenciones masivas de "rojos", anulaciones de las libertades públicas, disolución de partidos o clausura de sindicatos y de sus publicaciones. El PCP se mantuvo en el Gobierno Provisional y la Constitución de 1976 consagraría el objetivo del socialismo, la irreversibilidad de las nacionalizaciones, la Reforma Agraria, el control obrero y el papel de las CT.

XIV

En realidad, el "Grupo de los 9" había negociado discretamente con el PCP una "contención pactada" del proceso revolucionario. Esta "contención pactada" significaba que el PCP pusiera freno sobre el terreno a los activistas sindicales, a los militantes civiles y a los militares arrastrados por la aventura iniciada por los paracaidistas, lo que daría lugar a un proceso obviamente distinto de una clásica y violenta respuesta contrarrevolucionaria. Un acuerdo que ahorraba una contrarrevolución sangrienta, pero en la que los vencedores alteraban las reglas de juego en dos aspectos cruciales: imponían la consagración de la legitimidad electoral sobre la legitimidad revolucionaria y, sobre todo, liquidaban el MFA, reponían la jerarquía tradicional de las FF.AA. y, en ese sentido, anulaban la alianza esencial con ese brazo armado del que disponía el movimiento popular durante el proceso revolucionario. Las FF.AA. volvían a ser la espina dorsal de la violencia legal del Estado. Es cierto que la revolución concluía, pero dejaba en la democracia parlamentaria que le sucedía la marca genética de sus conquistas políticas y sociales, de los derechos y libertades que había arrancado en la lucha revolucionaria y cuya continuación imponía y defendía en la nueva situación política. Es por eso que la equiparación esquemática que a veces

se hace entre la contrarrevolución y la democracia parlamentaria (*Ibíd*. p. 482 y siguientes) desconoce que, en el caso portugués, es fruto del compromiso con un proceso revolucionario que la marcó profundamente. Al revés de lo que afirma la derecha política e historiográfica —en curiosa aproximación al citado punto de vista— la democracia política no existe en Portugal a pesar de la revolución, sino *porque* hubo revolución.

XV

Hay, por tanto, un ser y un no ser en la revolución portuguesa de 1974/75. Tuvo la fuerza de subvertir el orden establecido alcanzando los fundamentos del propio sistema capitalista, pero no consiguió asegurar y, menos aún, profundizar esas conquistas en un poder socialista duradero. Fue frenada a medio camino y perdió buena parte de sus conquistas más avanzadas en la contrarrevolución tranquila que se estableció con la "normalización democrática". O sea, fue derrotada por las formidables reacciones que despertó tanto nacional como internacionalmente. Lo que conduce a la necesidad de intentar analizar, aunque sumariamente, algunas de sus principales dificultades de fondo.

XVI

En primer lugar, la situación de "doble poder" creada por los millares de órganos de poder popular elegidos en las empresas, en los barrios y en las tierras del Sur por los trabajadores y vecinos nunca se constituyó en una organización nacional única y articulada. Debido a su dispersión, no llegó a asumir mayoritariamente una orientación política clara ni se planteó la cuestión de la toma del poder. Al contrario de lo que ocurrió en los soviets de la Rusia de 1917 o en la revolución consejista alemana de 1918/19, no hubo en la revolución

portuguesa un "poder popular" paralelo unificado; por eso no se planteó nunca, en la práctica, la cuestión de "todo el poder a los órganos de poder popular". Hasta Julio de 1975 el PCP y su estructura sindical se oponían a las CT y, antes y después de eso, cada grupo político de la izquierda radical tenía "sus" CT y CM, "sus" estructuras de articulación parcial, frecuentemente combatiéndose entre sí y contra las que el PCP crearía finalmente durante ese verano.

XVII

En segundo lugar, en la revolución portuguesa los órganos de poder popular no están armados, nuevamente en un contraste esencial con las citadas experiencias soviética y consejista. Son apoyados por un aliado externo, un movimiento militar o parte de él y, finalmente, por algunas unidades, a medida que la izquierda del MFA se va dividiendo y subdividiendo. No hay trabajadores, campesinos y soldados en armas como algunos sectores de la izquierda radical proclamaban. Es decir, el PCP y las organizaciones radicales de izquierda mantuvieron organizaciones en las FF.AA. para influenciar a los oficiales del MFA más que para promover el insurreccionalismo de los soldados. De modo que hubo un proceso revolucionario de los trabajadores externamente apoyado, cuando lo fue, por un movimiento de oficiales crecientemente dividido y debilitado. La vulnerabilidad era evidente: si la reacción al proceso revolucionario lograba desbancar al MFA en la cadena de mando de las FF.AA., eliminándolo, el movimiento de masas, aunque se mantuviese, perdía su expresión armada indirecta y subversiva, retomando la naturaleza de movimiento reivindicativo sin capacidad de plantear la cuestión del poder. Pasaba a la defensiva. Fue eso precisamente lo que ocurrió.

XVIII

En tercer lugar, el campo político de la revolución estaba profundamente dividido sobre la naturaleza del poder a construir y los caminos para llegar a tomarlo. Y no hubo ni una fuerza claramente hegemónica susceptible de marginar a las demás ni la capacidad de encontrar una plataforma mínima de acción común. Por ejemplo, el FUP (Frente de Unidad Popular), constituido el 25 de agosto de 1975 entre el PC y otros 7 grupos, ya con propósitos claramente defensivos y sin parte de los maoístas, comenzaba a deshacerse 3 días después con la salida del PCP. La divergencia central sería entre la estrategia cunhalista de progresiva ocupación del aparato civil y militar del Estado, del MFA, de las direcciones de los sindicatos y de los periódicos/radio/RTP, alcaldías, etc… casi siempre al margen de cualquier votación democrática, de "arriba abajo", y la orientación común a la izquierda radical de crear en la lucha de clases un "poder popular" capaz de dirigirse al asalto revolucionario del Estado. Pero incluso en el subcampo de la extrema izquierda, la guerra sectaria en torno a la "pureza" revolucionaria era generalizada. Y todo eso, claro está, repercutía de lleno en la cohesión del sector del MFA más a la izquierda, ya en ruptura con el "Grupo de los 9".

XIX

En realidad, una de las singularidades de la revolución portuguesa, que el prejuicio ideológico de buena parte de la historiografía sobre este período tiende a ocultar, es que la extrema izquierda, aun atomizada y en guerra interna, tuvo la fuerza social y política suficiente para impedir la hegemonía político-ideológica del PCP en el proceso, sin ser capaz no obstante de lograr imponer un camino alternativo. Ese "*impasse*" en el campo de la revolución abrió una guerra en su seno, en la cual la

violencia sectaria frecuentemente fue más allá de lo verbal, dando lugar a agresiones, purgas, manipulaciones y hasta a represiones físicas masivas en la tentativa de eliminar políticamente al campo maoísta más hostil al PCP.

Este conflicto interno en el campo revolucionario alejó naturalmente a los aliados sociales más inestables o desilusionados, evidenció impotencia a la hora de responder a los retos que la propia revolución abría, manifestó desunión y debilidad y aisló a los sectores revolucionarios del conjunto de la sociedad; he ahí donde se deben buscar algunas de las razones que llevan a la incapacidad de resistir con éxito la contraofensiva del verano de 1975 y a todo lo que la siguió.

XX

Concluyendo: puede decirse con seguridad que la Revolución portuguesa no se acabó en noviembre de 1975. La fuerza telúrica que explotó el 25 de Abril de 1974 no bastó para vencer, pero permitió, sin embargo, retroceder luchando y condicionar fuertemente todo lo que siguió. Es a partir de la defensa, consolidación y prolongación de ese patrimonio que aún hoy se define la izquierda portuguesa.

3.2. El "vértigo insurreccional": teoría y práctica del PCP en el viraje de Agosto de 1975

Fancisco Louçã

El objeto de la discusión que sigue es la política del PCP en el corto período en el cual culmina la crisis política de 1975 (desde los primeros días de agosto hasta el 5 de septiembre). Es imposible establecer con todo rigor las voluntades que entonces se manifestaban detrás de las acciones precisas, sin embargo es posible y necesario realizar un esfuerzo para delimitar la cohe-

rencia de las acciones, la lógica subyacente, en una situación en la que la ideología era más transparente que en la política actual y sus consecuencias prácticas bastante más decisivas.

Porque cualquier investigador de este período, o incluso un testigo directo, vive ahora bajo la influencia de una versión considerablemente suavizada y pulida: la que tiene como explicación central, como "núcleo racional" de los acontecimientos, la tentativa del PCP de tomar el poder en ese Verano caliente. La versión del bloque que va desde el PS hasta la jerarquía religiosa, pasando por socios menos recomendables, se convirtió después en la versión oficial, la historia de los vencedores. Hoy parece aceptada como un dato definitivo.

Lo substancial merece ser discutido y puede revelar aspectos centrales de la evolución de los antagonismos de clase que escapan a esta versión simplificada. Pero es interesante comenzar por subrayar cómo la ideología, en este ejemplo que tenemos entre manos, adquirió una dimensión singular, una autonomía indiscutible; pasó de justificación discutible a verdad establecida. Esfera propia de acción de las fuerzas sociales y políticas, la ideología creó construcciones desproporcionadamente importantes, procurando rellenar los espacios de fragilidad del régimen que justifican. Es éste el caso.

Un esfuerzo de rigor histórico —y también de discusión en el estricto plano ideológico, a la que el autor de estas líneas no puede ni pretende escapar— y de análisis de documentos importantes y esclarecedores es hoy tanto más importante cuanto puede así ayudar a desmontar una de las verdades convertidas en sagradas durante los últimos años. La "crítica radical" de la sociedad sólo puede beneficiarse de ello.

I

Antes o durante el período que consideramos, la identificación de la política del PCP con un jacobinismo radical que se arriesgaba a reeditar el golpe de Praga de 1948 fue sistemáticamente sostenida por sus opositores políticos —por ejemplo, Medeiros Ferreira (1983, p. 98) o Melo Antunes (1975). Recientemente, un observador tan atento como Perry Anderson insistía en la misma idea:

> "El Partido [Comunista] Portugués, el único en rechazar el eurocomunismo, intentó sin éxito tomar el poder a través de un putsch burocrático, y al hacerlo acabó la Revolución Portuguesa [...]. El PCP intentó en vano repetir la vía checoslovaca de 1948 cara el poder burocrático, y fracasó inevitablemente" (Anderson, 1983, pp. 76 y 80).

Boaventura de Sousa Santos hace de pasada una afirmación similar, sin que le merezca la pena realizar el más mínimo esfuerzo de demostración (Boaventura de Sousa Santos, 1984, p. 24).

La paradoja es notable: una de las cuestiones más importantes para la comprensión de esta situación, que fue la culminación de los enfrentamientos sociales durante el PREC, un hecho que tanta unanimidad suscita hoy entre críticos y analistas, no arrastra a ninguno de ellos a una demostración rigurosa. Faltarían aún testimonios concluyentes, es cierto; pero abundan hechos y escritos suficientes para realizar hipótesis fundadas. La investigación histórica y la crítica política no pueden prescindir de ese esfuerzo.

II

La lucha por el poder político durante la crisis prerrevolucionaria de 1974-75 puede aclararse en buena

medida a través de un estudio riguroso acerca del Estado durante la fase final del marcelismo y después del 25 de Abril, un periodo atravesado por luchas sociales intensas; esta tarea está, en buena medida, por hacer. Algunas investigaciones de ámbito universitario se encaminan en ese sentido, y algunos ensayos y textos son una base indispensable para este debate —sobre todo Boaventura de Sousa Santos (*Op. cit.*); pero también recientemente Mário Murteira (1984) y Ronaldo Fonseca (1983), entre otros—.

Esta investigación tiene un obstáculo preliminar: la definición del margen real de autonomía del Estado en relación a la sociedad de clases en el curso de una situación de confrontación generalizada. En este escrito se argumenta que dicho margen aumenta y que ése fue el factor decisivo en la resolución de los conflictos; los escritos que vamos a mencionar y criticar van en sentido contrario. Se trata, sin duda, de una realidad compleja: tenemos, por un lado, a un aparato administrativo paralizado pero con un buen porcentaje de continuidad con el del régimen anterior (Santos, 1984, p. 20 y siguientes) y, por otro, un aparato represivo en el que cristalizan diferenciaciones profundas, bajo una presión considerable pero no determinante de las luchas sociales, en un contexto de crisis de hegemonía. Esta realidad polifacética impide realizar recorridos lineales a la hora de describir las intenciones del aparato de Estado, más aún siendo éste prisionero de una tensión —menos difícil de lo que se pudiera suponer— entre los sectores provenientes de la dictadura y la emergente nueva clase política.

La hipótesis que aquí se sostiene es que, durante el período crítico de 1974-75, el aparato estatal acentuó su distanciamiento respecto a los intereses individuales inmediatos en conflicto, integrándolos al precio de aumentar las contradicciones internas y que, al hacer-

lo, aseguró su supervivencia e influencia determinante en última instancia sobre las coyunturas. En otros términos, jugó de lleno el papel fundamental que ocupa el Estado bajo las relaciones capitalistas, absorbiendo las "consecuencias conflictivas generadas por la extracción de plusvalía" (Wright y Perrone, 1973, pp. 365-390), asumiendo las consecuencias de la polarización social generada por múltiples contradicciones, como ocurrió en el caso de la Revolución portuguesa. Ésta es una característica particular, y que se repite de forma constante en la formación económica y social portuguesa, que se corresponde con el nivel de desarrollo tanto de las fuerzas productivas como de las clases sociales, en función de la tradición histórica concreta construida por la derrota obrera de los años 30 y de una gran autonomía y centralización política por parte del Estado salazarista. De estos hechos se derivan dos consecuencias con significados opuestos. Por un lado, un vacío de dirección política en la burguesía, que vio en Spínola su alternativa para la crisis del marcelismo, vacío que aún hoy se refleja en el papel preponderante que desempeña el PS como bisagra del régimen. En otro sentido, la pervivencia de una crisis duradera de hegemonía que al mismo tiempo abre la posibilidad de conjugar la hipercentralización estatal con la construcción de una nueva base social de apoyo, garantizando así la supervivencia de la relación fundamental de la estructura capitalista en la sociedad.

Entre los que se reclaman del marxismo y han analizado este período ha predominado una visión opuesta. En la medida en que el factor más dinámico de la crisis radicaba en las estructuras del poder político, el Estado parecía esfumarse, dejando el campo libre al juego de las fuerzas sociales y de sus prolongaciones en el aparato de Estado. Es más que una ilusión óptica; es una visión

mecánica que teoriza y justifica la práctica política que se comentará a continuación, y que tiene también la virtud de señalar sus límites precisos. De ahí la utilidad de un breve comentario.

El núcleo duro de estos análisis es la afirmación de una correspondencia directa entre la definición de los marcos de las luchas y alianzas entre las clases y su expresión política e institucional en los poderes del Estado: el Estado sería esa totalidad, un reflejo de la relación de fuerzas. Las contradicciones en el interior del Estado se ven así como producto inmediato o expresión de los conflictos sociales: un buen ejemplo son los análisis de Vasco Gonçalves —véase, por ejemplo, su intervención en el Coloquio de Coimbra (Gonçalves, 1984)—, en el que a partir de las oscilaciones de la pequeña y mediana burguesía deduce las potencialidades de una acción reformadora del Estado. La unidad específica que constituye el Estado, es decir, la existencia de una columna vertebral compuesta por prácticas sociales, personas, asuntos e ideas subordinadas a la defensa de la relación constitutiva del Estado, así como el efecto diferenciado de la repercusión en su interior de los conflictos sociales (más adelante trataremos un ejemplo que nos ha parecido bastante concluyente), son ostensiblemente despreciados. Ronaldo Fonseca lleva esta posición al extremo: "Si aceptamos como válidos los conceptos marxistas y leninistas del Estado que lo definen esencialmente como un instrumento represivo-administrativo al servicio de la dictadura, más o menos declarada, del capital y la contribución gramsciana que lo define como hegemonía blindada de coerción, no habría existido un Estado, en toda la acepción de este concepto, en este período de la vida portuguesa" (Fonseca, 1983, p. 122). Esta posición hace referencia a una equivalencia inmediata de los con-

flictos de clases en la estructura del poder político, reducida al MFA: "Este período de la vida portuguesa está, por lo tanto, caracterizado por una 'dualidad de poderes *sui generis*'. Con una especificidad: esta dualidad de poderes, este equilibrio relativo entre las dos principales clases de la sociedad, se expresaba a través de la mediación de dos sectores de un movimiento militar" (*Ibíd.*, p. 130). O, más claro todavía: "Ya dijimos anteriormente que la situación portuguesa se caracterizaba por una dualidad muy específica de poderes entre el bloque burgués nacional/imperialista, y el bloque proletario y sus aliados, mediatizada por las estructuras político-militares del MFA, que reproducían a su nivel la polarización existente en la sociedad" (*Ibíd.*, p. 172).

No existiendo un Estado central, el poder político (MFA) reflejaría la dualidad de intereses existente en la sociedad y la polarizaría. El nivel de conflicto existente sería incompatible incluso con un Estado de clase, definido como "instrumento represivo-administrativo". Repárese, de paso, en que la referencia a la "dualidad de poderes" no es una analogía real con el análisis leninista: en el análisis de Lenin se trata de dos aparatos sociales de dominación, representaciones opuestas de las clases fundamentales en movimiento. Lo que justamente caracteriza la experiencia portuguesa es el atraso en el desarrollo de dicha polarización fundamental, de la existencia de elementos iniciales y embrionarios (comenzando por la movilización obrera espontánea con mayor poder en la fábrica, cristalizada después en las Comisiones de Trabajadores; en algunos casos las Comisiones de Vecinos y las Asambleas Populares; y finalmente el movimiento general de contestación que tuvo como cara visible los SUV), y la desincronización de ese movimiento con la crisis de todo el aparato político de

dominación. Esa desincronización explica tanto el papel que pudieron jugar en determinados momentos polarizaciones secundarias, como el margen de maniobra y autonomía del que dispusieron los elementos esenciales del aparato de Estado.

El 25 de noviembre y su preparación constituyen sólidas demostraciones de cómo el MFA era una estructura minoritaria y de implantación relativa en los baluartes de tal aparato "represivo-administrativo" (véase el proceso preparatorio de la Asamblea de Tancos) y de cómo todos los recursos de este aparato político, desde la Iglesia a la jerarquía militar, se removieron en el momento decisivo. Lo que Salgado Zenha (que tiene la virtud de ser claro) resumiría afirmando que "es tiempo de dejar de hacer la revolución para hacer el Estado" (Zenha, 1976).

La revolución que vivimos ha quedado como una demostración concluyente tanto de la capacidad de dicho Estado en crisis (hasta el punto de que algunos lo consideraran desaparecido) para integrar, asimilar, disolver o aplazar intereses contradictorios y para reaccionar de la forma más persuasiva posible cuando ello dejó de ser posible. Y demostró ambas cosas en ausencia de una dirección política unificada, de una estructura dirigente única, que sólo un dotado novelista como Freire Antunes puede imaginar al servicio de la candidatura de Eanes[3].

El 25 de Noviembre fue una demostración químicamente pura del poder causal propio de la superestructura.

3. Candidatura del General Eanes, que se presentaba como la candidatura del orden democrático, apoyada por intelectuales moderados, la derecha y el Partido Socialista en 1976 [N. del E.].

III

Vértice de la inestabilidad y del torbellino de la crisis de 1974-75, el Estado portugués fue un laboratorio revelador de la tensión entre dos movimientos simultáneos: la ya mencionada diferenciación interna de sus aparatos —después retomada en la medida en que es la condición de la eficacia aparente de la política del PCP, así como su límite obvio, pues no destruye la columna vertebral de su continuidad y su vinculación precisa con la sociedad de clases— y, simultáneamente, su ensanchamiento —que es lo que garantiza aún hoy la reducción de los conflictos latentes a la periferia del sistema de dominación—. Una situación típica —que resulta de una considerable prolongación de lo que Marx llamaba las "condiciones generales de producción" (Vid. Mandel, 1982, pp. 333-350)— pero producto, sobre todo, de las condiciones particulares de la caída de la dictadura, seguida del ascenso generalizado del movimiento social. El resultado es una "universalización" y, por consiguiente, un reforzamiento del Estado con una base ampliada de apoyo —incluso cuando su materialidad parece frágil, como en 1975—: la ampliación del poder real y ficticio de decisión —la democracia parlamentaria y municipal— y su correspondencia con reformas reales en la relación de los individuos y de las clases —movimientos igualitarios, en los que podemos destacar el ejemplo de la reducción de los abanicos salariales en beneficio de las mujeres, de los trabajadores del campo, de los trabajadores más precarios; y también de la acción directa en la resolución de problemas, que constituyó una experiencia única y poco colectiva en el pensamiento de la izquierda de los años 80— amplía el margen para forjar relaciones basadas en el consentimiento, rentabilizables en cuanto que es abolida la inestabilidad. Desde ese punto de vista, esta renovación de la forma de dominación,

que de mala gana llevó a la desarticulación real de los modelos anteriores de acumulación, es un patrimonio inestimable de la burguesía portuguesa. De ahí también que no haya fuerzas sociales relevantes poniéndola en cuestión, pese a todos los descontentos, los "*impasses*" o las contradicciones de un parlamentarismo decrépito. En ese punto se ve toda la diferencia y discontinuidad con el régimen anterior: esta "Universalización del Estado" es un movimiento real, que ningún "Reglamento Nacional del Trabajo" podría producir jamás.

Nueve años después del 25 de Noviembre, es forzoso reconocer que esta evolución corresponde también a una normalización de los aspectos contradictorios de esta transición a nuevas formas de dominación. Boaventura de Sousa Santos lo llama "Estado dual": "En lugar de dualidad de poderes, la crisis revolucionaria produjo un Estado dual: de un lado, las estructuras, las prácticas y las ideologías administrativas tradicionales, mantenidas casi intactas a pesar de estar en suspenso su funcionamiento normal; de otro, las importantes transformaciones institucionales que imponían al Estado un papel nuevo y más decisivo en el proceso de acumulación y en la dirección global de la economía, un papel tan sólo ensayado y aún de contornos políticos muy vagos" (*Ibíd.*, pp. 22-23).

En contrapartida, tenemos la tradición que aquí hemos caracterizado como "mecánica" en el análisis de la relación del poder con las fuerzas sociales. La consecuencia de este tipo de análisis (y en seguida se verá lo que implicó en términos de estrategia), es proyectar una ocupación de espacios en un Estado diversificado, disperso en varios poderes e instrumentalizable para políticas distintas. Esta visión parecía, además, encajar con la realidad —antes del 25 de noviembre— y no es pues

por casualidad que fuera la dominante en la izquierda: el Boletín del MFA clamaba que "en este momento, el poder político es detentado por las fuerzas progresistas de la sociedad portuguesa" (MFA, 1975). César Oliveira teorizaba la misma idea (Oliveira, 1975, p. 18) y Sérgio Ribeiro explicaba como se estaba dando una "toma desajustada de poderes", faltando embestir sobre el poder económico, última Bastilla que ya comenzaba a ser quebrada (Ribeiro, 1975, p. 37). Esta estrategia no es diferente a la que, desde hace años, lleva al PCP a defender la creación de un "partido eanista", pero eso es un tema para otro momento.

Claro que, al identificar esta tradición en sus raíces teóricas, poco se dice aún sobre su comportamiento práctico. Veamos ahora la expresión en la política concreta de esta perspectiva.

IV

La política del PCP forma parte de un conjunto de fuerzas que se determinan e influencian entre sí; aislarla sólo es posible en un nivel de abstracción que deja la descripción forzosamente incompleta. Sólo será suficiente, por consiguiente, para una aproximación limitada. Por otro lado, no es fácil distinguir lo que constituyen justificaciones y reelaboraciones subordinadas a necesidades coyunturales entre los documentos de los que se dispone para el análisis crítico. Puede resultar interesante utilizar los textos que por diferentes razones tuvieron que ser más claros y que son los que reconstruyen la coherencia de la acción en cada momento. Dos son los que caerían bajo ese criterio. El primero, de 1975, es la intervención de Alvaro Cunhal en el CC[4] del 10 de Agosto, cuya versión íntegra sólo llegó a ser pu-

4. Comité Central del Partido Comunista Portugués [N. del E.].

blicada al año siguiente, y que es un texto fundamental e injustamente menospreciado. El segundo es el libro de Ronaldo Fonseca que procura justificar las opciones de Vasco Gonçalves en ese mismo período y que arroja alguna luz sobre las diferencias de entonces entre el PCP y la "izquierda militar", lo que ya sólo por eso tendría la virtud de menoscabar la imagen maniquea de un PCP manipulador omnipotente.

Veamos rápidamente la situación. La caída del IV Gobierno implicaba el fin de la coalición y una confrontación incontrolada, en la que el bloque del PS con la derecha revelaba una creciente capacidad de movilización, mientras que las estructuras militares fundamentales de Lisboa estaban en gran parte bajo control de la corriente del COPCON. Puede decirse con seguridad que en esa coyuntura la política del PCP no fue la de favorecer la creación y la supervivencia del V° Gobierno de Vasco Gonçalves. "Hicimos gestiones inmediatas, algunas junto con el primer ministro, para transmitir que poníamos muchas reservas ante la formación del nuevo gobierno" (Cunhal, 1976a, p. 137), explica Cunhal al CC. Más aún: "Tomamos la responsabilidad de comunicar que no apoyábamos la constitución de ese gobierno de Vasco Gonçalves, si de verdad no había un apoyo militar" (*Ibíd.*, p. 137), y de ahí la no participación de militantes comunistas: "Tomamos esa decisión para no comprometernos con una representación partidaria en una solución muy incierta" (*Ibíd.*, p. 139).

El mismo texto es fuertemente crítico en relación a la "izquierda militar" (en la terminología de la época, los gonçalvistas): sectaria (*Ibíd.*, p. 140), sobrestimaba su fuerza (*Ibíd.*, p. 143), existiendo incluso el peligro de que una parte de los militares progresistas se volvieran contra el PCP o contribuyeran a su aislamiento (*Ibíd.*, p. 157).

Pero lo más importante es, sin ninguna duda, lo que señalaba de cara a la táctica del partido: la solución implica "una hipótesis, cuya necesidad puede no confirmarse, pero una hipótesis, de impulsar ciertos puentes con fuerzas o elementos que están colocados hoy en posiciones contrarias al proceso revolucionario" (*Ibíd.*, p. 157), "en el sentido de reconducir el problema de la Revolución Portuguesa a través de negociaciones" (*Ibíd.*, p. 163).

Es relevante que todos estos fragmentos fueran totalmente omitidos en la edición oficial del discurso en agosto y sólo publicados más tarde, tanto por la inseguridad del PCP en cuanto a sus aliados y a su área de influencia dentro del MFA, como por su voluntad de llegar rápidamente a un acuerdo con el Grupo de los Nueve y el PS. En la rueda de prensa en la que se anuncian las conclusiones de este CC, Cunhal no ahorra reservas al nuevo gobierno que "deja en pié, tal como antes, el problema del poder político en su conjunto", anunciando que sería deseable llegar a "recomposiciones, reajustes y reconsideraciones por parte del Gobierno" recién formado (Cunhal, 1975).

Ésta es la orientación del PCP durante todo el mes de agosto: proponer una plataforma negociada entre las distintas fuerzas (por ejemplo, la Declaración del 28 de agosto del 75), pasando por encima del gobierno al que sólo se le concedía apoyo en la exacta medida de las necesidades de la guerra de posiciones que el PCP no podía esquivar. El balance posterior del PCP acerca del 25 de noviembre es, una vez más, concluyente: "La división que se verificó en el MFA entre la izquierda militar y lo que ulteriormente se llamó el Grupo de los Nueve fue quizás el acontecimiento más grave de todo el proceso revolucionario" (PCP, 1975).

El objetivo de estos esfuerzos era mantener un cierto margen de maniobra por parte del PCP: de ahí el rechazo final al gobierno Fabiao, cuya posibilidad se aventura desde los primeros días del V Gobierno. Algunos dirigentes del PCP, como Octávio Pato, se opusieron a ese veto, pero la verdad es que este gobierno, negociado entre Otelo y los Nueve, dejaba al partido con un margen de maniobra mínimo. Por otro lado, su base era frágil: los mismos oficiales del COPCON acabaron por rechazar el acuerdo que Otelo alcanzó con Melo Antunes. El texto no fue publicado; sin embargo, un resumen que da cuenta del mismo de modo somero fue publicado en *O Jornal* (véase Faye, 1977, pp. 192-195).

En esta situación, el Frente de Unidad Revolucionaria (FUR) aparece en un momento de máximas tensiones entre el PCP y sus aliados. El FUR es constituido por iniciativa de los militares directamente relacionados con el Gobierno gonçalvista, procurando galvanizar un apoyo más holgado y comprometer más al PCP en ese bloque. De esa forma se cortocircuitaban dos procesos de debilitamiento del gobierno: las propuestas de negociaciones del PCP con los Nueve y las relaciones entre el COPCON y Melo Antunes. Si el PCP aceptaba la presión era porque la ruptura y neutralización de los "militares izquierdistas", a partir de ahí limitados en sus posibles alianzas, aparecería en su política como el mal menor. Además, probablemente no veía ninguna esperanza concreta de entendimiento rápido con los Nueve. El modo en que transcurrieron las reuniones constitutivas del FUR o, posteriormente, las iniciativas más audaces de desborde de las estructuras militares (los SUV), que escapaban por completo al control del propio FUR y, aun en mayor medida, al del PCP, confirman lo que acabamos de decir. La misma ruptura del PCP con el FUR, tres días después, es

una prueba más de sus contradicciones en relación con el V Gobierno.

v

Justificando diez años después la política de Vasco Gonçalves, Ronaldo Fonseca, pese a ser comedido en los detalles, presenta una visión que es substancialmente diferente a la que Cunhal defendería en Agosto de 1975 y posteriormente. Su libro, cuya presentación y divulgación tuvo la colaboración activa de Vasco Gonçalves, tiene el interés de introducir una crítica moderadamente antiestalinista, explicitando claramente una matriz ideológica distinta de la del PCP: es de las pocas obras que en Portugal se ha referido positivamente al XX Congreso del PCUS.

Para este autor, pese a ser una opción conflictiva y no aceptada por toda la izquierda (especialmente el PCP), la pervivencia del V Gobierno tenía tres justificaciones: dar más tiempo al MPLA en Angola para consolidar sus posiciones antes de la independencia; "completar la desarticulación del capitalismo portugués"; y crear las condiciones para una unidad superior de la clase trabajadora y de sus aliados de cara al gobierno burgués que inevitablemente le seguiría (Fonseca, *Ibíd.*, p. 206). El resultado sería globalmente positivo: el MPLA proclamaría la independencia; el capitalismo zozobraría —"Desarticulado y quebrado su modelo de acumulación, el capitalismo portugués no era dinámico ni viable" (*Ibíd.*, p. 220)—; el movimiento de masas avanzaría —"En estos momentos [1983], la pujanza del movimiento de masas organizado es de tal orden que podemos referirnos a la existencia de un 'contrapoder' al nivel de la 'sociedad civil', lo que no es obviamente sinónimo de la existencia de una dualidad de poderes a nivel general durante el período analizado" (*Ibíd.*, p. 235)—.

No vamos a discutir aquí las conclusiones injustificadamente optimistas del autor. Sólo señalaremos que la lógica de dicha argumentación es opuesta a la del PCP: una busca la confrontación, asumida como inevitable, la otra el compromiso; una procura forzar los ritmos de la revolución, la otra controlar un reflujo creciente.

Evidentemente, los contornos de esta diferenciación a la que se hace referencia no son totalmente claros: es obvio que atraviesaban al mismo PCP, y de ahí que algunos sectores del partido se comprometieran con operaciones o expectativas en las jornadas del 24 y 25 de noviembre, que la dirección condenaría inmediatamente. Pero eso no puede oscurecer la perspectiva que cada participante tenía como centro de gravedad de sus actos.

VI

Está claro, y volvemos a la ideología, que una lectura rápida de los testimonios de este período puede dar la impresión de que el PCP se "mimetizaba" con los flujos y reflujos de la crisis política y del movimiento popular. Esto también ocurre con el PS: podemos poner como ejemplo la campaña electoral de 1976, en la cual destacaba la reivindicación del control obrero.

Es necesario cierto distanciamiento para poder trazar la dinámica real del curso de los acontecimientos, de un movimiento tumultuoso y en gran medida espontáneo (véase Santos, *Ibíd.*, p. 19), que obliga a los aparatos políticos a intentar adaptarse a los cambios rápidos y bruscos que se producen en el curso del conflicto de clases. El modo en que esto influye incluso a nivel programático lo ilustra el mismo Cunhal, del que vale la pena recuperar una larga cita de una rara entrevista en el *Expresso*:

> "Cuando realizamos el Congreso (el VII, en Octubre de 1974), aún estaba caliente el 28 de septiembre,

un momento en el que no estaba aún definida cuál sería la posición de las fuerzas reaccionarias y de las fuerzas del capital. Si de verdad se conformarían con la derrota y aceptarían que la democracia portuguesa sería una democracia progresista y avanzaría en un ritmo regular —que hasta podría ser relativamente lento— o si, en cambio, perseguirían liquidar la democracia [...]

A finales del año de 1974 y principios de 1975, la situación se caracteriza por un sabotaje generalizado por parte de los capitalistas y de los terratenientes y fue eso lo que originó la necesidad de la Reforma Agraria, de las nacionalizaciones, del control obrero, como medidas de emergencia indispensables. Estoy convencido de que el proceso hubiera sido mucho más lento, con menos sobresaltos si las fuerzas representativas de los intereses económicos del gran capital —por tanto, las fuerzas políticas de la derecha— hubiesen aceptado la democracia portuguesa tal como ésta se presentaba después del 28 de septiembre.

Para nosotros estaba claro. Estaba tan claro que en nuestra plataforma de medidas de emergencia tomadas durante el Congreso de PCP exigíamos el control en relación a la banca privada y las actividades económicas, pero, en ese momento, no preconizábamos una reforma agraria inmediata ni inmediatas nacionalizaciones. Pero, ¿qué pasó? Continuaron desviando fondos, mandando millones de dinero al extranjero, sustrayendo dinero de los bancos, haciendo sabotaje económico. Dicho sabotaje hizo indispensable la nacionalización inmediata de la banca. En la agricultura, la ofensiva de los terratenientes llegó a provocar la liquidación de los efectivos ganaderos, desvíos de fondos, tierras sin cultivar. Este sabotaje hizo nece-

sario ocupar y cultivar las tierras [...]. En Portugal, si alguien podría dar garantías a los capitalistas serían los comunistas. Repito que estamos por el respeto a la dinámica propia en el sector capitalista. Eso viene en nuestras tesis, en nuestras posiciones" (Cunhal, 1976b).

Tendríamos numerosas pruebas o hechos que testimonian igualmente la adaptación del PCP o de otros partidos a la realidad en movimiento de la confrontación social. Y tocamos ahí en la clave del viraje que el PCP opera a partir de este CC de 10 de agosto de 1975: es debido a su vulnerabilidad ante dichas presiones que llega a un punto crítico. Las dificultades para dominar la situación le llevan a recurrir a medidas extremas y maniobras arriesgadas (como crear SUVs paralelos) para mantener cierto control sobre una base que, sin tomar aún consciencia de la ruptura que se producía, se iba colocando cada vez más fuera de la orientación propuesta por la dirección. Una razón más para evitar cualquier dinámica de ruptura, procurando salvaguardar lo que fuese posible de las posiciones conquistadas mientras tanto en los mecanismos de decisión del aparato de Estado. Nueve años después del 25 de Noviembre, la Reforma Agraria y tantas otras "conquistas" abandonadas están ahí para demostrar hasta donde va la flexibilidad del PCP en este ámbito (véase también Santos, *Ibíd.*, p. 24).

VII

Una investigación que profundice en los condicionamientos y objetivos de la política del PCP en este período ayudará a rellenar varios huecos. En primer lugar, arrojará alguna luz sobre la imagen de la lucha de clases en el interior de los aparatos de Estado, pero también su efecto sobre las estructuras de los partidos políticos. La

hipótesis aquí defendida avanza algo sobre el PCP, pero mucho más se tendría que decir en cuanto al proceso de formación del PPD o al papel del PS. En segundo lugar, y más importante, nos aclara hasta qué punto y en qué fracturas se divide, se contradice, se transforma el aparato de Estado durante una situación de crisis (sabiendo que cada coyuntura es históricamente única y que no hay forma de racionalizar esta analogía de cara el futuro) y hasta qué punto resiste y se afirma su unidad general.

Dentro de la lógica de su estrategia de "revolución democrático-nacional", cuyas consecuencias prácticas son las presentadas por Cunhal en la citada entrevista al *Expresso*, no cabía un proceso de transformación global de la sociedad, en el sentido de la abolición de las relaciones capitalistas de producción que subyacen al Estado capitalista. Pero tampoco excluía la lucha por la mejor relación de fuerzas posible, cimentando instrumentos de poder como forma de consolidar posiciones: el binomio Ministerio de Trabajo-CGTP, tan bien expresado en la unidad sindical, es uno de los ejemplos más conocidos. De ahí la ocupación parcial de espacios en los aparatos del Estado. Lo que un riguroso estudio empírico nos podría demostrar es hasta dónde llegó esa ocupación; en cualquier caso, queda claro el error de dicha concepción, que desconoce la existencia de la unidad del Estado, el cual no se llega a poner en cuestión, ni siquiera en el centro de las mayores divergencias, como fue el caso del aparato militar.

Lo que sacudiría este aparato militar sería un levantamiento generalizado de los soldados, inevitablemente favorecido por la parálisis de las élites. Esa situación estuvo cerca de producirse en ese verano: a ella se opusieron todas las corrientes del MFA, y el PCP tanto como las demás.

La lucha por el compromiso, que es la línea de continuidad de la actuación del PCP en este período, no llevó a ninguna solución: el gobierno Fabiao fracasó antes que nada por causas exteriores al PCP. Otra propuesta, la de incluir a Otelo como viceprimer ministro de Vasco Gonçalves tampoco dio resultado. Pero a finales de agosto asistimos a nuevas propuestas, algunas de las cuales son públicas.

Vasco Gonçalves proponía forzar la relación de fuerzas, desistiendo después para buscar un nuevo aliento, en todo caso de corta duración. Todos admitían entonces que sería imposible estabilizar una democracia burguesa en Portugal (Fonseca, *Ibíd*., p. 173, y todas las resoluciones del PCP). La dirección del PCP prefería no aventurarse en estas hipótesis remotas, ya había calado el temor de que "militares progresistas abandonen o contribuyan al aislamiento del Partido".

Triste destino el de la ideología: el PCP, mientras su política iba en otra dirección, era forzado a mantener una apariencia de radicalidad y a proteger a un gobierno que temía. Se quedó así con la fama sin conseguir el provecho; esa apariencia era un arma en la propaganda y la movilización de sus oponentes y, agotada esa coyuntura, se convirtió en una fuerza ideológica propia, una alienación de la clase política, caminando por sí misma durante los años posteriores a la Revolución.

4. ANTES Y DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

4.1. La crisis de las élites ante la modernización democrática: las principales transformaciones sociales y políticas antes y después del 25 de Abril

Francisco Louçã

A finales del siglo XIX, Portugal era un país atrasado, salido de guerras intestinas entre facciones políticas y sociales producidas durante los últimos años de la monarquía, con una industrialización incipiente aunque dinámica, con grandes asimetrías regionales internas y con un pequeño imperio colonial cuya supervivencia definía el proyecto de las élites y entusiasmaba a la oposición republicana. Noruega era entonces una colonia sueca, escasamente urbanizada, con un nivel de vida inferior, con una identidad subordinada y sin perspectivas. En contrapartida, a finales del siglo XX Noruega es el país más desarrollado de Europa occidental, en términos de PIB per cápita y de productividad, o en términos de distribución igualitaria de las rentas, y Portugal es el último. El siglo XX fue un largo periodo de divergencia.

La caída del régimen marcelista, con el golpe de 25 de Abril y las confrontaciones sociales que siguieron, crearon la oportunidad para una ruptura con dicha trayectoria. La alteración de la estructura de la propiedad, con la destrucción de algunos de los grandes grupos económicos y financieros, la participación popular y

la construcción de un movimiento social independiente, además del fin del imperio colonial, modificaron el modelo de acumulación proveniente de la dictadura. En los treinta años siguientes, se sucedieron periodos de convergencia y de divergencia con la media europea, a la vez que la economía portuguesa conocía transformaciones profundas: la adhesión a la Comunidad Económica Europea, hoy Unión Europea, la reestructuración del capital financiero e industrial con la emergencia de nuevos sectores dominantes o la alteración de las relaciones sociales en el mercado de trabajo.

Este capítulo propone un breve análisis de la evolución económica a lo largo del periodo de posguerra y, más en particular desde 1974, buscando identificar sus tendencias fundamentales y las contradicciones que generaron. Por eso trato tres periodos muy distintos: primero, la ruptura, en 1974 y 1975; después, la normalización, con ritmos diferentes entre 1976 y 2002, cuando se afirma el predominio de la modernización conservadora; finalmente, una nueva ruptura con la modernización liberal que es la política dominante desde 2002 hasta la actualidad.

4.1.1. La dictadura del largo siglo xx

El siglo xx fue un siglo largo. Tras la caída de la I República, la dictadura, que fue la primera y la última en Europa occidental, se prolongó hasta su agonía a lo largo de décadas en las que el aislamiento y el atraso se fueron reforzando mutuamente. Salazar fue siempre un superviviente: desde la instalación de la dictadura en los años veinte hasta a la Guerra Civil de España y a la Segunda Guerra Mundial, fue reforzando su control sobre el país, hegemonizando a una burguesía débil que temía más que nada la pérdida de sus privilegios y de la protección se-

gura que el régimen le concedía en Portugal y en las colonias. Pero las pruebas más difíciles para la dictadura fueron sin duda las de su periodo de madurez, desde los años cincuenta y sesenta hasta los años setenta, cuando la emigración y la guerra colonial extremaron las contradicciones sociales internas, a la vez que el régimen oscilaba entre las opciones antagónicas de la supervivencia ultramarina y la inevitable apertura europea.

Pero este atraso no significa que a lo largo de todo el periodo salazarista las tasas de crecimiento hubieran sido siempre divergentes de los restantes países europeos y, en particular, de los del sur europeo y mediterráneo. Por el contrario, durante los años cincuenta y sesenta se registró un desarrollo acentuado de la producción industrial con sustitución de importaciones, provocando una lenta convergencia real en relación a los niveles de desarrollo de otros países europeos, aunque se mantuvieran y hasta se reforzaran factores de atraso estratégico: una universidad cerrada, una investigación científica excepcionalmente limitada, el arcaísmo de los servicios y una crisis agrícola agravada por la emigración, que afectó a cerca del 30% de la población entre 1961 y 1974. Sin embargo, el inicio de la guerra colonial creó nuevos costes presupuestarios y paralizó la capacidad de iniciativa del régimen, a la vez que las expectativas de consumo iban aumentando con la generalización de nuevos patrones nacidos de la comparación con otros países.

Entre 1960 y 1973, Portugal es, de entre todos los países de la OCDE, el que tiene un menor peso del sector público en la economía, siendo el último tanto en recaudación de impuestos como en gastos sociales. Los números presentan así una imagen fría de lo que era la burguesía portuguesa y su economía: anclada en el proteccionismo externo y en el condicionamiento industrial, sin atisbo alguno de una política de control presupues-

tario de tipo keynesiano, como las que los países europeos practicaban de forma generalizada para apoyar sus políticas de integración social. La dictadura política y militar se hizo la condición para la supervivencia de un régimen social cuya acumulación se basaba en mercados sin competencia y en salarios bajos con cualificaciones reducidas.

Los grandes grupos económicos, deudores del régimen, se fueron diferenciando tanto en la producción y en sus conexiones coloniales como en los apoyos financieros y en la internacionalización: al llegar a los años setenta, la CUF, el grupo Espírito Santo, el Banco Portugués do Atlántico, el grupo Champalimaud, el Banco Fonsecas & Burnay, el Banco Nacional Ultramarino, el Banco Borges e Irmao, y los grupos Vilas, Jorge Brito, el Banco de Angola y Pinto de Magalhães constituían las vértebras del régimen económico de la dictadura, pero tenían estrategias muy diversas. Mientras algunos dependían de la sustitución de importaciones, del proteccionismo y de las colonias, otros sostenían su capacidad productiva en una internacionalización activa y en un sistema financiero que se iba modernizando.

Sin embargo, las tentativas de esbozar alternativas a partir del propio régimen fueron permanentemente desacreditadas o debilitadas por el recelo al cambio, pero a la vez fueron también constantemente retomadas. La primera gran tentativa de modernización económica fue propuesta por Ferreira Días, que la explicó en su libro *Línea de Rumbo* (1945), presentando un programa basado en una ofensiva industrializadora que, de la mitad del siglo en adelante, apareció como una constante en los enfrentamientos ideológicos y estratégicos dentro del aparato de dominación de la dictadura salazarista. Ferreira Días fue Subsecretario de Estado de Comercio e Industria de 1940 a 1944, cuando ya había escrito *Lí-*

nea de Rumbo, y posteriormente Ministro de economía de 1958 a 1962. Peral de Mora describió la influencia de Ferreira Días del modo siguiente:

> "Es este conjunto de circunstancias (la guerra y la inversión de capitales en nuevas actividades productivas) lo que permite el triunfo —aunque lento— de las concepciones 'industrialistas' de Ferreira Días (vid. *Línea de Rumbo*, un libro sin par y decisivo). Se lanza la electrificación, se refuerza el sector de los transportes, se hace el ensayo de fomentar algunas grandes empresas para las industrias básicas. Es en estos proyectos que comienza a ponerse en práctica la interconexión del personal político con los grandes intereses industriales, terminándose así una época en la que los políticos solo se 'interesaban' (en los varios sentidos de la palabra) por el mundo rural y por la propiedad y la explotación de la tierra. De hecho, es sobre todo a partir del inicio de los años cincuenta cuando surgen vastas oportunidades para los administradores del Estado o los delegados del Gobierno. Se colocan en puestos clave personas con vocación política que prestaron (o van a prestar) grandes servicios en la maquinaria gubernamental, en particular personal que había pasado por los mecanismos de coordinación económica del periodo de la guerra o el posbélico. Así aseguran su éxito y consiguen amplios favores 'en interés nacional' los empresarios y capitalistas del sector privado que comprendieron el signo de los nuevos tiempos. Estaba estructurándose el complejo político-industrial que vendría a dominar en proporción creciente desde entonces; se consagra el sistema que opera a partir de 1958 con la creación de las corporaciones (de las industrias) y el lanzamiento o refuerzo de los gremios, desde en-

tonces aumentando de forma constante su influencia efectiva" (Peral de Mora, 1969, pp. 19-20).

Pero Ferreira Días fue sustituido en el gobierno en septiembre de 1944, y Salazar se inclinó hacia una posición más consensualista entre las varias fracciones de la burguesía, evitando la marginación de cualquiera de ellas. Pereira de Moura argumenta que, en cualquier caso, el modelo de desarrollo del salazarismo estuvo marcado por el estancamiento arcaizante del sector agrícola, por la incapacidad de tomar la opción europea en los inicios de los años 60 y por aceptar las "tendencias autonomistas y nacionalistas de los africanos" (*Ibíd.*, p. 30).

Esta cuestión crece en relevancia por el hecho de que Ferreira Días tuvo justamente la virtud de anticipar la necesidad de un crecimiento de la productividad y de la competitividad industrial, revelando de forma sorprendente para la época una gran tolerancia en relación a las reivindicaciones de mejora salarial.

Estas ideas fueron mucho más tarde retomadas por Rogério Martins, a su vez secretario de Estado de industria y exalumno de Ferreira Días, quien se refirió a esta continuidad en el discurso de apertura del Coloquio sobre Política Industrial (febrero de 1970), que buscaba relanzar un programa reformador en el contexto de la primavera marcelista. Retomando directamente el mismo tipo de preocupación que Ferreira Días —y casi en los mismos términos— veinticinco años después, Rogério Martins destaca que "la industria es el gran instrumento de la realización (de la nación) en términos de progreso, de vitalidad y de aprovechamiento del potencial humano de sus hijos" (Martins, 1971). Más adelante, cita *Línea de Rumbo* para retomar la comparación entonces establecida por Ferreira Días entre Portugal y veintiséis países europeos, que colocaba al país en el número 22

del ránking, en consonancia con un conjunto de criterios que evaluaban el desarrollo industrial. La conclusión de Rogério Martins en 1970 era descorazonadora: "el régimen industrial que se fomentó en nuestro país durante el último cuarto de siglo ni permitió que nos aproximáramos al conjunto de los países europeos económicamente avanzados disminuyendo la distancia que de ellos nos separaba, ni mejoró nuestra posición en relación a otros" (*Ibíd.*, p. 4).

El gobernante sugiere así claramente que el resultado final de las opciones económicas (el "régimen industrial") fue un fracaso y no se correspondía con las propuestas e intenciones de Ferreira Días al que, por otro lado, el entonces Secretario de industria intentaba retomar, de hecho con el mismo éxito, puesto que se alejó del gobierno no mucho tiempo después.

La historia de los Planes de Fomento es ejemplificadora de esta tensión entre estrategias. El I Plan de Fomento era poco más que un conjunto de declaraciones, que definían para el periodo 1953-1958 algunas necesidades en infraestructuras e industrias básicas. Es en el II, el Plan para 1959-64, en el que surgen programas sectoriales y en el Plan Provisional para 1965-1967, cuando se hace referencia a políticas diferentes para distintos sectores económicos. A finales de ese periodo, algunos sectores del régimen esbozan una alternativa europeísta y modernizadora, que viene a ser conocida por la "Nueva Política Industrial", encabezada por Rogério Martins, Xavier Pintado, João Sauce y otros. El III Plan, que abarcaba desde 1968 hasta 1973, incluía nuevas dimensiones como el desarrollo regional, la promoción de las exportaciones, del empleo y de la productividad, pero los equilibrios entre los diferentes sectores del régimen acabaron por amortiguar los vestigios modernizadores, tanto en la política, con el fin de la "primavera" marcelista y la

afirmación del continuismo de la dictadura, como en la economía, con el mantenimiento del modelo de desarrollo de los años anteriores. El IV Plan de Fomento, previsto para 1974-79, no llegó a tener ninguna aplicación.

Así, al llegar a 1974, el régimen estaba económicamente paralizado. Ya no era posible conseguir tasas de crecimiento significativas a través de la sustitución de importaciones, pues la vía del crecimiento extensivo chocaba con los límites obvios producidos por la crisis energética, con el desvío de recursos hacia la guerra colonial, con el aumento del déficit de la balanza de pagos corrientes —difícilmente compensada por las remesas de emigrantes— y con la inflación, que se aproximaba del 30% en vísperas del 25 de Abril de 1974. La crisis del corporativismo y la emergencia de luchas sociales importantes, de las que comenzaba a nacer un movimiento sindical independiente, ilustraban en los años setenta el fracaso del régimen y el desplome de su política social. Escribía Caetano, ya en el exilio, que "la burguesía portuguesa, habituada a gozar de un clima de paz durante casi medio siglo, bajo la protección de unas instituciones que le servían de escudo, no tenía espíritu combativo ni sabía cómo actuar en defensa de los principios que decía confesar" (Caetano, 1974, p. 93).

Cuando cayó, el régimen dictatorial no tenía a nadie que lo defendiera.

4.1.2. La ruptura del 25 de Abril

La ruptura política inaugurada por el golpe de Abril y el movimiento social que desencadenó ocurrió en un momento dramático desde el punto de vista de la crisis económica y social: el corporativismo ya no representaba ningún control instrumental sobre la mayoría de la población, la guerra se hacía insoportable, el imperio caía y comenzaba a aparecer la estanflación.

Sin embargo, el nuevo régimen no tenía ningún proyecto coherente, dificultad agravada naturalmente por sus contradicciones internas, que van evolucionando a lo largo del año de 1974 y 1975 a través de sucesivos golpes, intentonas e *inventonas*. Así, la tesis de Sousa Franco, según la cual el Estado centralista, vértice del poder, habría sido sucesivamente ocupado por la dictadura (1926-74), por el PCP (1974-5), por el PS (1976-1979) y por el PPD (1980-1995), no tiene razón de ser, puesto que ignora tanto la dimensión de las rupturas como de los conflictos en el sistema de poder del Estado. Más aún, ignora que en los años de 1974 y 1975 el poder estaba descompuesto en polos distintos e incluso contradictorios, aunque el ritmo y la profundidad de la crisis del aparato de Estado proveniente de la dictadura fuera mucho más acentuado que la emergencia de la capacidad política autónoma y alternativa de los movimientos populares.

El resultado fue un proceso discordante de transformaciones bajo presión. Las primeras ocupaciones de viviendas ocurrieron en Lisboa inmediatamente después de la caída de la dictadura (el 30 de abril), y la primera empresa ocupada fue la Compañía de las Aguas de Lisboa, que después se convertirá en la EPAL, el 21 de mayo. Los tres bancos emisores fueron nacionalizados en septiembre de 1974: el Banco de Portugal, el Banco de Angola y el Banco Nacional Ultramarino. La disputa sobre la propiedad pasó desde entonces a dominar las opciones económicas estratégicas. La Reforma Agraria fue impulsada por un movimiento de ocupación de cerca de 1,2 millones de hectáreas, que implicó a más de 40.000 trabajadores permanentes y a entre 30.000 y 50.000 eventuales. A lo largo del año 1975, las nacionalizaciones directas e indirectas que respondieron a la tentativa de golpe contrarrevolucionario del 11 de marzo abarcaron a ochenta empresas y más cerca de 140 pasaron a tener

participación del sector público. Según Silva Lopes, este sector empresarial público abarcaba entonces el 90% de la banca, el 68,7% de los transportes y las comunicaciones, el 57,3% de la energía y las minas, pero solamente 6,6% de la industria, habiendo sido siempre excluida la nacionalización del capital extranjero. Este sector producía entre el 20 y el 25% del PIB, representando cerca del 30% de la inversión y, con 300 mil trabajadores, cerca de 8% del empleo. A la vez, en respuesta al abandono patronal, se creó un efímero sector autogestionario compuesto por 1.710 empresas y 120.000 trabajadores.

Los resultados de esta mutación deben ser evaluados con cuidado. Las transformaciones del régimen de propiedad ocurrieron en un contexto de desestructuración de la burguesía portuguesa y destrozaron a los grandes grupos, que solo se reorganizarían, en ciertos casos con modificaciones, algunos años después. A la vez, reforzaron un discurso ideológico algo confuso, que buscaba diferenciarse en relación al periodo anterior: mientras Vitor Constâncio explicaba que Portugal debía encontrar un modelo de desarrollo "entre Suecia y Yugoslavia", la legislación garantizaba un "socialismo verdaderamente portugués" (por ejemplo, el Decreto Ley 203-C/75 de 15 de abril, así como muchos otros documentos, leyes y pactos).

Sin embargo, en el plano material el resultado fue igualmente contradictorio. La Reforma Agraria tuvo un impacto político y simbólico muy amplio, pero quedó limitada a una región del país y fracasó como proyecto de modernización de la producción agrícola y de reducción de la dependencia de las importaciones alimentarias. Su destrucción fue muy lenta, debido a la fragilidad de la burguesía agraria, y aún en 1985 había 350.000 hectáreas ocupadas, con 20.000 trabajadores. Pero desde 1977 se inició la degradación de este proceso, con una políti-

ca de indemnizaciones y de restitución de propiedades que condujo al fin de la Reforma Agraria y a la pérdida de una oportunidad histórica de modernización de las relaciones sociales en la agricultura.

Las nacionalizaciones, por el contrario, abarcaron algunos sectores estratégicos de la economía, en particular el sector financiero, las aseguradoras y los transportes. Pero la industria quedó en gran medida protegida de este proceso, a no ser en lo que concierne a las participaciones que los bancos tenían en otras empresas, como sucedió con las minas, las cerveceras, las celulosas, las empresas de vidrio y las cementeras. Así, y al contrario de lo que sucedió con la Reforma Agraria, las nacionalizaciones afectaron a un centro estratégico del sistema de acumulación y, por consiguiente, la posterior privatización vino a ser el proceso crucial para la redefinición de la base económica de los grupos monopólicos en los años ochenta, noventa y el nuevo siglo.

Este proceso de reestructuración económica tuvo grandes resistencias. Los movimientos sociales fueron parte activa de esta transformación y la alteración de la relación de fuerzas en el país puede ser medida por la evolución de la distribución de la renta nacional: la parte del salario en la renta nacional era del 49% en 1973, pero subió hasta el 55,4% en 1974, al 68% y al 67,6% en 1975 y 1976, aunque a partir de entonces comenzó a reducirse, hasta alcanzar de nuevo los niveles de 1973, donde se ha estabilizado en las décadas posteriores. Pero esta evolución fue siempre vulnerabilizada por la dificultad de control macroeconómico. Entre 1973 y 1975, la inversión privada se redujo a la mitad, y no había medios alternativos para compensarla con inversión pública: una de las pruebas de la fragilidad del nuevo régimen económico fue su incapacidad para la planificación, en el mejor de los casos reducida a ejercicios de escenifica-

ción. Esta vulnerabilidad fue acentuada por la devaluación sucesiva del escudo, que fue del 2,3% en 1974, del 3,3% en 1975, del 9,1% en 1976, y del 20,8% en 1977. La devaluación intentaba apoyar a las empresas exportadoras, generando un círculo vicioso en el que ni las cuotas de mercado externo aumentaban sustentablemente ni se modificaba el patrón de los bajos salarios. La utilización de las empresas públicas para obtener préstamos en el extranjero, resolviendo así problemas coyunturales de tesorería, agravó la dificultades. Los acuerdos con el FMI, durante los años siguientes, marcaron el inicio de la normalización posrevolucionaria.

4.1.3. La normalización y la adhesión a la CEE

La adhesión a la Comunidad Económica Europea, el 1 de enero de 1986, representa el fin de esta etapa de transición. En 1989 las nacionalizaciones dejan de ser consideradas constitucionalmente irreversibles, aunque ya antes se había garantizado la posibilidad de conceder la gestión de empresas públicas a entes privados, y la revisión constitucional de 1982 había comenzado a alterar el régimen de derechos de propiedad existente desde el 25 de Abril. En 1989, una reforma fiscal introdujo los dos principales impuestos directos anuales, el IRS y el IRC. El IVA ya se había adoptado a raíz de la firma de adhesión a la CEE, acercándose así el sistema fiscal al del resto de países europeos, aunque no se podía decir lo mismo de su contenido esencial, ya que los impuestos indirectos sobre el consumo seguían predominando en Portugal, acentuando así las desigualdades en la distribución de la riqueza. En 1989 también comenzó la reforma de la legislación laboral.

Sin embargo, a lo largo de todas estas transformaciones, el modelo de desarrollo dependiente y subalterno se mantuvo inalterado. Durante los años ochenta, se re-

forzó la especialización en sectores y productos con bajo nivel tecnológico y reducidos costes laborales debido al retroceso en investigación tecnológica: el patrón de especialización nacional seguía en discordancia respecto al europeo. Incluso en los años 90, a pesar de un proceso de convergencia real entre 1996 y 2000, el modelo de crecimiento extensivo mantuvo sus seis características y contradicciones principales:

- El aumento de la producción se ha asentado sobre el aumento permanente del nivel de actividad sin cambio estructural, esto es, en el aumento del empleo manteniendo el mismo patrón de especialización productiva, en lugar de apoyarse en un crecimiento de la productividad basado en un cambio de especialización. Solo la inmigración, en particular bajo la forma de inmigración ilegal, puede mantener aún este crecimiento del nivel de actividad.
- Las ventajas comparativas que habían sido reforzadas, o bien son fragilizadoras (salarios bajos), o son insostenibles, ya que diferencian internamente a las empresas y constituyen un desincentivo a la inversión extranjera (un bajo nivel de presión fiscal conjugado con un alto nivel de evasión y fraude, incluyendo la evasión legalizada).
- La demanda interna ha sido apoyada por un ritmo de expansión más acentuado que el de la UE (lo que se corresponde parcialmente con la recuperación de los atrasos infraestructurales, pero también con fuertes ineficiencias), pero sin una estrategia de inversión que busque la modificación del patrón de especialización. Por el contrario, la inversión se concentró en la creación de mercados para la construcción civil, con un efecto dramático en la estructura social. La restricción de las políticas presupuestarias en nom-

bre de la reducción del déficit va a seguir suponiendo recortes en la inversión, con efectos en la pérdida de fondos comunitarios.

- Como la balanza comercial es claramente deficitaria y el sistema productivo no se corresponde con la demanda interna, se mantiene un elevado desequilibrio externo, con un rápido crecimiento en las importaciones, incluso a nivel contra-cíclico, degradándose continuamente la posición de las exportaciones, todo ello agravado por la falta de una estrategia de inversión pública.
- La financiación del déficit estaba asegurada por una tríada (remesas de emigrantes, turismo y los fondos comunitarios), que entró vertiginosamente en crisis: los fondos comunitarios se reducirán tras el 2006, mientras disminuye el turismo, al mismo tiempo que se van reduciendo las remesas de emigrantes (entrada de divisas) y aumentando las remesas de inmigrantes (salida de euros). Así, las transferencias externas, que financiaban el 52,5% de la balanza corriente en 1998, ya solo cubrían el 31,6% en el año 2000.
- Se desarrolla una convergencia nominal (reducción de la inflación y control del déficit presupuestario y de la deuda pública) y, en algunos casos, también real pero artificial, ya que el aumento del nivel de vida ha sido más rápido que el de la productividad. A partir de 2001 y 2002, el proceso de convergencia real da lugar a una divergencia creciente, acentuada por la política presupuestaria recesiva en 2003 y 2004.

Es cierto que durante 30 años el crecimiento de la economía portuguesa ha sido muy rápido: en la Unión Europea, de media, los países multiplicaron durante ese periodo su PIB por cuatro, mientras que Portugal quintuplicaba el producto nacional, a una media del

3,5% al año. También es cierto que los problemas fundamentales no estaban resueltos: los ingresos tributarios son de los más reducidos de la UE, somos el país europeo con mayor desigualdad de beneficios después de impuestos, la mano de obra barata está poco especializada, no existe una cultura de innovación tecnológica, los servicios públicos son deficientes. En otras palabras, el crecimiento duraba mientras se podía movilizar más mano de obra, mientras aumentó la tasa de participación de las mujeres en el mercado de trabajo, una de las más elevadas de Europa (73% en Portugal, 66% en la media europea): Portugal creció mientras pudo movilizar una mayor cantidad de recursos humanos, incluso a un nivel más bajo de valor de producción por trabajador.

Se mantenía así una paz social relativa, asentada en una tasa de desempleo baja pero también en salarios reducidos, mientras que la demanda interna se sostenía, o bien por el endeudamiento de las familias —con el estímulo a la compra de casas por vía de la reducción de los intereses y forzada de facto por la inexistencia de un mercado de alquiler— y por el endeudamiento de la banca en el extranjero para financiar el endeudamiento de las familias, o bien por la expansión del gasto corriente del Estado y por la inversión en obras públicas y, prioritariamente, en la construcción civil.

A principios del nuevo siglo, el "*impasse*" de este modelo de crecimiento se comprueba por su vulnerabilidad ante los efectos de la situación internacional y la recesión, que es la más grave de todos los países de la Unión Europea. Los primeros síntomas de colapso son la caída de la demanda interna y de la actividad económica en general —a pesar de la ligera mejoría de la demanda externa—, el aumento del desempleo —que tiende a crecer a niveles sin precedentes en las últimas

décadas— y la pérdida de fuentes de financiación que mantenían el ciclo en marcha.

En este contexto, este modelo de crecimiento se traduce en la desaceleración del proceso de convergencia, que tiene lugar entre 1994 y 1999 a ritmo inferior al de

Comparación entre Portugal y la media comunitaria

Evolución post-adhesión (tasas medias de crecimiento anuales)				
Portugal	**1986-1990**	**1991-1993**	**1994-1999**	**2001-2004**
PIB	5,5	1,2	3,1	0,4
FBCF	11	-1,6	7,4	-4,8
Consumo Público	6,3	4	2,4	2
Consumo Privado	5,2	3,2	2,9	0,7
Exportaciones	9,8	1,2	8,6	2
Importaciones	15,5	4,7	9,2	3,5
Unión Europea	**1986-1990**	**1991-1993**	**1994-1999**	**2001-2004**
PIB	3,3	0,7	2,4	1,1
FBCF	5,7	-2,6	3,1	-1,8
Consumo Público	2	1,5	0,9	2,3
Consumo Privado	3,7	1,3	2,2	1,3
Exportaciones	5	1,8	6,8	2,2
Importaciones	7,4	2,5	2,5	0,7

Cuadro 1. Fuente: Banco Mundial, Banco de Portugal, OCDE y Eurostat.

1986-1992 y, más tarde, entra en un proceso de divergencia, como indica el cuadro 1.

En el cuadro se hace una sencilla comparación de la evolución de las economías de Portugal y de la Unión Europea en su totalidad. Como se puede comprobar, hay un proceso de convergencia pos-adhesión, que se desacelera durante la recesión de inicio de los noventa, pero que después regresa, hasta la recesión de 2002 y 2003, cuando pasa a predominar un proceso de divergencia.

Los datos de 2003 confirman esta tendencia: el PIB se habría reducido en un 1%, el consumo público se estancó, la inversión se redujo un 10% y la demanda interna un 3%, según las informaciones del Banco de Portugal, que destacan la divergencia con las tendencias de crecimiento de la Unión Europea. Según el Banco, en 2004 continúa la reducción de la inversión, de la demanda interna, de las exportaciones e importaciones y de la demanda global, con la consecuente continuación de la recesión o, en el mejor de los casos, el mantenimiento del nivel del Producto Interior Bruto. Así, a la recesión le sigue el estancamiento.

Al mismo tiempo, el patrón de industrialización se ha ido deteriorando durando los últimos años:

- Se generaron nuevos polos de especialización en la producción de bienes intermedios y bienes de consumo, en particular de medios de transporte (automóviles, como Anteuropa, que acapara el 11% de las exportaciones nacionales) y en la construcción (en particular la cerámica), con una dinámica de internacionalización acentuada.
- Al mismo tiempo, se produjo una degradación de la parte del mercado vinculada a los sectores exportadores tradicionales, como los de la industria textil o forestal, volviéndose la primera mucho más vulnerable ante la apertura de los mercados europeos a los productores asiáticos, lo que agrava la crisis de desempleo del sector.
- Tanto la industria química como la de alimentación pierden competitividad.
- Si bien la industria metalúrgica es hoy menos dependiente, lo contrario sucede con la ingeniería mecánica y la de bienes de equipo.

La reorientación de los principales grupos económicos portugueses hacia la banca, hacia la especulación o hacia las nuevas formas del capital financiero, como el sector distributivo o las grandes superficies comerciales y la gestión de los hipermercados, es la constatación de cómo el fracaso industrial dio lugar a nuevas estrategias. El resultado acumulativo de estas tendencias es el atraso económico y social, incluso después de estas tres décadas de acople al resto de Europa. Esto se puede medir a través de dos indicadores. En primer lugar, el PIB per cápita en el 2000, tomando la media de la UE como base 100, era en España, en paridades de poder adquisitivo, de 82,5 (en valor absoluto de euros, 68), pero en Portugal era de 73,5 (en euros, 50,4, es decir, la mitad). En segundo lugar, la productividad (medida en PIB/hora en paridades de poder adquisitivo), es en Portugal de 19,6, pero en España de 21,1, mientras que la media europea es de 31,4.

El atraso continúa siendo una característica dominante en el modo de desarrollo de la economía portuguesa. La modernización conservadora resultó un fracaso histórico: el régimen de acumulación, después de haber sido normalizado y renovado, y de haber sido reconstruidas las relaciones de autoridad social que fueron alteradas en el período inmediatamente posterior al 25 de Abril, reveló toda la dimensión de su atraso (Portugal aun es el último país de la UE en todos los indicadores económicos y sociales fundamentales). Paralelamente, este país atrasado ha cambiado mucho en dos generaciones.

4.1.4. La modernización conservadora y las transformaciones de final de siglo

A partir de 1969, Portugal cambió mucho y muy deprisa, convirtiéndose en un país completamente diferente. Esta transformación social fue profunda, pero no

superó atrasos históricos decisivos: simplemente los transportó en el tiempo. La modernización conservadora resume esta paradoja, y se define por cuatro grandes procesos de transformación en cuarenta años.

En primer lugar, cambió la población del país. Emigró una parte importante de la población. Después de 1974, las transformaciones demográficas se hicieron más profundas: Portugal se volvió el país con la menor tasa de natalidad de Europa occidental, al mismo tiempo que la esperanza de vida aumentaba rápidamente. La explicación de este último hecho se encuentra en cambios en el sistema de salud: la mortalidad infantil descendió meteóricamente del 80 por mil al 6 por mil; la esperanza media de vida de los hombres subió de 60 a 73 años y el de las mujeres de 66 a 79 años. El resultado es un rápido envejecimiento de la población: los menores de 15 años, que en 1960 era un tercio de la población, son ahora un sexto, y los mayores de 65 años, que eran un 8% son ahora un 15%, con una tendencia a superar el número de jóvenes. Como consecuencia del rápido envejecimiento de la población tenemos hoy en día 1,7 trabajadores activos por cada pensionista, de un total de poco menos que 3 millones. En 1960, Portugal tenía 56.296 pensionistas y en 1970 eran aun 187.297: la inclusión de nuevos sectores sociales en el régimen de Seguridad Social, que determina hoy casi un 10% del fondo total nacional, fue una de las alteraciones más importantes de estas décadas. Por esta razón la privatización de la Seguridad Social es una de las disputas estratégicas actuales en la sociedad portuguesa. Pero, una vez más, las condiciones de acceso a la modernidad no se generalizaron y el proyecto de democratización quedó incompleto: la pensión media es miserable, ronda los 250€, pero muchos centenares de miles de personas están por de bajo de ese límite.

En segundo lugar, a lo largo de estos cuarenta años, cambiaron las oportunidades sociales. Se masificó la enseñanza en todos lo niveles, como la prolongación de la escolaridad obligatoria, aunque casi la mitad de los jóvenes no la termine. Aumentó el acceso a la enseñanza superior: en 1960 eran 22.000 los jóvenes en las universidades; hoy en día casi alcanzan los 380.000. Cambió también la estructura sexual en la escuela: las mujeres, que eran la excepción, son hoy mayoría en la enseñanza superior —la que cuenta con más presencia femenina de Europa (130 mujeres por cada 100 hombres). Al mismo tiempo, el analfabetismo se redujo en estas décadas del 40% al 7%, aunque sigue siendo el nivel más alto de la UE.

En tercer lugar, cambió profundamente la estructura social. Este cambio se produjo sobre todo en el sector primario: la población agrícola cayó drásticamente, del 43,6 al 7% (aunque sigue siendo la segunda mayor tasa de empleo agrícola de la UE). En cuanto al empleo en la industria, se mantiene estable en un 35%, la mayor tasa de empleo industrial de Europa. Cerca de un millón de los cinco millones de trabajadores activos trabajan en la industria transformadora. Portugal continua siendo un país pobre y proletarizado, pero los números esconden una transformación social mucho más intensa: de hecho, gran parte de la población agrícola migró hacia las ciudades, encontrando un empleo en la industria o en los servicios, mientras una parte del empleo industrial se transfería a los servicios públicos y privados. Esta gran mayoría de trabajadores urbanos ha sido el objetivo social principal de las políticas de ajuste económico: tenemos la mayor tasa de contratos temporales de Europa y, por tanto, la mayor precarización; las mayores tasas de accidentes laborales; y ahora la más rápida subida de desempleo de la UE, que salta del 4,2% en 2001 hasta un

valor declarado en 5,8%, mucho más bajo del real, y que pasará al 7,1% en 2002 y al 9% en 2003. El desempleo se duplicó en poco más de un año, después de la recesión de 2003. Por otro lado, el salario mínimo nacional hace varios años que está por debajo del nivel conquistado a lo largo de los años 1970.

Estas realidades expresan algunos cambios profundos en varias clases o grupos sociales a lo largo de las últimas décadas. Entre 1968 y 1995, el número de propiedades agrícolas se redujo a la mitad, duplicando el área media de explotación, al mismo tiempo que se reducía la población agrícola de un total de 2,9 a 1,3 millones de personas. La pequeña burguesía agrícola sigue siendo una parte importante, de la cual la pequeña burguesía tradicional representa aproximadamente la mitad de ese grupo social. En contrapartida, sobre el conjunto de la población, la burguesía portuguesa es numéricamente menos significativa de lo común en la UE, y concentra su poder económico y su capacidad de acumulación en la construcción civil, las finanzas y la distribución.

El proletariado industrial constituye una gran minoría de la masa de los trabajadores. En general está poco cualificada, predominando la precariedad, la falta de autonomía y los bajos niveles de escolarización. Este proletariado se transformó en lo relativo a su densidad y localización, así como en su organización: en la región de Lisboa, existen hoy en día más trabajadores en la seguridad que en el metal. Y, por otro lado, ha irrumpido un nuevo trabajo asalariado, en los servicios ligados a la producción o en nuevas actividades, volviendo más complejo el mundo del trabajo. Sin embargo, los estudios sociológicos indican que, incluso en el cambio de siglo, a pesar de la heterogeneidad de las representaciones políticas, las familias trabajadoras son mucho más

homogéneas y tienen poca movilidad social, si las comparamos con el resto de Europa.

Lo que inapropiadamente se denomina "clases medias" (los sectores de trabajadores administrativos, de servicios y con funciones de control del proceso productivo) crecieron en número y en peso social. La universalización del sistema de enseñanza, el Servicio Nacional de Salud, la ampliación del sector administrativo del Estado en los últimos treinta años, predominantemente femenino y, en menor grado, la complejización de la producción explican el fenómeno. El número de gestores no cualificados, de supervisores y técnicos no gestores o gestores semicualificados y cualificados aumentó con la diversificación de la actividad económica, pero sigue siendo menor que en otros países europeos.

En cuarto lugar, se modificó la relación de los ciudadanos con la política. La Revolución de abril del 74 destruyó la dictadura, democratizó las relaciones sociales, abrió un espacio para la emergencia de los movimientos sociales activos, legalizó los partidos, cerró el capítulo de la censura. Se pasó de menos de un millón de electores en la fase final de la dictadura de partido único a un sistema de democracia parlamentaria con más de 7 millones de electores. Grandes alteraciones en las relaciones sociales se fueron abriendo camino, en particular la conquista de espacios importantes de autonomía y derechos de las mujeres, aunque ese proceso se vea permanentemente amenazado por la contraofensiva reaccionaria en torno a los valores patriarcales y fundamentalistas religiosos. Al golpe de Abril y a los choques sociales que le siguieron se debe el reencuentro del país con sus fronteras y el fin de la guerra y del colonialismo. Pero el proceso iniciado en 1974 quedó incompleto.

Cuando Portugal se integró en la Comunidad Económica Europea, el 1 de enero de 1986, ésta ya estaba

bajo el signo de la hegemonía de la modernización conservadora. Este conservadurismo aún no ha sido superado: ésta es la tarea política principal de una izquierda socialista moderna.

Estas cuatro grandes modificaciones demográficas, sociales, de conducta y políticas producen un país a la vez moderno y atrasado. En cuanto a la burguesía portuguesa, considerando aún que sus sectores más dinámicos están dedicados, o bien a la distribución o bien al sector financiero (o todavía en la construcción, pero dependiendo fundamentalmente de la importación de migrantes), no ha habido ningún interés estratégico en alterar el patrón de especialización productiva y, por lo tanto, en salir del círculo vicioso de la subalternidad.

El resultado ha sido el aumento de las desigualdades sociales, convirtiendo a Portugal en la sociedad europea más desigual según el Eurostat: el 20% más rico de la población detenta el 46% de la riqueza, mientras que el 20% más pobre se queda con un 6%. El 29% de las familias se encuentran por debajo el umbral de la pobreza. La modernización conservadora ha sido una catástrofe social, produciendo subalternidad, atraso, incompetencia, injusticia y exclusión social. En consecuencia, se agravó la desigualdad y se agotó su potencial de acumulación.

Esta crisis de la modernización conservadora se agravó por la vulnerabilidad del espacio público en relación con la instrumentalización populista, en particular en los grandes medios de comunicación social. El instrumento de difusión del pugilismo mediático se basa en la sumisión de la TV pública a las reglas de la mercantilización política. La televisión existe en Portugal desde 1957, cuando el país tenía un 40% de analfabetos, y por eso el papel nunca llegó a ser la forma dominante de información, ni fue la escuela la que socializó el acceso a las familias al conocimiento. Ese rol acabó siendo

cumplido deficientemente por la TV y, en menor medida, por la radio. El populismo mediático hereda, absorbe y transforma esa antigua dependencia del poder por la forma en que define el espacio de comunicación, precipitando la aceleración de hechos descontextualizados y novedades inconsecuentes, a través de una técnica de saturación y banalización que superficializa o difumina la complejidad y el debate democrático.

En la era de la globalización neoliberal, los modos tradicionales de política, basados en la representación mediante los otros, son sustituidos por la representación para sí y por sí. La creación intensa de universos de ficción y el reencuentro mitológico son el nuevo modo de intermediación: en ese sentido, la política es ocupada por el vídeo, por el entretenimiento, por el frenesí publicitario, por la construcción alucinógena de las imágenes. Los sondeos, que son elecciones sin votos, proyectan una intensidad política que esconde la monopolización efectiva, creando al mismo tiempo imágenes de personalidades, de conflictos y de representaciones (en el estricto sentido del término) que alimentan al populismo mediático como forma de dominación. La información es construida entonces como un discurso obsesivo sobre temas sucesivos, sin consecuencia.

En la era en la que la información podría ser un medio de acceso al conocimiento más democratizado, se transforma en una nueva barrera de poder. Como pilar del autoritarismo, esta información constituye la garantía de consenso pasivo que mantiene el reconocimiento y apoyo democrático. La concentración de la propiedad de los medios de comunicación social en grandes grupos empresariales agrava los peligros resultantes de esta fuerte tendencia.

Al cabo de dos generaciones, Portugal conoció un proceso de modernización desgarrador que transformó

el país, pero que paradójicamente mantuvo y reforzó su atraso.

4.1.5. La modernización liberalizadora del inicio de siglo

La respuesta a este "*impasse*" en la modernización conservadora se expresó, a partir de 2002, en la emergencia de un nuevo proyecto, muy distinto en su configuración ideológica y política: la liberalización agresiva.

El pretexto para esta ruptura ha sido siempre la corrección del déficit presupuestario. Los fatídicos 4,1% del déficit de 2001 y las dificultades de la ejecución presupuestaria corriente se convirtieron en las excusas para una contrarreforma social cuyos efectos se prolongaron por más de una generación (como sucediera con el inicio de la privatización de la Seguridad Social o la salud). Por un lado, la justificación de la reducción del déficit acentuó la necesidad de evitar prácticas de manipulación contable y planteó la utilización sistemática de ingresos extraordinarios, que provenían de prácticas ilegítimas, generando escándalos sucesivos: la venta de propiedades del Estado y hasta el negocio de la titularización de los créditos sobre las deudas tributarias, así como el préstamo garantizado por el banco norteamericano Citigroup o la tentativa de vender un tercio de Galp al consorcio Carlyle. Por otro lado, la fundamentación teórica para esta estrategia de reducción del déficit, transformada en dogma definitivo, era escasa y confusa: si el presupuesto debía estar permanentemente "equilibrado", con déficit cero, eso significaba que se concebía un futuro en el que no habría deuda pública, puesto que las obligaciones y los títulos iban llegando a su amortización y no eran substituidos. Esto implicaba que desaparecía uno de los instrumentos más importantes para la regulación macroeconómica, que tuvo un papel determinante en el crecimiento de todos los países desarrollados.

En nombre del objetivo de déficit cero —que debía de haberse logrado en 2004, pero fue posteriormente anunciado para 2007 y luego para 2010… Es decir, que los gobernantes no tienen ni idea de cuándo se alcanzará— se han ido imponiendo ajustes brutales en la economía portuguesa, a imagen de lo que ha sucedido en otros países. La modernización liberalizadora consiste precisamente en esa guerra social, en la que un parte importante del presupuesto es trasferido al sector privado. La transformación del Servicio Nacional de Salud es un buen ejemplo: al entregar la gestión de los hospitales y centros de salud a grupos privados, la modificación esencial a corto plazo, no es el mayor coste directo para las familias —si bien es evidente que pasa a haber una diferenciación de cuidados según los niveles de renta—, sino el coste indirecto que es impuesto por el hecho de que una parte creciente del presupuesto es destinado a asegurar las elevadas tasas de rentabilidad que los centros privados exigen. La privatización de la salud es, por consiguiente, una forma de garantizar la creación de un nicho, de un nuevo mercado altamente lucrativo, al mismo tiempo que la economía en su conjunto sufre una recesión. Es, pues, un mercado excepcional, porque la oferta determina el precio, tanto por la vía contractual como a través de los presupuestos del Estado. En el futuro, la demanda tendrá siempre un papel residual, puesto que es inelástica.

De este modo, la obligatoriedad de la anulación del déficit presupuestario es un mero pretexto para una política socialmente devastadora. Al igual que se abre un nuevo mercado de la salud, también se hace paralelamente en la educación, a través de la desresponsabilización del Estado y la equiparación de la matrícula pública y la privada, o en la Seguridad Social, con el refuerzo del pilar privado y la transformación del régimen de protec-

ción en un sistema caritativo para los casos de pobreza extrema. En definitiva, esta modernización liberal refuerza la rentabilidad de los grupos económicos, cuya elevada capacidad financiera les permite acceder a esta distribución de la caridad.

Es cierto que desde que se crea una moneda única, el euro, es necesario adoptar una disciplina fiscal común. Pero la forma que adoptó dicha disciplina es técnicamente incompetente, por determinar políticas procíclicas cuyo efecto fue agravar la recesión, y sólo puede ser entendida a la luz de la intención política e ideológica que guió la estrategia del Pacto de Estabilidad y Crecimiento (PEC). Por eso mismo, muchos economistas, incluso algunos de los que hoy se destacan en la defensa del dogma —como es el caso del (entonces) Gobernador del Banco de Portugal, Vítor Constâncio— advirtieron en su momento contra los errores técnicos de este Pacto y sugirieron que Portugal no debería haberlo firmado.

De hecho, el PEC representa un conjunto de compromisos paralizantes. Pero lo peor es que el déficit presupuestario no es el problema más importante de la economía portuguesa: su nivel actual de deuda es mucho más amenazante, y puede incluso poner en cuestión la participación en el euro, lo que depende exclusivamente de decisiones políticas por parte del Banco Central Europeo y la Comisión.

La política europea se convierte así en el principal factor condicionante de la política portuguesa. Hasta el absurdo de vaciar la capacidad de decisión de las estructuras representativas: cuando el Parlamento discute el Presupuesto es una estafa, ya que está sobredeterminado por el Pacto de Estabilidad, que nunca fue ratificado por el pueblo y ni siquiera por el proprio Parlamento, por más que imponga límites estrechos sobre los ingresos y gastos en las cuentas de cada ejercicio.

En este contexto, los gobiernos han impuesto un nuevo y fuerte proyecto a la sociedad portuguesa, la modernización liberalizadora, que consiste en utilizar la recesión como un instrumento para la privatización de los recursos públicos de la economía portuguesa y, al mismo tiempo, combatir la recesión con más recesión. Esto tiene dos objetivos: recuperar las tasas de ganancia a través de la moderación salarial, en particular gracias a un aumento significativo en el nivel de desempleo, para lo cual se ha impuesto una nueva legislación laboral, y privatizar nuevas fuentes de rentabilidad, sobre todo en los servicios sociales, para asegurar la diversificación de las empresas y su mantenimiento en mercados garantizados. El modelo liberal-conservador se había basado en las virtudes punitivas de la recesión y en la urgente necesidad de una reestructuración de todos los recursos del país. Fue ese proyecto de modernización conservadora el que determinó la consistencia de la gobernabilidad.

4.1.6. El trabajo: la fuerza y la debilidad de la modernización liberalizadora

Si la ventaja comparativa fundamental de la economía portuguesa han sido los bajos salarios, la elección estratégica de modernización liberal tiene aquí una debilidad. La liberalización significa en este contexto una acentuación de la subalternidad internacional, tanto más en cuanto que la inversión ha sido fundamentalmente extranjera y directa, desarrollando una nueva capacidad productiva y tecnológica con las condiciones señaladas anteriormente. En cuanto a la burguesía portuguesa, sus sectores más dinámicos están involucrados en la distribución, en el sector financiero o en la construcción (que depende en buena medida de la importación de inmigrantes, preferentemente ilegales). Esta burguesía no ha tenido ningún interés estratégico en el cambio de patrón

de especialización productiva ni en salir del círculo vicioso de esta subordinación.

Por eso el trabajo será una vez más la variable de ajuste en la recesión nacional, recesión que se necesita para que la estrategia de la liberalización resulte victoriosa. Es en torno al trabajo y al empleo donde tendrán lugar los combates fundamentales para hacer posible —o imposible— este proyecto de modernización liberal.

La recesión de principios de siglo tiene el efecto de un aumento espectacular del desempleo, sobre todo en los sectores más vulnerables de la economía: los exportadores con poco valor añadido, la industria de fabricación dirigida al mercado interno, los sectores más dependientes de la demanda coyuntural. La imagen de este mundo se presenta en el cuadro 2, utilizando una comparación sistemática con España y Luxemburgo.

El empleo en la Administración Pública creció muy rápidamente: si los funcionarios públicos eran 207.000 en 1968, rápidamente alcanzaron los 514.000 en 1983 y los 700.000 en la actualidad. Sin embargo, esta rápida evolución debe ser confrontada con el atraso y la deficiencia de los servicios públicos en Portugal durante la dictadura, pues sólo la universalización de la educación y la creación del Servicio Nacional de Salud explican gran parte de este aumento de los efectivos.

Por lo tanto, a diferencia de los mitos más comunes, lo que ocurre es que los trabajadores portugueses son de los peor pagados, los que tienen menos formación continua, los que trabajan más horas y los más precarios. Los trabajadores de la Administración Pública (como proporción del total) no son más en comparación con el resto de la UE, sino que son incluso menos que otros países más desarrollados.

Otro problema económico importante es la falta de productividad, resultante de esta estructura productiva

El trabajo en Portugal, el Estado español, Luxemburgo y la UE.

Los salarios aumentaron más en Portugal, recuperando parcialmente el atraso
(Aumento del coste salarial de las empresas: 1985=100)

Hasta 2001	Portugal 434,4	España 253,0	Luxemburgo 193,1	UE 201,6

Pero el coste salarial por hora de un trabajador es todavía muy inferior en Portugal
(Valores en dólares)

2001	Portugal 4,75	España 10,86	Luxemburgo 16,99	UE 18,5

Y la duración semanal del trabajo sigue siendo mayor en Portugal
(Horas de media por trabajador)

2000	Portugal 39,2	España 38,7	Luxemburgo 37,5	UE 36,4

Portugal es el segundo país europeo en número de contratos temporales, Luxemburgo es el segundo con un empleo más estable, después de Irlanda
(Empleos con duración determinada, % del total)

2001	Portugal 14,8	España 26,7	Luxemburgo 4,9	UE 11,4

En cuanto a la formación de los trabajadores en las empresas, Portugal es el país más atrasado
(% de trabajadores con formación en la empresa en el último año)

2000	Portugal 12	España 20	Luxemburgo 32	Finlandia 55

Y Portugal está por debajo de la media comunitaria en empleo público
(Empleo en el sector público, % del total)

2000	Portugal 25,7	España 26,7	Suécia 38,9	UE 29,3

Cuadro 2. Fuente: *Ibíd.*

dependiente de bajos salarios y bajas cualificaciones, lo que sustenta un modelo de acumulación que refuerza la subalternidad. Tomando la productividad laboral de Estados Unidos en 2001 como referencia (100%), Portugal alcanza el 49% de dicho umbral, mientras que Grecia alcanza el 64% y España el 73%, mientras que la media de la UE es del 78%.

Es precisamente esta situación la que acentúa la vulnerabilidad del empleo, tendiéndose en Portugal a una diferenciación del trabajo en tres mundos separados. Uno compuesto por los inmigrantes que asumen las tareas de mayor dureza y menor salario, siendo frecuen-

temente ilegales y estando a veces fuera del sistema tributario y de la Seguridad Social. Otro por los trabajadores no calificados, en su mayoría ocupados por mujeres. Por último, el pequeño segmento de trabajadores cualificados y razonablemente bien pagados. El primero tiende a aumentar, el segundo a proporcionar altas cifras de desempleo y el tercero a estabilizarse.

4.1.7. La vulnerabilidad generacional

Esta vulnerabilidad del trabajo y el empleo es mucho más grave cuando se la conjuga con una vulnerabilidad generacional: Portugal es un país especialmente afectado por los efectos acumulativos de un sistema de enseñanza y educación deficiente. Los números son devastadores. Dos terceras partes de la población activa de entre 25 y 64 años sólo ha cursado educación primaria. En el primer estudio nacional sobre la alfabetización se demostró que la mitad de los encuestados tenía dificultades para utilizar la información escrita y comprender conceptos e información. Por lo tanto, entre la población de entre 15 y 65 años, el casi analfabetismo ronda el 10%, mientras que la parte de la población que tiene capacidad de procesamiento e integración de información múltiple en textos complejos sólo alcanza el 7,9%. En una palabra, en lo que realmente importa, Portugal es el país más atrasado de Europa.

Esta realidad adquiere una dimensión alarmante cuando se comparan los niveles de la educación formal de la Unión Europea, de los 12 países de Europa del Este durante su proceso de integración y de Portugal, como se muestra en el cuadro 3 y el gráfico 1.

Si se extiende este análisis a la investigación tecnológica y a la capacidad científica resulta que, a pesar de un ligero avance en los últimos años con los gobiernos socialistas, el atraso acumulado aún es muy elevado: en

Porcentaje de población por niveles de educación (2000)

	Portugal	Países de Este en la UE	UE
Nivel elevado	10	14	22
Medio	14	66	43
Bajo	76	20	35

Cuadro 3. Fuente: *Ibíd.*

Comparación de población por niveles de educación

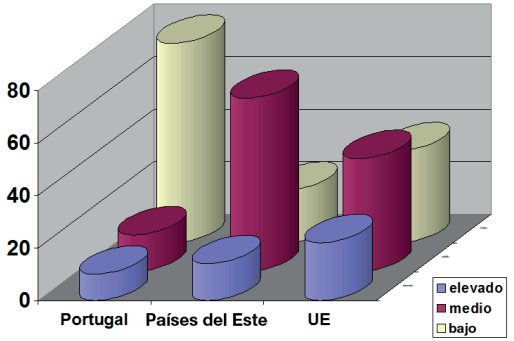

Gráfico 1

I+D se gasta hasta un 0,78% del PIB, lo que nos coloca en el penúltimo lugar de la UE; se registran 0,4 patentes por cada 1.000 habitantes, que es el porcentaje más bajo de la UE; se gasta el 0,01% del PIB en el capital de riesgo, que es una vez más el más bajo de la UE; y el número de investigadores por cada 1000 habitantes es de 3,27, mientras que la media europea es de 5,28.

Lo mismo se verifica en cuanto a la divulgación de la "sociedad de la información". Frente a una media europea del 36%, en 2001 sólo el 24% de la población portuguesa tenía acceso a Internet en casa, siendo el penúltimo país, y teniendo el tercer precio más caro. También somos el último país en número de ordenado-

res por cada 100 estudiantes de secundaria, y el penúltimo en las computadoras "online". En una palabra, en lo que realmente cuenta, Portugal es el país más atrasado de Europa.

4.1.8. La pérdida de competitividad internacional: la confirmación de la subalternidad

Años después de la adhesión a lo que hoy es la Unión Europea, ya se puede hacer un balance preliminar de los efectos de esta estrategia de subalternidad y crecimiento extensivo, particularmente a través de sus impactos predominantes en la definición del lugar que ocupa el país en términos de competitividad internacional.

En primer lugar, la especialización a largo plazo ha debilitado la posición de la economía portuguesa en el mercado internacional. Cuando se impone la recesión, se degrada aún más la capacidad de las economías subordinadas. En el caso portugués, incluso antes de ese viraje coyuntural, ya se advertían los primeros signos de regresión en las exportaciones: entre 1997 y 2000 se registró una pérdida anual de la cuota de mercado del 3,3%. Durante el período de gobierno de Guterres, la expansión económica se basaba en la demanda interna, que entre 1997 y 2001 contribuyó un 144% al crecimiento del PIB, mientras se redujo en los mercados extranjeros.

En segundo lugar, a pesar de gigantescas transferencias comunitarias (del orden del 3% del PIB anual en la segunda mitad de los años 90), la posición internacional de la economía portuguesa se ha deteriorado notablemente: la posición externa neta negativa fue, al inicio de la década del 2000, de en torno al 40% del PIB y el saldo de las operaciones corrientes de un déficit de alrededor del 10%. Esta degradación de la financiación del déficit estructural, a pesar de la reducción del peso —pero no del total— del déficit de mercancías en 1999 y 2000, se

produce durante este período principalmente debido a la reducción de las transferencias externas, incluidos los migrantes, y los ingresos por turismo. En los años siguientes, junto con una recuperación de los ingresos del turismo, se vuelve a deteriorar la balanza comercial.

En consecuencia, el déficit por cuenta corriente es en 2000 el 10,4% del PIB, en 2001 el 9,4% y en 2002 hasta el 7,3%, según las estimaciones del Banco de Portugal. Es en gran medida la balanza financiera la que sustenta este déficit de la cuenta corriente: el país se endeuda.

Pero la lógica de la participación subalterna en la Unión Europea suscita aún otro problema, que surge del *"impasse"* europeo. En este contexto, la aparición de una nueva derecha es la principal consecuencia y la principal respuesta internacional a la desregulación, tanto por sus efectos sobre la recesión como por su significado político. Esta nueva derecha es liberal, ya que promueve el reajuste por el aumento del desempleo, y es autoritaria, porque depende de la afirmación de un liderazgo que vuelva irreversible este proceso de explotación internacional. Que tuviese como protagonistas a George W. Bush, quien ganó las elecciones presidenciales estadounidenses a expensas de un engaño, y que tuviese como principal portavoz europeo al socialdemócrata Tony Blair, es sólo un signo de los tiempos y de la fragilidad de este proceso. Pero esta fragilidad es lo que impulsa a la nueva derecha hacia un régimen internacional de guerra permanente localizada —primero en Afganistán y luego en Irak— sin ninguna consideración estratégica de sus efectos, sino simplemente porque es el instrumento más operativo para un liderazgo indiscutible.

El resultado europeo de este surgimiento de una nueva derecha global es también el debilitamiento del proyecto regional, y su mayor dependencia, acentuada en

el período del ajuste depresivo en relación con lo que viene sucediendo con la economía estadounidense. La actual Unión Europea no es un proyecto definido: la internacionalización de la burguesía, junto con la secundarización de las economías europeas, conduce a una creciente pérdida de autonomía. De hecho, éste es el principal obstáculo que se contrapone al proyecto de un Super-Estado europeo: no existe una burguesía europea y es el naciente Estado europeo el que la está formando, pero de un modo todavía preliminar y contradictorio. De ahí que la Unión Europea sea un federalismo sin federación y que se centre en proyectos institucionales de corte autoritario y basados en la concentración de poderes, como el proyecto de Constitución Europea: "huídas hacia delante" ante el vacío estratégico.

4.1.9. El pacto de la distribución de la riqueza

Como argumentamos anteriormente, la política gubernamental de la derecha recurrió a la recesión para abrir el camino al equilibrio financiero, al déficit cero. En este contexto, la recesión no era la mera consecuencia no deseada de esta política: la recesión *era* la política.

Esta estrategia se ha basado en cuatro acuerdos implícitos, que regulan la economía portuguesa y que el gobierno de la derecha debe defender. El primero es el pacto europeo: la aceptación de la subordinación política y de la dependencia económica de la Unión Europea, lo que genera un marco de alianzas subordinadas. El segundo es el pacto Estado-finanzas: el sistema bancario y las aseguradoras se han beneficiado de la protección relativa del mercado (en forma de exenciones fiscales) y de beneficios crecientes. La privatización parcial de la Seguridad Social es otro de los principales beneficios que se da a este sector, también teniendo en cuenta que las compañías de seguros no han pagado ciertos

impuestos. Una vez más, el respeto de este pacto es un pilar de la gobernabilidad en Portugal. El tercero es el pacto Estado-construcción civil: los gobiernos se han comprometido a mantener un alto nivel de inversión pública en proyectos de gran envergadura, en particulas autovías, la Expo, los estadios de la Eurocopa 2004 y luego los grandes proyectos como el TGV, el nuevo aeropuerto o el tercer puente sobre el Tajo. Este rápido aumento del peso del sector de la construcción en las industrias tiene otra cara aún más inquietante: la tasa más alta de ganancia se obtiene en el negocio de intermediación o de especulación inmobiliaria, por lo que se ha generado una convergencia de intereses entre la construcción y las finanzas. Durante los años noventa, los efectos de esas prioridades de acumulación fueron una desindustrialización efectiva, concretada en la reducción del peso del sector manufacturero de un 29% al 22%. La consecuencia de esta alianza tiene efectos particularmente perversos como la aparición de dinero difícil de controlar o la corrupción de los partidos y poderes locales. Una economía basada en la concesión de grandes obras es necesariamente una economía con tentaciones y tentativas de corrupción.

El modelo de desarrollo urbano también favoreció un círculo vicioso de construcción y de concentración. No se ha producido una reforma en la tributación de los bienes inmuebles ni una reforma en la financiación municipal y del mercado de la vivienda que tenga como fin promover su rehabilitación y reconstrucción. Esto ha provocado que los poderes locales, junto con las empresas de la construcción, promuevan una política de concentración de la población con el fin de obtener más recursos. Esto hace que Portugal, con una densidad de población 3,5 veces menor que la de los Países Bajos

y 2,5 veces menor que la del Reino Unido, cuente con una urbanización altísima, similar a la de Hong Kong (Portugal registra 106 habitantes/km^2, mientras que los Países Bajos registra 362 y Reino Unido 235). El efecto sobre la calidad de vida es devastador.

Como se muestra en el gráfico 2, la construcción ha crecido mucho más rápido que la industria en su conjunto, mientras que el lugar de las empresas más poderosas está cambiando rápidamente, con la mayoría de las empresas internacionales (generalmente ligadas al negocio del fútbol) ganando preponderancia. En el gráfico se consideran las tasas de crecimiento de la construcción, de la industria en su conjunto y del país, tomando el año 1984 como base. Entre 1994 y 2001, los dos únicos sectores donde hay una creación de empleo importante son la construcción y otros servicios, con más de 250.000 puestos de trabajo en cada caso, mientras que

Comparación entre el crecimiento de la construcción y de la industria en su conjunto

(1984=100, destacando el período de gobierno de Cavaco Silva)

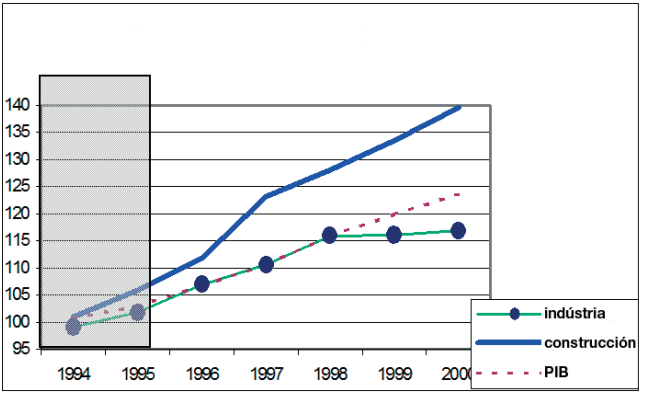

Gráfico 2. Fuente: *Ibíd.*

la industria manufacturera en su conjunto sólo ha creado algo más de 50.000.

Finalmente existe un cuarto consenso: el acuerdo entre el Estado y la patronal que asegura la preservación de las ventajas fiscales para los empresarios y una política que consiste en la moderación salarial y la discriminación activa (perjudicando a los jóvenes, mujeres, inmigrantes…), reforzada por el Paquete de Empleo adoptado bajo los auspicios del Ministro Bagão Félix.

El centro de la contradicción política en la estructura de dominación es que el pacto europeo tiende a socavar el pacto Estado-finanzas —al universalizar el acceso a los mercados financieros y al cuestionar la legalidad de la zona franca de Madeira— y el pacto entre el Estado y las constructoras —mediante la reducción de la inversión pública en proyectos de gran envergadura, bajo la influencia de las limitaciones presupuestarias—, fortaleciendo el pacto Estado-patronal —mirando para otro lado ante la evasión fiscal y promoviendo el crecimiento de un ejército industrial de reserva, mediante despidos y entrada de inmigrantes ilegales—.

4.1.10. Conclusiones

Comprobamos que esta regulación macroeconómica, impuesta por la estrategia neoliberal y determinada en el espacio europeo, es desfavorable para la economía portuguesa. Con la pérdida de la herramienta de la devaluación, en una situación de subalternidad y endeudamiento y sin ningún tipo de cambio en el patrón de especialización internacional, se produce necesariamente un fuerte deterioro de la competitividad de las exportaciones. Portugal intensifica durante el transcurso de los años 80 y 90 las reducciones salariales mientras disminuye la inversión en I+D, sin haber siquiera elaborado un esbozo de respuesta coherente, convirtién-

dose en uno de los países europeos más vulnerables a la recesión.

La conclusión es obvia: Portugal no se benefició en absoluto del Pacto de Estabilidad y Crecimiento europeo. Como la Unión Europea en su conjunto, no debería haber aceptado que los términos de este Pacto definiesen las condiciones para la entrada en el euro. Por otra parte, dado el predominio de una política recesiva, a la vista de la incapacidad de las élites dominantes para definir una estrategia de desarrollo que supere el crecimiento extensivo y subalterno y teniendo en cuenta la política de inversión de capital extranjero, que normalmente se limita a crear almacenes o cadenas de montaje que generan poco valor añadido, es evidente que sólo una estrategia alternativa basada en la inversión pública puede cambiar la situación. Eso sí, debe estar orientada hacia la creación de capacidad productiva y la justicia social. Es por ello que la inversión en educación y en el sistema de salud pública es fundamental, ya que se trata de desarrollar la capacidad productiva del país y redistribuir su riqueza con justicia, que es la única palanca posible para generar políticas que saquen a Portugal del atraso. Este tipo de políticas deben estar en el centro de una estrategia alternativa realista y útil. Pero para ello se requiere el coraje de una ruptura democrática con las élites gobernantes.

4.2. La explotación virtuosa en el capitalismo tardío: desempleo, salario y acumulación en Portugal

Francisco Louçã

En el mes de abril de 2013, el ex primer ministro José Sócrates protagonizó una reaparición pública de alto perfil con una larga entrevista y, a partir de entonces, con

un programa de comentarios en prime time en la RTP. En su obsesivo y repetitivo ajuste de cuentas con el pasado, Sócrates insiste siempre en un argumento: la austeridad del PEC4 y del Memorándum original con la Troika eran suficientes para reorganizar la economía del país y resolver el problema de la deuda. Del efecto hipotético de esa receta no se pueden sacar conclusiones, puesto que simplemente se trata de fantasía histórica; pero, en contrapartida, podemos evaluar qué resulta de esa estrategia de orientación económica a la luz de los hechos concretos. Eso es lo que hago en este artículo, que discute la idea esencial del PEC4, del Memorándum y de toda la política seguida desde entonces: la tesis según la cual la reducción de los salarios, bajo la presión de un gran desempleo y de la "flexibilización del mercado de trabajo", permite la recuperación económica con una mayor rentabilidad de las inversiones y de la acumulación.

Poca gente se acordará del siguiente episodio. Cuando el primer ministro Passos Coelho, entonces presidente del PSD tras ganar las elecciones internas del partido, fue inmediatamente llamado a São Bento por el entonces primer ministro José Sócrates para establecer un acuerdo sobre uno de los Programas de Estabilidad y Crecimiento (PEC). Al final de poco más de una hora de reunión, los dos estadistas anunciaron una única decisión: reducir el subsidio de desempleo. Para ahorrar en el gasto público y para demostrar al país su empeño en cambiar el rumbo de la economía, los dirigentes del PS y del PSD no encontraron mejor medida a proponer que no fuera disminuir la ayuda a los desempleados. Mucho más tarde, justificaron que esta medida ahorraría unos veinte millones, pero, cuando la aprobaron, su valor fue considerado tan irrelevante que ni había sido calculado —el primer ministro, preguntado entonces insistentemente sobre ese cálculo, no supo responder—. Se trataba ante

todo de una medida de efecto simbólico, para mostrar al país el camino que se debía seguir.

De hecho, la lógica de la medida se explica por sí sola: si el desempleado no acepta una propuesta salarial por debajo del valor de su subsidio —y a esto se llama "rigidez en el mercado de trabajo"— entonces la alternativa será bajar el valor del subsidio, de manera que cualquier propuesta de trabajo sea irrechazable, aunque el salario ofrecido sea muy bajo. El efecto acumulativo de esta medida es, evidentemente, bajar de modo generalizado los salarios en la sociedad. De una forma o de otra, ésa ha sido la estrategia de respuesta a la recesión que se instaló en Europa desde la crisis de 2007: bajar los salarios para sanear la economía.

En Portugal, esa "solución" de reducción de salarios ha sido propuesta en libros, programas, entrevistas y manifiestos por Vítor Bento, Nogal Leite y Medina Carreira, y ha sido aplicada con desmedido celo por el gobierno Passos Coelho en el marco del cumplimiento del Memorándum de la Troika.

Este texto discute brevemente si esa estrategia tiene sentido, si puede funcionar y qué efecto ha tenido. Como vamos a ver, este principio de la reducción salarial es un embuste ideológico, es ineficaz y consigue resultados contrarios a los que anuncia.

4.2.1. El embuste ideológico y las cuatro formas de explotación en el capitalismo tardío

Comienzo por el embuste ideológico y por su racionalidad refiriéndome brevemente al contexto histórico y a la teoría marxista de la explotación. Como ha argumentado David Harvey —véase la reciente entrevista en la revista *Virus*, o también *El Enigma del Capital*, (2011), o, antes, su *Breve historia del Neoliberalismo*, (2005)— y, antes de él, Ernest Mandel y otros marxis-

tas de finales del siglo xx (Arrighi, Frank, Wallerstein), el capitalismo tardío generalizó la producción y reproducción de mercancías en zonas geográficas y en áreas de actividad que no estaban plenamente incorporadas al modo de producción capitalista, ampliando así el proceso de acumulación. Pero este proceso de extensión y mercantilización se enfrenta a enormes contradicciones sociales, en particular las provocadas por la resistencia de la clase trabajadora.

El momento del cambio en la onda larga del desarrollo capitalista de la posguerra fue la recesión de 1973-74: por primera vez desde los años cincuenta una recesión generalizada abarcaba a toda la economía capitalista, provocando una gran destrucción de capital y exigiendo una reorganización de los sistemas productivos para hacer frente a la drástica reducción de la tasa de ganancia. La respuesta fue el neoliberalismo, con los gobiernos de Reagan y Thatcher, a partir de 1979 y 1980 respectivamente, con la recuperación de gurús esotéricos y profundamente reaccionarios como Frederick Hayek y Milton Friedman; el ataque a los sindicatos y la afirmación de un proyecto de nueva sociedad. Ésta contaba con nuevas instituciones, reducía el papel de los sindicatos y del contrato laboral, flexibilizaba y mercantilizaba el trabajo, reducía el salario e imponía la autoridad social del capital financiero. Estudié ese proceso en el libro que escribí con mi compañero Chris Freeman, *As Time Goes By: From the Industrial Revolutions to the Information Revolution* (Freeman y Louçã, 2001). A la luz de esta historia, el neoliberalismo fue el proyecto ambicioso de transformación política y social concebido para responder a este giro del proceso de acumulación y recuperar la tasa de ganancia.

La racionalidad de esta política es la extensión violenta de cuatro formas de explotación: la extracción de

plusvalía a partir del trabajo que produce valor; la reducción del salario indirecto y social; la desigualdad de la tributación sobre el salario efectivo; y, finalmente, la reducción del salario garantizado tras la vida laboral, la pensión de la Seguridad Social. La primera de estas formas de explotación está determinada por la obtención inmediata de plusvalía, el valor no pagado del trabajo productivo en todas las esferas de la producción, la circulación y la realización del valor de la mercancía; hoy, la reducción del salario es el instrumento central de esa transformación, aumentando así la plusvalía absoluta. La mayor parte de este texto está dedicado a analizar ese proceso de extracción de la plusvalía absoluta por vía de la reducción del salario y los disfraces ideológicos que la justifican.

Pero esa no es la única forma de explotación, ni por lo tanto la única forma de disputa y de transformación de la relación social. Las demás formas de explotación son igualmente importantes, puesto que son igualmente decisivas para la construcción de un proyecto y de una estrategia socialista.

La segunda de estas formas de explotación es la reducción del salario indirecto o, en los términos del debate político corriente, la reducción del "Estado del Bienestar". La gratuidad del acceso al SNS, la escolaridad obligatoria (o su precio reducido, con costes asumidos por el Estado) o la generalización de servicios públicos que socializan los gastos de transporte, seguridad o información, son ejemplos de ese Estado social que deben ser contabilizados como parte del salario indirecto. Son beneficios que, en todo caso, son producto directo de la lucha de los trabajadores y de los grandes movimientos democráticos, o de la presión electoral que éstos ejercen. Su reducción implica un aumento de los costes que inciden sobre el salario y, en consecuencia,

una disminución del valor del trabajo pagado. El arsenal de argumentos construidos en torno al déficit es indicativo de ello: una guerra ideológica y política para reducir el salario indirecto. Ahora bien, ese salario social tiene dos ventajas: iguala la sociedad contra las diferencias abusivas y revela la incidencia inmediata de la relación salarial en la esfera política. Estas ventajas repercuten en la construcción de la relación de fuerzas entre las clases; de ahí precisamente las razones para utilizar el instrumento de los presupuestos para atacar el salario indirecto.

En cuanto a la tercera forma de explotación, resulta de la desigualdad construida por el sistema tributario, es decir, los trabajadores pagan más los gastos del Estado que el capital, aunque la división de la renta nacional sea favorable al capital. Más aún, la evolución de los sistemas fiscales ha acentuado esta explotación, con la reducción de la progresividad del IRS, la disminución del IRC y otras tributaciones directas o indirectas sobre el capital, y con el aumento del peso de los impuestos indirectos sobre el consumo, lo que afecta predominantemente a los sectores populares (IVA).

Reduciendo el salario actual directo (el pago mensual por el trabajo) e indirecto (las ayudas en salud y educación, la subvención de los transportes, el suministro de servicios culturales u otros) o el salario futuro (la pensión de la Seguridad Social), la lucha de clases promovida por el capital tiene un efecto inmediato en la gestión concreta de la crisis. En estos tres casos de aumento de la explotación (la reducción del salario indirecto, la desigualdad de la tributación y la reducción de las pensiones), los medios escogidos para presionar a la población y crear ideas hegemónicas favorables a la austeridad fueron el argumento de la crisis presupuestaria y la crisis de la deuda.

Aquí está el colosal embuste ideológico: no es la deuda la que obliga a una austeridad que tiene como consecuencia la reducción de los salarios; al contrario, es la reducción de los salarios, que es la causa y el objetivo de la austeridad, la que crea o multiplica la deuda.

4.2.2. El efecto redentor de la disminución de los salarios

La ideología de la reducción de los salarios es así un velo para ocultar un proyecto de dominación de clase y de reorganización de la correlación de fuerzas entre las clases. Pero hay más: no es condición ni necesaria ni suficiente para recuperar una economía en recesión, sino que más bien agrava las dificultades. Veamos la prueba de la realidad, porque no hay nada más evidente, para verificar una teoría, que someterla a la prueba de los hechos en la vida práctica. La evidencia concreta de los hechos está al alcance de todos y puede ser utilizada por todos. No deberían por tanto quedar dudas sobre los efectos de la reducción de los salarios. Solo que, como veremos, las pruebas demuestran lo contrario de lo que nos aseguran los profetas de la propuesta de la reducción de los salarios para salvar la economía.

Recapitulemos partiendo de la teoría. Escriben sus autores que, en una zona de moneda única, los ajustes salariales son la flexibilidad disponible para obtener ganancias de competitividad que respondan a un déficit externo. Es necesario bajar los salarios para mejorar la competitividad y ésa sería la primera razón para aplicar la estrategia. Por otro lado, si hay desempleo es porque el mercado de trabajo es rígido, es decir, que los salarios son demasiado elevados y a ese precio no hay nuevas ofertas de puestos de trabajo. Y aquí tenemos la segunda razón por la cual sería necesario bajar los salarios: para disminuir el desempleo.

Examinemos la evidencia de esta segunda tesis y volvamos después a la primera. Para tal efecto, considérense los datos referentes a los 24 países europeos de los cuales tenemos información comparable, incluyendo la mayoría de los que forman parte de la Zona Euro (y por lo tanto tienen la misma restricción cambiaria), pero también Reino Unido y otros países como Estados Unidos y Japón. Uso los recientes diez años, ya que es un periodo suficiente para que los efectos de la política preconizada puedan ser visibles, así como dos variables que permiten probar la teoría: la parte de los salarios en la renta nacional y la tasa de desempleo.

Variación de la tasa de desempleo y de la parte del salario en la Renta Nacional (1999-2009)

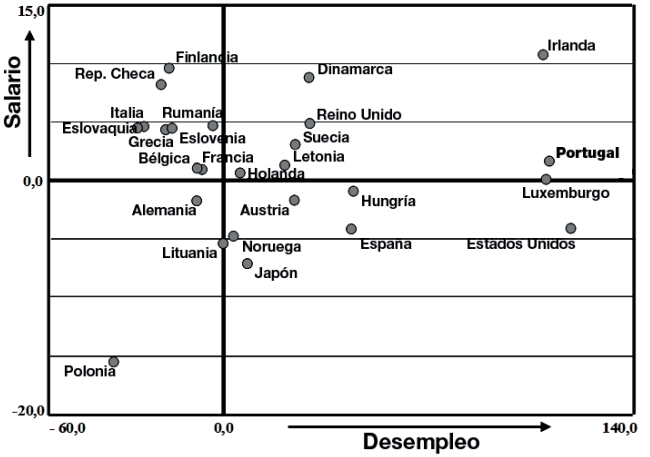

Gráfico 3. Fuente: Ameco. En la horizontal, la variación de la tasa de desempleo entre 1999 y 2009, y en la vertical la variación de la parte del salario en la renta nacional en el mismo periodo. Así, por ejemplo, los países que están más para la derecha pero por encima de la línea (como Portugal) tuvieron crecimiento del desempleo y del salario; los que están a la derecha y debajo de la línea (EE UU) tuvieron crecimiento del desempleo y caída del salario.

Si la teoría es correcta, en los casos en que la parte del salario disminuyó constantemente, deberíamos tener una reducción significativa de la tasa de desempleo.

El gráfico 3 cuenta una historia mucho más complicada que la sugerida por la teoría que aquí se discute. Algunos países parecen confirmar esa teoría: el aumento de la parte del salario fue acompañado por un aumento del desempleo (Portugal, Irlanda, Suecia, Reino Unido, etc.) o, inversamente, la reducción de la parte del salario correspondió a una disminución del desempleo (Alemania, Polonia). En esos casos, más salario parece crear más desempleo y menos salario parece crear más empleo. Son ocho los casos que confirman la teoría.

Pero el problema es que son dieciséis los casos que la refutan, como se verifica en el gráfico: son las economías en que, a pesar del aumento de la parte del salario, el desempleo se redujo (Bélgica, Francia, Italia, República Checa, Grecia, Rumanía, Eslovenia, Eslovaquia, Finlandia) y, además, las otras en que la parte del salario disminuyó pero el desempleo creció a la vez (Estados Unidos, Japón, España, Hungría, Austria, etc.).

Si prolongamos esta información hasta hoy, analizando los efectos de la recesión de 2008 y lo que ha sucedido después, entonces la conclusión es aún más evidente. En el gráfico 4 se hace esta comparación, esta vez y por una cuestión de simplificación y claridad gráfica, para un conjunto más reducido de países, señalándose también la media de la Unión Europea. Sigo el mismo método, comparando en el periodo entero (2009-2012) las tasas medias de evolución anual del desempleo y de la parte del salario en la renta nacional. Los países escogidos son Alemania, Francia, Reino Unido y Finlandia, para efectos de comparación, y los países más golpeados por la crisis de la deuda y por la recesión (Grecia, Irlanda, Portugal, España e Italia).

Evolución del desempleo y de la parte de los salarios en la Renta Nacional durante la crisis (2009-2012)

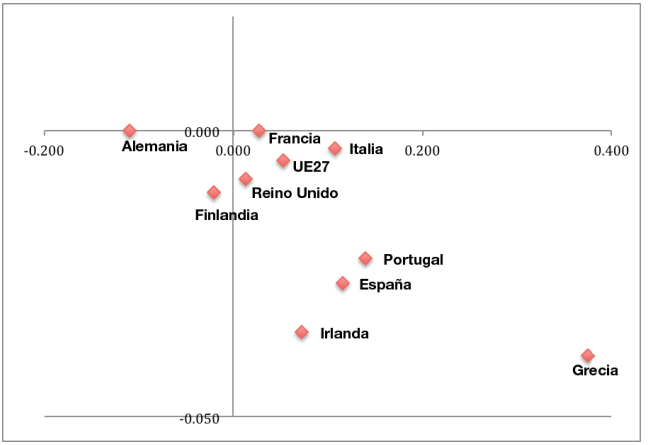

Gráfico 4. Fuente: Ameco. A la derecha del eje vertical está registrado el aumento del desempleo, por debajo del eje horizontal está registrada la reducción de la parte de los salarios en la renta nacional.

Como se verifica en el gráfico 4, solo dos de estos países mantuvieron la parte de los salarios en la renta nacional (Alemania y Francia) y sus datos están por eso por encima del eje horizontal. Pero uno de ellos redujo el desempleo (Alemania, y está a la izquierda del eje vertical, lo que indica reducción del desempleo) mientras que el otro, Francia, sufrió un aumento del desempleo. Finlandia también redujo el desempleo, pero la parte de los salarios disminuyó. En cuanto a todos los demás, aumentó el desempleo y se redujo la parte de los salarios: son por lo tanto casos que desmienten la teoría. Solo que, al contrario de lo que pasaba en el periodo de diez años registrado en el gráfico anterior y que precedió a la recesión, con la crisis posterior a las *subprime* el patrón pasó a ser éste último, es decir, que tanto se re-

duce el empleo como se reduce el salario. En el caso de los países más expuestos a la crisis, el grupo en el que se encuentran Portugal, Grecia, Irlanda y España, puede incluso decirse que cuanto más se reduce el salario más aumenta el desempleo.

Está claro que debemos ser prudentes en la utilización de estos números: la correlación entre dos variables no demuestra que una sea causa de la otra. Los datos demuestran simplemente que en varios países el aumento de los salarios acompañó la disminución del desempleo, y que también en otros la reducción de los salarios no convive con la reducción del desempleo, al contrario de lo que asegura la teoría que propone la reducción de los salarios. Así, la evolución durante la última década en la mayor parte de estos países desmiente esta teoría.

¿Las empresas no quieren pagar salarios?

Es correcto afirmar que otros factores pueden hacer subir o descender la tasa de desempleo, más allá del coste directo del trabajo. Pero es ahí a donde se dirige precisamente mi argumento. Hay muchos otros factores que llevan a los empresarios a contratar trabajadores, además del salario: la búsqueda de formación para tareas específicas, que puede incluso implicar más cualificación y, por consiguiente, salarios más elevados, el afán de aumentar la producción para responder a un nuevo mercado, la respuesta a contratos establecidos entre muchas otras razones. No hay ningún motivo para pensar que la reducción de los salarios es en sí misma creadora de empleo. La teoría que propone la solución de la reducción de los salarios es simplemente errónea.

No es difícil encontrar algunos de los motivos de este error. Uno de ellos es muy evidente en la economía portuguesa y lo mismo sucede en otras: como los salarios son únicamente una parte de los costes de las empresas, algunos otros factores pueden tener un peso superior o

equiparable. Así, aunque a través de métodos autoritarios sean reducidos los salarios, otros costes (por ejemplo las materias primas, la energía, los intereses financieros…) pueden haber sido alterados, y el balance final puede ser que la competitividad-precio de la empresa no haya sido alterada, o incluso que haya sido perjudicada.

Dada la dependencia de las empresas portuguesas en relación a capitales externos y su débil nivel de autofinanciación con capitales propios, las alteraciones del coste financiero son, evidentemente, una de las principales razones del agravamiento de sus dificultades. En el gráfico 5 se compara, en el caso de las mil mayores empresas portuguesas, ese coste financiero, incluyendo pago de intereses y amortizaciones, con el coste salarial.

Se verifica que, en cuatro sectores de la actividad económica (el sector primario, la alimentación, bebidas y tabaco, las telecomunicaciones y la distribución de productos industriales), los costes financieros son superiores a los costes salariales. Se trata de 203 empresas de entre las mil mayores. En otros cuatro sectores, con 274 empresas (el papel, producción y comercialización del automóvil, la construcción y obras públicas y transportes), estos costes financieros están entre el 80 y el 100 por cien de la factura del personal. Y sólo en dos sectores, con 80 empresas (el comercio de bienes de consumo y la producción de materiales eléctricos), este coste financiero es inferior a la parte del salarial. En otras palabras, el problema de muchas de las empresas en la economía portuguesa es el interés, más que el salario.

La subida de los intereses en 2010 tuvo para estas empresas un efecto equivalente al de un aumento de salarios de dos a seis por ciento. Pero ese aumento de salarios no existió. El problema entonces es el aumento del interés, ya que estas mil mayores empresas portuguesas

Peso de los costes financieros de las mil mayores empresas, en proporción de los costes del trabajo

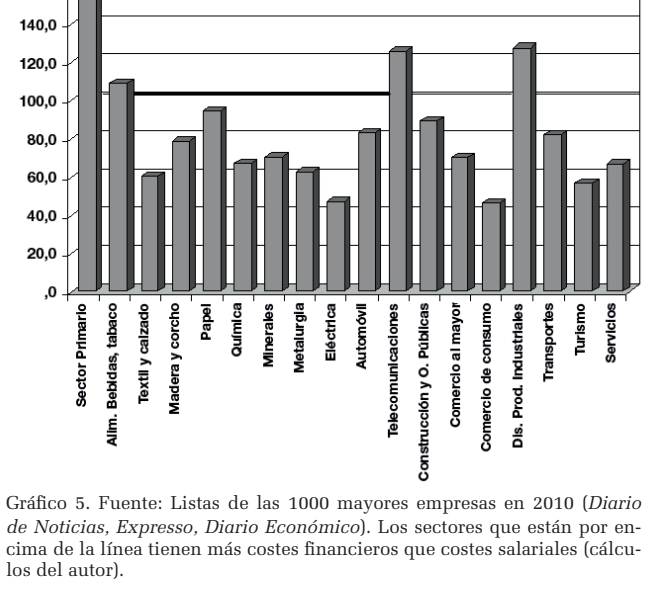

Gráfico 5. Fuente: Listas de las 1000 mayores empresas en 2010 (*Diario de Noticias, Expresso, Diario Económico*). Los sectores que están por encima de la línea tienen más costes financieros que costes salariales (cálculos del autor).

dependen de préstamos, porque solo consiguen un 11 por ciento de autofinanciación. Del total de las empresas portuguesas, la dependencia de capital externo es del 78 por ciento, y solo el 22 por ciento de la financiación se obtiene por la vía de acciones y participaciones, o sea, pagado por sus accionistas, que sacrifican algunos de los beneficios de su capital para invertir en su propia empresa. En una palabra, dependen del crédito y por eso están esclavizadas por el interés.

Y así se puede verificar cómo la teoría de la reducción de los salarios es falsa y cómo su solución es perjudicial: la disminución de los salarios no resuelve el problema

del desempleo. Y tampoco resuelve el problema de la competitividad, porque crea una economía especializada en productos de poco valor añadido (los que corresponden a una producción con salarios bajos) y por lo tanto cada vez menos competitiva. Esta teoría es una mentira y es una mentira ideológica.

4.2.3. Lo que es bueno para uno puede ser malo para todos

Admitamos ahora que el argumento anterior solo se aplica a las empresas más grandes y que no es aplicable a las medianas o pequeñas empresas. Veamos entonces lo que éstas tienen que decirnos sobre la reducción de salarios.

No es difícil anticipar lo que van a decirnos. Como esas empresas dependen sobre todo del mercado interno (son pocas las que exportan), sufren un proceso descrito tanto por Marx como por Keynes, llamado la "falacia de la composición": si a una empresa le conviene pagar un salario más bajo a sus trabajadores, esa medida sólo le es útil si es la única en aplicarla, porque el día en que todas las empresas reduzcan los salarios, la demanda interna va a disminuir, dado que son esas rentas de los trabajadores las que pagan el consumo de los productos producidos por todas estas empresas. De hecho, la teoría de la reducción de los salarios ignora sus consecuencias inmediatas: la disminución de la demanda que afecta fundamentalmente a las pequeñas y medianas empresas, que son las que crean más empleo en Portugal. La recesión que se vivió en Portugal en 2012 y que se ha agravado cada vez más posteriormente, es sobre todo un efecto de la caída de la demanda interna. La reducción de los salarios es un factor incuestionable de la crisis.

Recientemente, un exresponsable del FMI para Irlanda reconoció públicamente que la institución escogió el

peor camino; a la vez, algunos informes y textos de análisis del FMI alertan sobre el efecto acumulativo de la austeridad, que agrava la recesión, mientras que la institución exige más austeridad. Exactamente como sucede cuando todas las empresas reducen los salarios, el hecho de que todas las principales economías reduzcan la demanda interna (reduciendo salarios, pero también los gastos públicos y la inversión) conduce a un efecto depresivo agregado que amenaza la economía mundial —que vuelve así a entrar en recesión de forma periódica.

El peligro está en las políticas económicas que, bajo el pretexto de corregir el déficit, agravan una recesión profunda. Estas políticas tienen un objetivo evidente: alterar la correlación de fuerzas entre las clases y, por consiguiente, la forma de la vida social. Acabar con estas políticas se ha convertido ya en una cuestión de supervivencia para la democracia.

4.3. La sustentabilidad del Estado social: mitos, mentiras y otras cuestiones

Que el liberalismo es o pueda ser poco liberal es un hecho bien conocido por los historiadores. Un curioso episodio poco conocido en Portugal revela esa ambigüedad esencial: uno de los gurús del neoliberalismo moderno, Friedrich Hayek, escribió en 1962 una carta a Salazar explicando su motivación para el envío anexo de su libro *The Constitution of Liberty*, que le debía ayudar "en su tarea de diseñar una constitución que previniera contra los abusos de la democracia". Hayek recibiría posteriormente el Premio Nobel de Economía (en 1974, compartido con Gunnar Myrdal, por un obvio objetivo de equilibrio político), pero este episodio revela una actitud ante la libertad y el Estado, incluyendo una dictadura, que es más expresiva que cualquier teoría o distinción honorífica.

El liberalismo estatista y autoritario es uno de los temas de este artículo. En él trato brevemente la relación entre la crisis estructural y las amenazas recientes contra el Estado social, en particular la forma en la que diversas corrientes del liberalismo moderno, incluyendo a Hayek o a los ordoliberales, abordan la cuestión de la relación entre la democracia y el funcionamiento del Estado.

Como veremos, existe una matriz común a todas las corrientes liberales, que consiste en presentar al Estado social como un abuso de la democracia, que potencialmente promueve la degeneración de la relaciones sociales y de sus valores fundamentales, al favorecer o generar paternalismo y dependencia. Es en esta tradición en la que se asienta el discurso de la derecha europea contra las prestaciones del Estado social. Su crisis actual es por ello el resultado de la dinámica establecida por su crisis de financiación y por su crisis de hegemonía social, mediante los ataques constantes que viene sufriendo. La comprensión de esta dinámica es esencial para diseñar una respuesta convincente, movilizadora y estratégica frente los mitos y mentiras en contra del Estado social.

4.3.1. Mitos del liberalismo y del neoliberalismo: el Estado autoritario al servicio de los mercados

La paradoja de los liberales de la tradición de Von Mises y Hayek es la yuxtaposición entre un "*laissez faire*" radical (la mano invisible del mercado) y un intervencionismo jurídico que ensalza a la ley como el mecanismo para la gestión despótica de las reglas de juego de la economía. Esta paradoja ha sido planteada como una corrección, o incluso como una contraposición superadora del liberalismo clásico, abandonando una concepción basada en la autoorganización del mercado y el orden espontáneo anteriormente idealizado por Ha-

yek, dando lugar a una perspectiva constructivista que se materializó en posturas extremistas. En este sentido no existe teoría más vulnerable y contradictoria con su propia agenda ideológica que la ideología del neoliberalismo hayekiano.

Es bastante conocida la relación entre Hayek y Pinochet. Cuando Hayek visitó Chile la dictadura ya estaba bien consolidada y sus crímenes estaban demostrados, siendo públicos y notorios.

Hayek expresó su adhesión al nuevo orden a través de una entrevista con el principal diario del régimen, *El Mercurio*, el 19 de abril de 1981. En ella afirmó sin ambages que "la democracia necesita que un gobierno fuerte le de una buena limpieza". Su actitud no dejó lugar a dudas y sus palabras fueron escogidas cuidadosamente: "Como entenderán, es posible que un dictador gobierne de un modo liberal. También es posible en una democracia gobernar con total ausencia de liberalismo. Personalmente, prefiero un dictador liberal a un gobierno democrático que carezca de liberalismo". La preferencia era inequívocamente clara.

El episodio no es para nada casual. Ya diez años antes Hayek buscaba el favor de Salazar, en una búsqueda persistente de diálogo con dictadores sobre los peligros de la democracia. La búsqueda de un Estado autoritario que garantizase la libre empresa se convirtió en un *leitmotiv* del neoliberalismo hayekiano. No cabía en estas relaciones ninguna duda ni error de cálculo. Más bien, así concebía una unión contra la democracia, entendida como excesiva por naturaleza. El pretexto de la necesidad de derrotar a los revolucionarios chilenos (¡Allende!) palidecía ante la evidencia de una misión más ambiciosa, la de dar lecciones al mundo sobre la necesidad de combinar el mercado con un poder autoritario que lo garantizase. Esta relación era el núcleo del neolibe-

ralismo en su versión hayekiana e ignoraba la cuestión democrática, de antemano considerada como algo meramente instrumental.

Sin embargo, esta concepción era ampliamente compartida más allá de los círculos austríacos. La "Sociedad del Monte Peregrino", cuya creación en 1947 se ha propuesto como momento fundacional del neoliberalismo moderno, estuvo siempre marcada por un autoritarismo estratégico, promotor de un Estado fuerte como condición para el desarrollo de los mercados. Entre los que en aquel momento se reunieron en una tranquila localidad suiza y acabarían definiendo la agenda del neoliberalismo de las siguientes décadas estaban desde Hayek, el primer presidente de la Sociedad, a Popper, Von Mises o Friedman. Todos ellos participaron en la primera reunión de la Sociedad, asumiendo desde el primer momento tanto su preocupación por el "peligro que corría la civilización", como la tarea de reconstruir un pensamiento liberal operativo para la etapa de posguerra. Como veremos más adelante, habría varias posturas, pero siempre estará presente en ellas un papel determinante del Estado.

En Agosto de 1938, poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, se reunió en París un grupo de intelectuales para un simposio en honor al periodista y publicista Walter Lipmann, quien estableció un puente decisivo entre liberales europeos y norteamericanos. Algunos autores, como Dardot y Laval (2010) interpretan esta reunión como la verdadera fundación del neoliberalismo moderno, anticipando la creación de la Sociedad del Monte Peregrino. Su organizador, Louis Rougier, es en sí mismo la representación de esta versión estatista del liberalismo: pétainista, aunque antinazi, fue uno de los partidarios del "dirigismo del Estado liberal" (Rougier, 1938, p. 84) e incluso de un "intervencionismo li-

beral" económico para estimular la demanda ante una situación de recesión (*Ibíd*., p. 194). La razón de ser de esta visión del Estado, muy similar a la misma desconfianza hacia la democracia que llevaría a Hayek a cortejar a todos los dictadores disponibles, era la idea, que acabaría siendo la marca de la casa de Popper como ya lo era de Lipmann, de un gobierno de las élites que evitara los excesos y vulnerabilidades del voto (*Ibíd*., pp. 18-19). Para los nuevos neoliberales, ese gobierno de las élites era necesario para iluminar los oscuros tiempos en los que los mercados corrían el riesgo de zozobrar ante el "populacho".

Milton Friedman interpretó esta estrategia liberal a través de una definición predominantemente negativa del papel del Estado, eliminando la intervención en la producción y el suministro y los bienes públicos. Es cierto que algunos miembros próximos a la Escuela de Chicago —más abiertamente que los seguidores de Hayek— pasaron a formar parte del gobierno de Pinochet y que él mismo los aconsejó en esa labor. Pero su enfoque neoliberal estaba construido más por oposición al keynesianismo que por los entresijos de la lucha contra la izquierda política y, por consiguiente, se concentró en la corrección del Estado capitalista moderno y no en el desmantelamiento de un hipotético Estado socialista. En una de sus últimas entrevistas, concedida en 2003 a un fiel, Henri Lepage, Friedman respondía: "Mi opinión es la siguiente: una sociedad es 'liberal' si el gasto público, incluyendo todas las instituciones territoriales, no rebasa del 10 al 15% del producto nacional".

Para Friedman, el Estado no debería ser mayor que el existente durante el apogeo de la era vitoriana. La comparación es de hecho muy demostrativa: el Imperio Británico de la reina Victoria tenía menos peso en la economía, pero también un sistema militar impresio-

nante, una diplomacia potente, un control monetario sofisticado y, sobre todo, una población sin derechos ni expectativas democráticas. Un gobierno de las élites, desde luego.

Esta trayectoria intelectual revela que el neoliberalismo posterior al Coloquio Lipmann y a la creación de la Sociedad se planteaba una superación del pasado en un nuevo formato más ambicioso: al contrario que el liberalismo original, el de la voz insurrecta de los derechos naturales que afirmaba tanto la libertad religiosa e incluso política como la libertad de los mercados, esta nueva concepción se proponía una agenda para estabilizar las reglas de dominación y los pilares del poder del capital. Para el primer liberalismo, la libertad de intercambio y la propiedad privada debían constituir la nueva relación social, basada en el elogio de las virtudes del comercio y en los límites autoimpuestos a la acción de los gobiernos; para el segundo, el neoliberalismo, el propio gobierno se debe instituir como una forma de mercado y como un poder ligado al del mercado, para el mercado y por el mercado.

De este modo, para la arrogante ideología neoliberal, el gobierno debe seguir, asegurar y perpetuar el principio universal de la mercantilización de las relaciones sociales y de la competencia como forma de remodelación de las subjetividades. El neoliberalismo se convirtió en una ontología, en una devoción, en una moral y una política, tal y como se concibe hoy en día.

4.3.2. El ordoliberalismo: el ataque al Estado social en la constitucionalidad europea

Un Estado reducido pero fuerte. Barato pero autoritario. Un gobierno de las élites contra los excesos de la democracia. Este neoliberalismo era una agenda de resistencia al crecimiento del "Estado Social" de posguerra

y a las políticas ambiguamente llamadas de "bienestar" o de "providencia".

El propio concepto del Estado social es acuñado por Bismarck, empeñado en responder al ascenso de la representación popular con la socialdemocracia y del sindicalismo independiente en las empresas con una estrategia claramente enunciada de apoyar a los pobres para evitar la revolución social. El Estado social de Bismarck fue concebido como una barrera contra la rebelión y creció por lo tanto en función de la tensión social a la que respondía. En la secuencia de la Segunda Guerra Mundial, la lenta generalización del sufragio universal fue a la par con la creación de servicios públicos, en particular de los Servicios Nacionales de Salud y de los esbozos de la moderna Seguridad Social, por lo menos en el pequeño rincón del planeta constituido por los países vencedores y con un sistema productivo y financiero más poderoso.

La marginalidad de los hombres de la Sociedad del Monte Peregrino durante las décadas de la reconstrucción de posguerra es una evidencia. Remaban contra corriente y no había ninguna razón especial para tomarlos en serio. Ni en el plano de la influencia intelectual (exceptuando la participación decorativa de Lipmann o de algunos otros en la conceptualización de la "guerra fría" y en el maccarthismo) ni en el plano del pensamiento económico, y menos aún en el del liderazgo político los neoliberales no contaban más que cualquier otro grupo extravagante y residual. Fue necesario el agotamiento de la onda larga del crecimiento de posguerra, por vía de la crisis monetaria del patrón-dólar en 1971 y de la recesión generalizada de 1973-74, combinado con la crisis de los equilibrios políticos de la guerra fría, alterados por la derrota de Estados Unidos en Vietnam y por la Revolución de los Claveles, para que las soluciones keynesianas empezaran a desmoronarse y se abriera el

campo para que intelectuales marginales como Friedman y Hayek irrumpieran en el escenario.

Sin embargo, si bien este proceso es bastante conocido, es menos discutido y analizado otro que, a partir de las mismas raíces ideológicas, tuvo más consecuencias en Europa: la emergencia de un neoliberalismo autoritario en Alemania, que dejó una marca indeleble en la fundación y construcción de la Unión Europea, y sin el cual este proceso queda sin clarificar. Este neoliberalismo tuvo como base la Escuela de Friburgo y tomó el nombre esclarecedor de ordoliberalismo, al parecer sugerido en 1950 por Moeller, fundador de la revista académica *Ordo*.

El ordoliberalismo fue formulado por letrados y otros académicos durante la posguerra, a partir de una tradición de oposición de derechas al nazismo, siendo desarrollado por personalidades como Wilhelm Ropke, Alexander von Rustow, Walter Eucken, Franz Bohm, Hans Grossman-Doerth y Alfred Muller-Armack. Buscó distinguirse del liberalismo clásico, explicitando el papel del Estado en la formación del poder económico privado y de ahí la importancia que concedía a la definición de un orden jurídico protector de los mercados.

Dardot y Laval (2010, p. 205 y siguientes) demuestran cómo la creación por el ordoliberalismo del término de "economía social de mercado", en 1946, fue una expresión exitosa de dicha ideología y de dicha política, reafirmándose claramente contra la concepción bismarckiana del Estado y de la providencia social. En contraposición, los ordoliberales buscaban afirmar la primacía de la competencia mercantil como visión de la vida social y la política. Muller-Armack, el creador de este término, lo interpretaba como un rechazo a la economía liberal: la economía social de mercado era definida como una política para la sociedad, como un Estado que organiza

una economía, un orden, el orden del mercado, porque no podría haber mercado sin orden.

La historia de cómo la política alemana se adaptó a esta ideología es una historia fascinante y triste de derrotas y renuncias, pero rebasa el ámbito de este artículo. Nos basta con mencionar, porque tiene importancia para lo que sigue, que la socialdemocracia alemana comenzó por denunciar el concepto de "economía social de mercado", para después someterse a él, convirtiéndolo en el dogma oficial de Alemania y del consenso de sus élites. Michel Foucault fue de los pocos que anticipó el efecto devastador de esta renuncia y de la hegemonía a la que abría paso, y que combatió con la inteligencia e intensidad de su filosofía (Foucault, 2004, p. 117 siguientes). En todo caso, a lo largo del medio siglo siguiente y hasta nuestros días, la idea de la "economía social de mercado" fue generalmente aceptada como la ortodoxia dominante en Alemania y fue asumiendo por ello un papel determinante en la formación institucional de la CEE y de la Unión Europea.

En la Unión Europea, el ordoliberalismo se expresó estratégicamente en la definición del Tratado de Roma y en todos los documentos paraconstitucionales europeos, los sucesivos tratados, que dieron origen a una intensa jurisprudencia normativa. El Estado, las relaciones supraestatales y la ley supranacional tutelaban y protegían el mercado, como se pretendía. El orden es la tarea, tal y como lo enunciaban los ordoliberales —por ejemplo, Ropke (1946), Eucken (1948) y Bohm (1950)—.

La constitucionalización del orden liberal procedió de este modo, como el ordoliberalismo pretendía, como la garantía primera de la construcción europea: en el artículo 92 del Tratado de Roma se definía que las ayudas de Estado son incompatibles con el Mercado Común, salvo derogaciones, y desde entonces se procedió a una

lenta destrucción por la vía de la liberalización de los servicios públicos, ahora definidos como "servicios de interés general" y por lo tanto mercantilizados. De este modo, la energía, los transportes, las telecomunicaciones, los correos, la radiodifusión, los servicios de crédito, la salud, la escuela, hasta la Seguridad Social (que era la última salvaguardia bismarckiana), todos los servicios sociales del Estado, han pasado a ser objetos de mercado.

De la misma forma, la definición de la estabilidad de los precios como el principio regulador del sistema monetario es heredera del ordoliberalismo. El artículo 29 del Tratado de Lisboa, al definir las competencias de la UE, fija como objetivo del sistema de bancos centrales la estabilidad de los precios, retirando así a los Estados o a la propia UE la utilización de la política monetaria, o restringiéndola severamente. De este modo, el gobierno de las élites protege el mercado, imponiendo el poder de la ley para que el mercado financiero haga las reglas del juego. El Estado fuerte y la estabilidad de los mercados son las dos caras de la misma moneda para el ordoliberalismo, que es la doctrina de la Unión Europea.

En este contexto, el modelo de sociedad y de gobierno es la empresa. Las ideologías más simplistas, como las doctrinas del "emprendimiento", del éxito individual, de la motivación, de la flexibilidad, nacen todas del modelo empresarial. Éste sustituye al Estado social, convirtiéndose en cada vez más autoritario porque es cada vez menos social y más Estado, menos democrático.

Los ordoliberales, cuyos principales profetas evitaron cortejar abiertamente las dictaduras de su tiempo, al contrario que Hayek, se concentraron en lo esencial: rehacer la economía para los mercados y usar la ley de leyes, en este caso la constitucionalidad informal y jurisprudencial de la Unión Europea, para proseguir sus intentos. Siendo informal, ese poder constitucional de

excepción es aún más imperativo. Se asienta en la subversión de la división de poderes y en una reserva de autoridad ejecutiva y legislativa para el gobierno de los gobiernos. El poder del gobierno alemán en la Unión es por eso mayor que su poder en su propio país, no teniendo contrapesos institucionales relevantes. La Unión Europea se ha convertido en un ejemplo del éxito del autoritarismo de Estado aún sin Estado, el prodigio neoliberal de la ley del mercado.

4.3.3. La mentira de la quiebra del Estado del Bienestar en la gestión democrática

La descripción de la sociedad y del Estado como una empresa o el papel del Estado como protector de los mercados constituyen fuertes barreras contra la intervención redistributiva y la noción de una democracia igualitaria. Más aún, forma parte de una agenda de liberalización lenta y minuciosa del Estado del Bienestar, que cuenta con la adhesión de la socialdemocracia, en particular después de la victoria de la "tercera vía".

Esta completa e incluso entusiasta adhesión ideológica es un fenómeno nuevo en las dos últimas décadas e incluye a muchos de los referentes europeos de la socialdemocracia. Un caso ilustrativo es el de Jacques Delors, quien en su prólogo al manifiesto de Tony Blair y Anthony Giddens, *La tercera vía*, afirma que "las políticas de protección social tradicional a menudo engendran una cultura de dependencia y de irresponsabilidad", lo que se convirtió en el *leitmotiv* ideológico para el desmantelamiento de las políticas redistributivas del Estado del Bienestar (Delors, en Blair y Giddens, 2002, p. 12). En consecuencia, el Estado del Bienestar debía de ser revisado, no sólo por su elevado coste, sino sobre todo porque sería perverso: deformaría las buenas costumbres.

Las críticas al Estado del Bienestar se han articulado a partir de esta ideología y de estos argumentos circunstanciales: destruye los valores individuales suscitando la pereza y desincentivando el esfuerzo (argumento de Giddens-Delors); su burocracia socava la sociedad civil (el argumento de Blair); y, finalmente, la progresividad del impuesto sobre la renta desincentiva a los ricos, cuya capacidad de inversión es el alma de la sociedad (el argumento de Reagan y Bush). O, en términos ordoliberales, el Estado socialmente mínimo y autoritario al máximo debe garantizar una serie de valores, de moral pública y de motivaciones, que sea compatible y que promueva la universalidad de los mercados.

Para ello, la Unión Europea se ha convertido en sí misma, bajo la hegemonía ordoliberal, en una agencia para la reducción del Estado del Bienestar. La "segunda gran depresión" reforzó esta agenda y le dio un impulso adicional.

4.3.4. Los riesgos para el Estado del Bienestar: el precio de la Gran Depresión

La respuesta a la "segunda gran depresión", a partir de la crisis de las *subprime* y de la recesión de 2008 y 2009, seguida por la recesión de 2012-2013 y la generalización de los programas de austeridad en Europa, con los ajustes presupuestarios tutelados o con políticas constitucionalizadas como las del Tratado Presupuestario, estimuló el programa de transformación estructural del Estado del Bienestar.

Este contexto es conocido por todos y todas y no se trata específicamente en este texto. Basta con subrayar cómo la justificación de los recortes presupuestarios en los costes del Estado del Bienestar es hegemónica y de gran alcance, pero se basa en las consecuencias autoconfirmativas de la propia austeridad.

Portugal, el país de la UE en el que la carga tributaria creció más durante la recesión, es también el hogar de un Estado del Bienestar deficiente. Muchos analistas han subrayado esta situación (con razón), que indica que la formación de este Estado fue tardía y apresurada, como consecuencia de un retraso en la modernización, de un país que no entró en el siglo XX hasta el año 1974. Por lo tanto, sus servicios públicos ha sido rehenes durante generaciones de necesidades atrasadas y de un déficit de derechos, en particular en la educación (entrada masiva de jóvenes en el sistema educativo cuyos ascendientes no habían tenido acceso y, por lo tanto, estaban aprendiendo la socialización de la escuela), la salud (la universalización del Servicio Nacional de Salud, con la creación de una infraestructura casi de la nada) y, sobre todo, en la Seguridad Social (con generaciones con carreras no contributivas y con una combinación de salarios bajos y pobreza que creaba obligaciones de financiación voluntarista de la Seguridad Social, el núcleo de los problemas históricos de la formación social portuguesa). Teníamos por lo tanto un Estado del Bienestar mínimo para un programa máximo, la democratización de la vida social.

El resultado es históricamente impresionante, aunque limitado. Este Estado del Bienestar, que es el principal resultado de este cambio desde 1974, es un logro notable por la extensión de sus servicios, pero aún es deficiente tanto en su mantenimiento como en su estructura. El sistema educativo aún no está preparado para afrontar los retos de la hiperescolarización de la vida social en una sociedad con desempleo juvenil; los hospitales están siendo desmantelados por el mayor proyecto de privatización que ha sufrido el país; la Seguridad Social está perdiendo capacidad financiera y legal para responder a la combinación de las distintas exclusiones.

El Estado del Bienestar: los gastos en salud

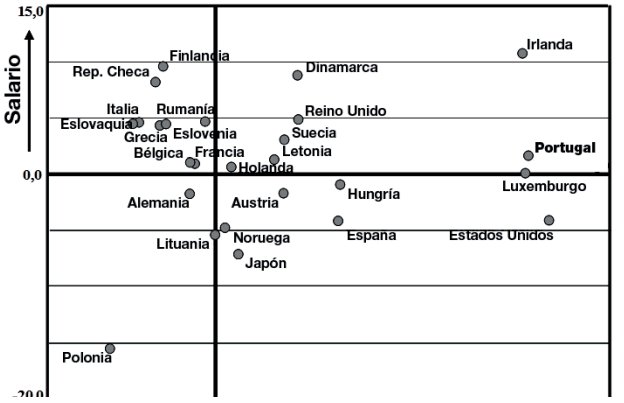

Gráfico 6. Fuente Eurostat, datos de 2011. En abcisas el porcentaje del producto nacional bruto utilizado para gasto público en salud, en ordenadas el coste per cápita de dichos gastos, en euros.

El Estado del Bienestar: el gasto público en pensiones y prestaciones sociales.

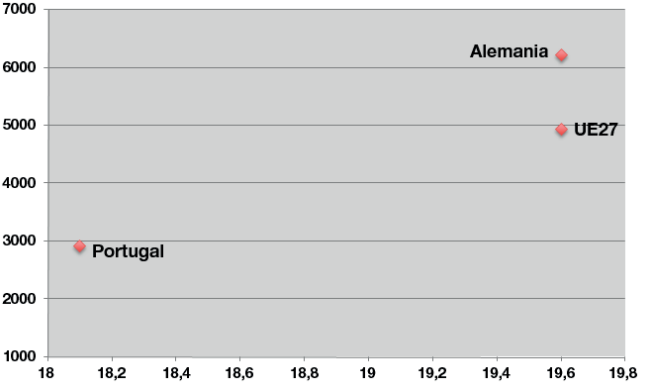

Gráfico 7. Fuente Eurostat, datos de 2011. En abcisas el porcentaje del producto interior bruto utilizado en gastos de pensiones y otras prestaciones de protección social; en ordenadas ese gasto por habitante.

En cualquier caso, este Estado del Bienestar es menor y más frágil que el del resto de Estados con los que se puede comparar Portugal. A efectos de demostración, los dos gráficos siguientes (6 y 7) indican el gasto público en salud y protección social, en términos tanto de porcentaje del PIB (ilustrando los diferentes grados de desarrollo de cada una de las economías) como del coste por persona, en valor absoluto. Como se puede comprobar, Alemania posee un gasto en salud que es superior al portugués, igual que la media de la UE, y gasta más del doble por persona en salud y protección social.

Los gráficos indican otra faceta del ordoliberalismo en la Unión Europea: estimula la noción de dos Europas con dos regímenes sociales y contractuales distintos, con transferencias entre uno y otro, pero del más pobre al más rico.

4.3.5. Una democracia responsable para el desarrollo del Estado del Bienestar

He presentado hasta el momento cuatro argumentos.

El primero es que el neoliberalismo es autoritario desde su nacimiento y constituye una ruptura en relación al liberalismo clásico. Esa distinción se asienta en dos puntos: es el Estado quien organiza la sociedad y tutela los mercados, y esa relación es una nueva razón social, un nuevo contrato.

El segundo es que el neoliberalismo alemán de posguerra, el ordoliberalismo, ha sido la ideología dominante en la construcción de la UE, con todas las características indicadas: un proyecto ambicioso de constitución de nuevas subjetividades subordinadas y sumisas, una tutela jurídica imperativa y una acción social conducida por el Estado mínimo para los derechos retributivos y máximo para la acumulación en los mercados.

El tercero es que la recesión, a partir de 2008, en lugar de constituir un epitafio del neoliberalismo, reactivó la

política de transferencia de riqueza del trabajo al capital mediante la combinación vertiginosa de austeridad y rentas financieras. En ese contexto, la presión política de la crisis de la deuda acentúa el desmantelamiento del Estado del Bienestar con la privatización de las funciones que pueden ser apropiadas por el mercado.

El cuarto es que el Estado del Bienestar en Portugal es una conquista histórica, pero es deficitario. La concentración de los ataques contra la educación, la salud y la Seguridad Social agravan este déficit y, sobre todo, la deficiencia democrática del contrato social.

En este contexto, una sociedad sin devolución tributaria solo puede ser gobernada por el autoritarismo. La irresponsabilización de la democracia se vuelve insostenible y vacía, lo que explica que la depresión sea igualmente la espoleta de una crisis de los regímenes y del sistema europeo de Estados, que en algunos casos se aproxima a un colapso sin precedentes. Por eso, la ampliación del contrato social en torno a los servicios y bienes comunes es, además de la primera frontera de la defensa de la democracia, la garantía inmediata de protección de los asalariados, pensionistas, precarios y desempleados.

5. CONCLUSIÓN: TESIS DE CARA AL FUTURO

Francisco Louçã y **Fernando Rosas**

I

Todas y cada una de las revoluciones cuestionan radicalmente los futuros del pasado. "Sólo el capítulo de las bifurcaciones está abierto a la esperanza", escribió Blanqui, ya después de la derrota de la Comuna de París. Y sólo existen bifurcaciones en lo que está indeterminado, en el futuro. Pero lo que distingue a la izquierda es que, para crear este tipo de bifurcaciones, lucha en el presente para el presente. La izquierda es aquella que, en nombre del futuro, no espera al futuro.

II

La Revolución portuguesa duró entre el 25 de abril de 1974 y el 25 de noviembre de 1975. Sin embargo, el 25 de Abril fue un golpe que no quería una revolución, y el 25 de noviembre triunfó un contragolpe que no estaba seguro de poder acabar con la revolución. La heterogeneidad de los proyectos y disputas de liderazgo habían sido resueltas por el proceso social concreto, en el primer caso marginando a Spínola y dividiendo al aparato militar heredado de la dictadura, en el segundo caso amortiguando la venganza social de las élites humilladas, que terminó prolongándose hasta el presente. En ambos casos, las fechas aparecen marcadas en el

calendario de una política que las trasciende, porque los conflictos iniciados entonces no se agotaron en ese corto período.

III

La revolución era la condición para la derrota del sistema social impuesto por los largos años de dictadura, atrapada en la red de su moribundo Imperio e insertada, a principios del último cuarto del siglo XX, en una Europa en mutación y en un mundo en el que ya no había lugar para Salazar o Caetano. Así pues, la revolución constituyó el código genético de la democracia. Después, la normalización del orden, desde noviembre de 1975, se ancla en las sucesivas enmiendas constitucionales y contrarreformas legislativas, a partir de la formación de un arco social y político que apoya la modernización conservadora durante los años ochenta y noventa. La imposición del autoritarismo social tiene como estrategia el disputar esta herencia genética y destrozar las formas de democracia social, que habían protagonizado y aspirado a una modernización democrática.

IV

Así, la Revolución portuguesa terminó. Fue la única oportunidad en la que se podría decir con rotundidad que "ya nada volverá a ser como antes", donde el pasado y el futuro, lo viejo y lo nuevo, la continuidad y el cambio se enfrentaron directamente. No se puede entonces pensar en las estrategias políticas o los proyectos para el país sin hacer referencia a esa ruptura fundadora. Pero tampoco se puede obviar que era un ensayo general que no se repetirá en los mismos términos en los que ocurrió, frente a una dictadura y a sus estructuras de poder militar, político y social. La Revolución de 1905 repercutió en la de 1917, la del 25 de Abril no se repetirá, pero

los movimientos populares recapitularán acerca de sus momentos de ruptura.

V

El futuro de la política portuguesa pasará por nuevas bifurcaciones, distintas de ésta, y toda la estrategia pasará por tratar de definir las condiciones y las nuevas formas de ruptura que pueden, recuperando este código genético, enfrentarse al capitalismo neoliberal. Y derrotarlo en el único plano en el que puede ser derrotado, el de la globalización.

VI

A lo largo de la modernización conservadora, que se inicia en el plano económico y social en los años sesenta y en el plano político con la normalización del orden pos-novembrista, el país cambió mucho y muy rapidamente. La escolarización, la urbanización y la industrialización, y después el aumento de los servicios vinculados con la producción o la ampliación de las responsabilidades estatales, la lenta transformación de la condición de la mujer, el desarrollo de las formas de representación, comunicación y organización, fueron definiendo un país en mutación. El 25 de Abril se aceleró este proceso, pero también determinó la aparición de un nuevo agente con protagonismo social: las movilizaciones populares. Este espacio había sido creado por la perpetuación de la dictadura, que expresaba la debilidad de la burguesía portuguesa, incapaz de concebir y crear otra forma de régimen, hasta tener que adaptarse a su sustitución. La modernización se inició por ello de manera incompleta, puesto que no había alternativa al régimen, y después fue siempre conservadora, puesto que trataba de preservar todo lo posible de las formas anteriores de jerarquía social, del modo de acumulación

basado en bajos costes laborales y del autoritarismo social reforzado por el proteccionismo económico o, más tarde, por la protección de los subsidios externos.

VII

Las formas de poder, las alianzas sociales e incluso los partidos políticos dominantes fueron definidos por este largo período de dos décadas de modernización conservadora. No sobrevivieron intactos a la ola de destrucción social que, anunciada desde la recesión de 2002, 2003 y 2004 (y prolongada por la larga recesión iniciada en 2008), se fortalece con la modernización liberal, que aproxima en la alquimia del poder a dos partidos de derecha y de extrema derecha. Unidos por el liberalismo y el populismo, que es su contraparte argumentativa indispensable, Partido Social Demócrata y Partido Popular tratan de generar, a partir del ciclo electoral posterior, las condiciones para la reforma del régimen que garantice la irreversibilidad de la redada liberal. Están moldeados y creados para este proyecto, y la nueva derecha formada de este modo es parte del cambio radical del sistema político del futuro inmediato.

VIII

El predominio del modelo neoliberal, la forma del capitalismo realmente existente, es el primero de los grandes cambios que se producen a nivel internacional en las tres décadas que nos separan del 25 de Abril. En 1974, las corrientes neoliberales eran poco influyentes, y no fue hasta 1979 cuando comienza a estabilizarse la política de liberalización de la circulación de capitales. Comenzó entonces un terremoto económico, pues la consecuencia de esta política es necesariamente la de cuestionar el Estado-nación, tal como se configuró a tra-

vés de la historia y, en particular, por las revoluciones burguesas desde el siglo XVIII.

El Estado-nación ha sido el marco institucional en el que se define la hegemonía de la burguesía y su dominación, en el que se estructuran la integración y la amortiguación de los conflictos para asegurar la estabilidad del proceso de acumulación. Es en este contexto en el que se fue construyendo la democracia representativa, a partir del juego de presiones de los sectores populares y, como contrapartida, las nuevas instituciones internacionales, que nacieron al margen de dichas disputas y son, por ello, necesariamente autoritarias: el Consejo de Seguridad de la ONU, el directorio en la Unión Europea, la OMC en la regulación del comercio internacional. Son así, autoritarias por origen y por definición, y cualquier proceso de democratización deberá organizar una ruptura o fracasar en su intento.

Estando por encima de los marcos nacionales, las instituciones internacionales son los instrumentos más eficaces para la transformación neoliberal de los Estados y, al mismo tiempo, para justificar el agotamiento de su modelo de hegemonía basado en la democracia representativa. Este proceso socava el Estado-nación como un modo de política, como la identidad del espacio cultural y como base de la representación y la decisión electoral. La globalización neoliberal, el internacionalismo triunfante, es una máquina de subversión antidemocrática.

IX

El neoliberalismo representa otro cambio social. Las fórmulas políticas típicas del fordismo, que hicieron posible la producción de bienes materiales a gran escala, se basaban en la satisfacción de las expectativas de niveles crecientes de consumo de la mayoría de la po-

blación de los países desarrollados y, en consecuencia, en la estabilidad de las grandes familias políticas que se alternaban en el poder, a partir de la representación electoral de un universo de consumidores socialmente atomizados. El neoliberalismo, al contrario, destruye esa universalidad en el acceso al consumo, en la medida en que trajo consigo una elevada tasa de desempleo permanente, lleva a la clandestinidad a la inmigración para así obtener una forma de controlar los salarios y reduce los servicios públicos que constituían parte del salario directo y del reconocimiento social de los trabajadores. El neoliberalismo restringe el consenso hegemónico en el que se basaron las sociedades desarrolladas de posguerra porque afecta de este modo la base de la democracia representativa, que era el consumo creciente, el acceso al empleo y a los servicios públicos fundamentales. El neoliberalismo requiere necesariamente de un régimen internacional autoritario que proteja a los regímenes autoritarios nacionales y regionales.

De este modo, se acaba el tiempo marcado por la alternancia entre modelos de derecha, basados en la rápida acumulación de riqueza, y los socialdemócratas, basados en soluciones keynesianas, redistributivas y presididas por el consenso. La liberalización de los movimientos de capital y la imposición de una globalización basada en la omnipotencia del capital financiero significa que sólo hay un modo tolerable de gobernanza en el contexto de las sociedades capitalistas desarrolladas, y es por esta razón que las instituciones internacionales crean marcos jurídicos tan restrictivos, desde el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de la UE hasta las reglas de la OMC, legislando por encima de otra legislación y decidiendo por encima de los gobiernos. Los sistemas políticos que estaban basados en la alternancia con el fin de reducir las tensiones comienzan a vivir condicionados hacia la

uniformidad. Como consecuencia, sus sistemas políticos se están quebrando: el gobierno y la gobernabilidad se independizan de la política y sus partidos. Ya no habrá espacio para experiencias reformistas de baja intensidad como la de Mitterrand en los años ochenta.

x

La precarización del trabajo, conjugada con la desterritorialización de la empresa y el aumento de peso del capital especulativo, afirma la autonomía del mercado en relación con la empresa, la producción y el contexto nacional o regional en el que se desarrolla. El capitalismo actual es depredador en el sentido de que se apropia de los conocimientos y privatiza de manera generalizada las relaciones humanas. Del mismo modo, el neoliberalismo extiende el campo de acumulación a los servicios públicos, porque se trata de actividades en las que la creación de un mercado posibilita un poder sin límites a la hora de determinar el precio, ya que la oferta se relaciona con una demanda inelástica, como en el caso de la salud en particular.

La estrategia neoliberal puede resumirse así en estos dos grandes objetivos inmediatos: en primer lugar, tomar posesión de los gigantescos fondos de pensiones, la parte del valor descontada en función del trabajo realizado para garantizar las pensiones, y usarlos para garantizar el proceso de especulación financiera sin límite; en segundo lugar, mercantilizar la salud y otros servicios públicos, garantizando así la transferencia directa por parte de los usuarios e indirectamente de los ingresos presupuestarios. El capitalismo neoliberal es el más proteccionista de todos, garantizando a sus corporaciones la distribución del poder económico del Estado. El sistema fiscal de los Estados modernos pagará el *diezmo* a las empresas propietarias de los servicios públicos.

XI

En la era de la globalización neoliberal, las formas tradicionales de la política, a partir de la representación delegada, se sustituyen por la representación en sí misma y por sí misma. La intensa creación de universos de ficción y el encanto mitológico son la nueva forma de intermediación: en este sentido, la política está ocupada por el vídeo, el entretenimiento, el frenesí publicitario o la construcción alucinógena de imágenes. Las encuestas, que son elecciones sin votos, proyectan una intensidad de la política que oculta su verdadera monopolización, creando al mismo tiempo imágenes de personalidades, de conflictos y de representaciones (en el sentido exacto del término) que alimentan el populismo mediático como forma de dominación. La información se construye entonces como un discurso obsesivo sobre temas intrascendentes, sin consecuencias.

En la época en la que la información podría ser un medio de acceso más democratizado a los conocimientos, se convierte en una nueva barrera de poder. Como pilar del autoritarismo, esta información es la garantía del consenso pasivo que mantiene su reconocimiento y apoyo democrático.

XII

A lo largo de casi todo el siglo XX, el mundo vivió dividido en grandes bloques políticos y militares. Durante los treinta años transcurridos desde el 25 de Abril, un cambio fundamental fue la destrucción de uno de dichos bloques, con la desaparición de la URSS, la fragmentación de su esfera de influencia y la reconstrucción capitalista en los países de Europa del Este. La existencia de enemigos externos suficientemente poderosos para ser amenazadores, como la URSS, era una garantía de estabilidad de las alianzas dirigidas por la Casa Blanca. En la

era neoliberal, este enemigo externo ha desaparecido, teniendo por lo tanto que ser sustituido: la cruzada de la "guerra sin fin", anunciada por George W. Bush como represalia contra Afganistán después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, perfiló un enemigo demonizado, cuyas facetas están siendo descubiertas en sucesivas operaciones militares.

El cambio en la definición legal de la OTAN, arrogándose el derecho de intervenir en cualquier parte del mundo, y sobre todo la segunda guerra de Irak con la ocupación del país a partir de 2003, demostraron el profundo significado de la transformación. Se afirma el poder del supraimperialismo, una jerarquía de los imperios subordinados a Washington y protegidos por su capacidad militar y tecnológica, que a su vez es el garante de la predominancia de la economía estadounidense en la atracción de capital —el Imperio más poderoso de la historia de la humanidad es también el mayor importador neto de bienes y capitales, dependiente, por tanto, del resto del mundo. La guerra sin fin es la estrategia que permite a este Imperio hacer de la debilidad su mayor fuerza.

Sean las elecciones de Estados Unidos ganadas por los demócratas o por los republicanos, este sistema de acumulación de poder económico y de fuerza militar seguirá siendo la condición para el dominio del Imperio.

XIII

Una izquierda anticapitalista está siendo reconstruida en los nuevos espacios de la globalización. Los Foros Sociales, regionales y mundiales o la movilización contra la guerra sin fin crean una nueva red de comunicación y de acción que destruye las jerarquías tradicionales entre partidos y movimientos sociales y abre nuevas perspectivas para la acción y la responsabilidad individual y colectiva. Esa izquierda debe contribuir al fin del mapa

político heredado del largo período de posguerra, bien porque este mapa es una reminiscencia, debido a la pérdida de referentes como los partidos comunistas o del agotamiento de modelos, como las reformas socialdemócratas, o porque no se puede dejar a las nuevas derechas protagonizar esta inevitable sustitución. Hoy en día, sólo los revolucionarios son capaces de defender reformas fundamentales para la mayoría de la población, porque cada una de ellas se enfrenta al neoliberalismo en su núcleo duro: la privatización de los sistemas de protección social. No hay reformas sin lucha revolucionaria, no hay alternativa sin radicalidad, no hay combate victorioso sin la persistencia de la mayoría.

Al defender la desmercantilización de la vida social y los servicios públicos, en base a la nacionalización o europeización de productos de primera necesidad y de la regulación de la producción y el intercambio, la izquierda anticapitalista debe reconstruir su horizonte de propuesta y programa. El futuro, en el presente.

6. REFERENCIAS

Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1983.

Antunes, Ernesto Melo, entrevista en el *Nouvel Observatéur*, 24 de noviembre de 1975.

Cunhal, Alvaro (1975), noticia del *Diário de Noticias*, 11 de agosto de 1975.

------, *A Crise Político/Militar*, *Discursos Políticos/5*, Ed. Avante, Lisboa, 1976.

-------, entrevista en el *Expresso*, 19 de noviembre de 1976.

Blair, Toni., Giddens, Anthony, *La tercera vía,* Ed. Debate, Madrid, 1999.

Bohm, Franz, "Die Idee des Ordo im Denken Walter Eucken", en *Ordo* n. 3, Stuttgart, 1950.

Dardot, P., Laval, C., *La Nouvelle Raison du Monde*, Ed. La Découverte, París, 2010.

Eucken, Walter, "Das Ordnungspolitische Problem", *Ordo-Jahrbuch für die Ordnung der Wirtschaft und Gesellschaft*, JCB Mohr, Friburgo, 1948.

Faye, Jean Pierre, *O Portugal de Otelo. A revoluçao no labirinto*, Ed. Socicultur, Lisboa, 1977.

Ferreira, Medeiros, *Ensaio Histórico acerca da Revoluçao do 25 de Abril*, Imprensa Nacional, Lisboa, 1983.

Fonseca, Ronaldo, *A Questâo do Estado na Revoluçao Portuguesa*, Livros Horizonte, Lisboa, 1983.

Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, FCE, Buenos Aires, 2007.

Freeman, Chris y Louçã, Francisco, *As Time Goes By: From the Industrial Revolutions to the Information Revolution,* Oxford University Press, 2002.
Gonçalves, Vasco, *O Diário*, 12 de febrero de 1984.
Harvey, David, *Breve historia del neoliberalismo*, Ed. Akal, Madrid, 2007.
---------, *El Enigma del Capital y las crisis del capitalismo*, Ed. Akal, Madrid, 2012.
Lepage, Henri, "Entrevista a Milton Friedman", *Politique Internationale* n. 100, Verano de 2003.
Mandel, Ernest, *El capitalismo tardío*, Ed. Era, México, 1979.
Marcelo Caetano, *Depoimento*, Ed. Record, Rio de Janeiro, 1974.
Murteira, Mário, "Estado, Crise e Regulaçao: uma reflexâo sobre a experiencia portuguesa", en *Análise Social* n. 80, 1984.
Oliveira, César, *MFA e Revoluçao Socialista*, Ed. Diabril, Lisboa, 1975.
PCP, Declaración del 28 de agosto de 1975.
Pereira de Moura, Francisco, *Para Onde Vai a Economia Portuguesa?*, Ed. D. Quixote, Lisboa, 1969.
Ribeiro, Sérgio, *De Como um Golpe Militar Pode Começar o Processo Revolucionário ou A História de Portugal que Escrevemos*, Ed. Prelo, Lisboa, 1975.
Rogério Martins, "Discurso Pronunciado por Sua Excelência o Secretário de Estado da Indústria, na Inauguração do Colóquio sobre Política Industrial em 16 de Fevereiro de 1971", texto policopiado.
Ropke, Wilhelm., *Civitas Humana*, Librairie de Médicis, París, 1946.
Rougier, Louis, *Les Mystiques Economiques*, Librarie de Médicis, París, 1938.
Salgado Zenha, Francisco, *Portugal Socialista* n. 87, 17 marzo de 1976.

Santos, Boaventura de Sousa, "A Crise e a Reconstituição do Estado em Portugal (1974/84)" en *Revista Critica de Ciências Sociais* n. 14, 1984.
Varela, Raquel, *História do Povo na Revolução Portuguesa (1974-1975)*, Ed. Bertrand, Lisboa, 2014.
Wright, Erik Olin y Perrone, Luca, "Lo Stato nella Teoria Funzionalista e Marxista Strutturalista", *Studi di Sociologia*, n. 9, 1973, pp. 34-47.
Zenha, Salgado, artículo en *Portugal Socialista*, n. 87, 17 de marzo de 1976.

7. LISTA DE SIGLAS Y PERSONALIDADES CITADAS

CICAP: Centro de Instrucción y Conducción de Porto. Era una unidad militar del ejercito.

CM: Comisiones de Vecinos. Órganos de poder popular electos por los vecinos de los barrios populares de las principales ciudades del país.

COPCON: Comando Operacional del Continente. Tenía a su cargo la coordinación de las principales unidades operacionales encargadas del "mantenimiento del orden público". Otelo Saraiva de Carvalho fue designado como su jefe.

CR: Consejo de la Revolución. Órgano superior de la dirección político-militar, creado y electo por la asamblea del MFA como consecuencia de la frustrada tentativa golpista del 11 de marzo de 1975. La presidía el Presidente de la República. Se mantiene como órgano constitucional en el texto de la constitución aprobada en 1976.

CT: Comisiones de Trabajadores. Órganos de poder popular electos por los trabajadores en las empresas a partir de Mayo de 1974.

Cunhal, Alvaro: secretario general del Partido Comunista Portugués entre 1961 y 1982.

Eanes, Antônio Ramalho: militar y político portugués que representará el sector moderado del MFA y dirigirá el contragolpe de noviembre de 1975 para frenar el proceso revolucionario portugués. En 1976

será elegido presidente de la república con el apoyo de la derecha y el Partido Socialista.

ELP: Ejército para la Liberación de Portugal. Organización clandestina de extrema derecha constituida por exdirigentes fascistas, militares contrarrevolucionarios y agentes de la extinta policía política. Responsable de innumerables acciones terroristas en Portugal a partir de 1975. Tenía su base en España con el apoyo del gobierno de Madrid. Se integra en el MDLP.

EN: Radio Nacional.

FF.AA.: Fuerzas Armadas.

Gonçalves, Vasco dos Santos: Coronel que pertenecerá a la Comisión Coordinadora del MFA y que será considerado un exponente de los militares cercanos al PCP. Será ministro en varios gobiernos provisionales y mentor de la reforma agraria y de la política de nacionalizaciones. Su influencia se redujo considerable a consecuencia del contragolpe conservador de noviembre de 1975.

GP: Gobierno Provisional.

GRUPO DOS 9: Grupo de 9 oficiales del MFA y del Consejo de la Revolución que suscribieron un documento rechazando tanto la vía totalitaria como la socialdemócrata, defendiendo una transición gradual a un socialismo adecuado "a la realidad concreta portuguesa".

JSN: Junta de Salvación Nacional. Fue designada por el MFA el 25 de Abril de 1974 y presidida por el general Spínola hasta el 30 de Septiembre de 1974. Fue disuelta después de la tentativa golpista del 11 de Marzo de 1975 y sustituida por el Consejo de la Revolución.

LCI: Liga Comunista Internacionalista, sección portuguesa de la IV Internacional hasta que pasó el testi-

go al PSR (Partido Socialista Revolucionario tras su fusión con otros grupos), una de las organizaciones que lanzaron el Bloco d'Esquerda en 1999.

MDLP: Movimiento Democrático de Liberación Nacional. Organización clandestina de extrema derecha con base en España apadrinada por ESpínola y responsable de varios atentados terroristas en el país a partir de 1975.

MDP: Movimiento Democrático Portugués. Organización frentista hegemonizada por el PCP, que existió desde 1969.

Melo Antunes: coautor del programa político del movimiento militar que derrocó la dictadura portuguesa en 1974. Tras la revolución, Melo Antunes pasó a ser miembro de la comisión coordinadora del movimiento y ministro de los gobiernos provisionales.

MFA: Movimiento de las Fuerzas Armandas. Nombre que adoptó el movimiento de oficiales que derribó a la dictadura el 25 de abril de 1975.

MRPP: Movimiento por la Reorganización del Partido del Proletariado. Organización maoísta fundada en la clandestinidad en 1970.

Otelo Saraiva de Carvalho: representante del sector más radical del MFA y defensor de la autoorganización popular, posteriormente se acercará a posiciones maoístas en las postrimerías del proceso revolucionario portugués. Será candidato a la presidencia de la república contra Eanes en 1976 pero sólo obtendrá el 16% de los votos.

PCP: Partido Comunista Portugués.

PP: Partido Popular, el segundo partido más grande de la derecha en Portugal.

PREC: Proceso revolucionario en curso.

PS: Partido Socialista.

PSD: Partido Social Demócrata, el principal partido de la derecha en Portugal.

Renascença: Rádio Renascença, emisora de la Iglesia Católica.

RML: Región Militar de Lisboa.

RMN: Región Militar Norte.

RTP: Radio Televisión Portuguesa.

UDP: Unión Democrática Popular. Organización de extrema izquierda resultante de la fusión de varios grupos marxistas-leninistas en 1975. Partipará en la fundación del Bloco d'Esquerda en 1999.

8. CRONOLOGÍA

1974

25 de abril: derrocamiento del régimen de Caetano por parte del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA). Se pone fin a la dictadura militar más larga de Europa Occidental.

26 de abril: nombramiento de Spínola como presidente de la Junta de Salvación Nacional.

1 de mayo: manifestaciones masivas. Se inicia el movimiento de ocupación de casas deshabitadas.

15 de mayo: la Junta Militar proclama presidente de la República al general Antonio de Spínola y jefe de Gobierno al abogado Adelino da Palma Carlos.

9 de junio: dimite el jefe de Gobierno Palma Carlos y los ministros de Defensa, del Interior y de Coordinación Económica. Se establecen relaciones diplomáticas con la URSS.

17 de julio: Vasco Gonçalves es elegido primer ministro. Aceleración del proceso revolucionario. Cinco días antes se había instituido el Comando Operacional del Continente (COPCON), bajo el mando del comandante Otelo Saraiva de Carvalho, quien es ascendido inmediatamente a general y nombrado gobernador militar de Lisboa.

26 de agosto: firma en Argel de un acuerdo con el PAIGC (Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde).

Septiembre: se reanudan las relaciones con Senegal.

7 de septiembre: se firma el acuerdo de Lusaka, reconociendo la independencia de Mozambique a partir del 25 de junio de 1975.
10 de septiembre: Portugal reconoce la independencia de Guinea-Bissau.
28 de septiembre: fracaso de la intentona golpista derechista de Spínola.
30 de septiembre: Spínola dimite y es inmediatamente sustituido por el general Costa Gomes en la presidencia de la República. Se constituye el tercer Gobierno provisional, bajo la presidencia de Vasco Gonçalves.
Octubre: Costa Gomes y Mario Soares visitan Washington.
25 de noviembre: se reconoce la independencia de, Santo Tomé y Príncipe desde julio de 1975.
6 de diciembre: primera Asamblea General del Movimiento de las Fuerzas Armadas.
13 de diciembre: Estados Unidos concede a Portugal un crédito de 75 millones de dólares.

1975
14 de enero: el movimiento de las fuerzas armadas toma posición a favor de la unidad sindical.
20 de enero: el Gobierno aprueba la unidad sindical, los socialistas amenazan con su salida del Gobierno.
Febrero: movimiento de ocupación de fincas. Inicio de la Reforma Agraria.
10 de febrero: el general Costa Gomes anuncia para el próximo abril la celebración de elecciones para la Asamblea Constituyente.
11 de marzo: fracaso de una nueva intentona golpista de derechas en la base aérea de Tancos. Impulso al sector izquierdista del MFA.

12 de marzo: el MFA decreta el inicio de la transición al socialismo. Se crea el Conselho da Revoluçao. Nacionalización de la banca, los seguros y los transportes.

26 de marzo: se constituye el Cuarto Gobierno Provisional, presidido por Vasco Gonçalves.

11 de abril: firma del pacto político entre el Movimiento de las fuerzas armadas y los partidos.

16 de abril: el Gobierno anuncia la nacionalización del acero, la electricidad y los transportes.

25 de abril: elecciones constituyentes, victoria PS. El Partido Socialista obtiene el 37,87% de los votos, el Partido Popular Democrático el 26,38% y el Partido Comunista el 12,53%.

14 de mayo: anuncio de nuevas nacionalizaciones (tabaco, cemento y celulosa).

16 de mayo: estalla el asunto del periódico *República*. Los ministros socialistas amenazan con salir del Gobierno.

24 de junio: se proclama la independencia de Mozambique.

2 de julio: conflicto de radio *Renaisença*, propiedad de la Iglesia.

5 de julio: independencia de Cabo Verde.

Verano caliente de 1975: disputa entre el PS-PSD y el MFA por la dirección del proceso. División del MFA en 3 tendencias (moderada, afín al PS-PSD: Melo Antunes; afín al PCP: Vasco Gonçalves y afín a la extrema izquierda: Otelo Saraiva de Carvalho). Ola de violencia contra las sedes del PCP.

8 julio: el MFA divulga el Documento "Aliança POVO/MFA. Para a construção da sociedade socialista em Portugal".

11 de julio: dimisión de Soares y Salgado Zenha, socialistas.

12 de julio: independencia de Santo Tomé y Príncipe.
19 de julio: el PS abandona el gobierno.
26 de julio: se forma un triunvirato militar integrado por Costa Gomes, Vasco Gonçalves y Otelo de Carvalho.
7 de agosto: publicación del Documento de los Nueve, que critica la política del Gobierno.
8 de agosto: Quinto Gobierno Provisional, presidido por Vasco Góngalves. Dura exactamente un mes. Su dimisión se produce tras la asamblea del MFA, celebrada en Tancos. La revolución se inclina hacia la derecha.
19 de septiembre: entra en funciones el Sexto Gobierno Provisional con Pinheiro de Azevedo de primer ministro. Melo Antunes, principal representante del grupo de los *nueve* del Consejo de la Revolución, es nombrado ministro de Asuntos Exteriores.
Octubre: Costa Gomes visita la URSS.
11 de noviembre: Angola logra su independencia en medio de la guerra civil.
12 de noviembre: manifestación de trabajadores de la construcción que cerca el Parlamento en apoyo al PCP.
25 de noviembre: Golpe de Estado de la facción moderada del MFA. Neutralización de Otelo y de los sectores izquierdistas del MFA. Triunfo del sector moderado. Fin del Proceso Revolucionario en Curso. Son destituidos el general Fabiao, jefe de Estado Mayor del Ejército, y Otelo de Carvalho, comandante del COPCON. El general Ramalho Eanes es nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército.

1976

19 de enero: es detenido el general Carvalho.
26 de febrero: firma de un nuevo pacto MFA-partidos

políticos (Plataforma de Acuerdo Constitucional), que establece la supremacía del poder civil sobre el militar.

2 de abril: aprobación de la nueva Constitución portuguesa, que subraya la marcha hacia el socialismo.

25 de abril: Elecciones legislativas. Nuevo triunfo socialista, los comunistas se mantienen y el partido de derechas CDS asciende hasta doblar su porcentaje de votos. 03.psd

Sylone

La Revolución de los Claveles portuguesa fue un acontecimiento clave en la historia de Europa: el 25 de abril de 1974, en un país de la periferia del capitalismo occidental, pero muy cerca de su núcleo, se iniciaba un proceso de derrocamiento de una dictadura que no se planteaba un modelo de democracia liberal, sino una democracia de nuevo tipo, donde los trabajadores y las clases populares gobernaran todos los aspectos de la vida social.

En este libro se esbozan análisis de lo que fue aquella revolución, su legado, el papel de los partidos que operaron en ella y los debates que la cruzaron. Pero no se limita a esto, aborda también las consecuencias de que la revolución no triunfase. Portugal ha sido durante los últimos años un laboratorio neoliberal, donde la crisis económica ha sido la excusa para desmantelar todas las conquistas logradas por el movimiento obrero y popular.

Estos textos de Fernando Rosas y Francisco Louçã combinan análisis sobre coyunturas concretas, discusiones sobre estrategia, economía, política e historia, pasado y presente, en una aportación imprescindible para conocer más allá de mitos, la Revolución de los Claveles.

Fernando Rosas es historiador, fundador y dirigente durante muchos años del Bloco de Esquerda. Ha escrito varios libros sobre la dictadura de Salazar.

Francisco Louçã es uno de los economistas marxistas mas prestigiosos de Europa, fundador y ex diputado del Bloco de Esquerda.

ISBN: 978-84-942981-58
9 788494 298158